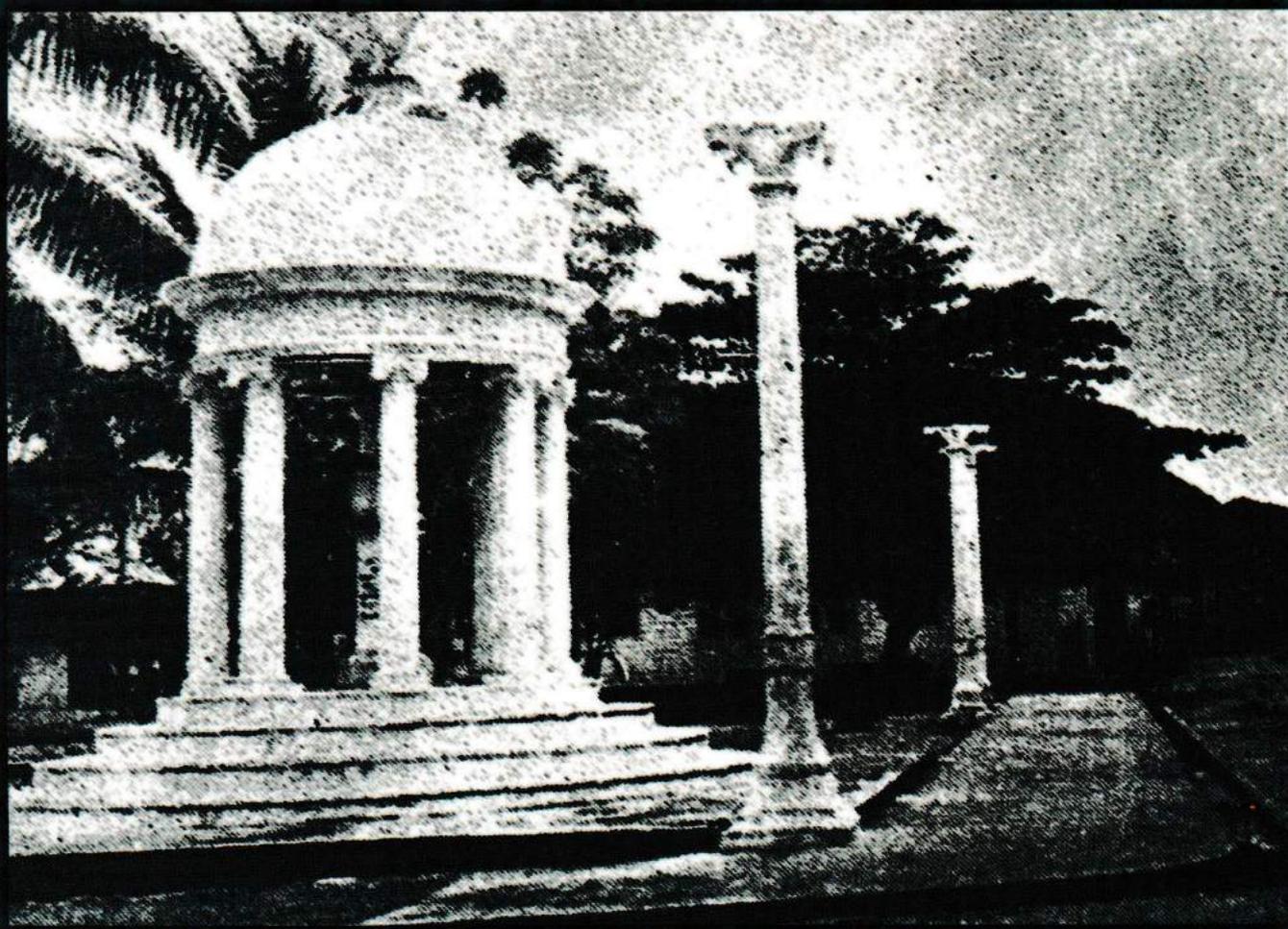


**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA**

44

sede medellín. revista de extensión cultural



**Universidad Nacional de Colombia
Sede de Medellín**

Rector

Vicerrector de Sede

Director Académico

Secretario de Sede

Directores

Comité de Redacción

Coordinación Editorial y Difusión

Diseño y Diagramación

Fotografías

Portada

Contraportada

Solicitud de Canje

Dirección

Impresión

ISSN 0120-2715

Revista de Extensión Cultural No.44

Agosto de 2001

Víctor Manuel Moncayo Cruz

Mario Arias Zabala

Constantino Mantilla Cortés

Francisco Luis Montoya H.

Luis Antonio Restrepo A.
José Fernando Jiménez M.
Carlos Mario González R.

Manuel Mejía Vallejo †
Darío Ruiz Gómez
Jorge Alberto Naranjo M.
María Claudia Díez G.
Walter Sorge Z.
Emilio Cera S.

Oficina de Comunicaciones y Divulgación Cultural
Diana Patricia Barreneche Hernández
María Elena Palacio Lemos / Carlos Alberto Albarracín

Rodrigo Lenis León

Archivo Fotográfico Luis Fernando González E.

Templete en homenaje al político chocoano César Conto.
Diseñado por Luis Llach. Reproducción de Luis Fernando González E.

Calle de Cartagena a finales del Siglo XIX. Reproducción tomada por
Luis Fernando González E., del original en el Archivo Fotográfico de
Cartagena.

Departamento de Bibliotecas. Bloque 41

Apartado Aéreo No. 568, Medellín
dcultura@perseus.unalmed.edu.co.

*Licencia del Ministerio de Gobierno
No. 002225 de 1976. Tarifa postal reducida para libros y revistas
No. 133 de la Administración Postal Nacional.*

Centro de Publicaciones
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

*La responsabilidad de las opiniones que se exponen en los artículos
corresponde a los autores.*

<i>Jean Paul Sartre: Un Intelectual del Siglo XX</i>	Catalina Uribe Merino	7
<i>Palonegro</i>	Alfredo Naranjo Villegas	25
<i>La Arquitectura de Luis Llach Llagostera, Una Ruta Inédita por la Arquitectura en América</i>	Luis Fernando González Escobar	37
<i>Del Depósito a la Referencia, De los Fragmentos Cerámicos al Patrimonio Arqueológico</i>	Sofía Botero Páez	53
<i>Enfermedad, Salud y Muerte en la Modernidad</i>	María Andrea Rojas, Matías Kitever, Alberto Castrillón	67
<i>Emiro Kastos: La Voluptuosidad del Desengaño</i>	Jorge Escobar	81
<i>Esperando a Garibaldi</i>	Ricardo Cano Gaviria	89
<i>Poema: La Canción de la Tierra</i>	Darío Valencia Restrepo	93
<i>Reseñas</i>		99
<i>Colaboradores</i>		107

El número 44 de la *Revista de Extensión Cultural* de la Sede continúa su tarea de difundir trabajos sobre diversos aspectos de la cultura nacional e internacional en un marco de rigor compatible con la divulgación para un público más amplio. En este número publicamos artículos sobre diversos temas. La historiadora de esta Sede Catalina Uribe Merino escribe sobre Sartre, cuyos 20 años de muerto se conmemoraron en el 2000. Del médico Alfredo Naranjo Villegas su artículo sobre la batalla de Palonegro durante la guerra de los Mil Días. Del profesor de la Facultad de Arquitectura de la Sede Luis Fernando González Escobar, su estudio sobre la arquitectura de Luis Llach Llagostera. De la antropóloga de la Universidad Nacional, Sede Bogotá, y profesora de la Universidad de Antioquia Sofía Botero Páez una reflexión sobre el trabajo antropológico. El profesor Alberto Castrillón y los estudiantes de la carrera de Historia de la Sede, María Andrea Rojas y Matías Kitiver escriben sobre el tema

de la salud, la enfermedad y la muerte. El estudiante de filosofía de la Universidad de Antioquia, Jorge Escobar nos colabora, con un artículo sobre el escritor Emiro Kastos. Del reconocido intelectual radicado en Europa, Ricardo Cano Gaviria un ensayo sobre la situación de la Colombia contemporánea. El ingeniero, exvicerrector de la Sede, exrector de las universidades Nacional de Colombia y de Antioquia, Darío Valencia Restrepo, nos aporta la traducción del alemán de los poemas chinos clásicos que fueron llevados a la música por Gustav Mahler. Y como es costumbre desde hace varios números, presentamos algunas reseñas de interés.

Luis Antonio Restrepo A.

Carlos Mario González R.

José Fernando Jiménez M.

Jean Paul Sartre: Un Intelectual del Siglo XX*

Catalina Uribe Merino

Jean-Paul Sartre es considerado por muchos como uno de los testigos más implacables e inolvidables del siglo xx. Su manera lúcida y contemporánea de ver al hombre, el mundo y la vida lo convirtieron en espíritu y símbolo de un país. Hijo de su tiempo, el pensamiento que encarnó, el existencialismo, se convirtió en el hecho más importante de la filosofía y el arte literario de la segunda postguerra, ante todo por ser un pensamiento que expresaba el espíritu de su época. El existencialismo sartreano plantea la necesidad de que el hombre se integre a la historia y asuma sus responsabilidades frente al mundo. La obra de Sartre, testimonio del absurdo y el horror de la condición humana en medio de la guerra y la opresión, se determina como el reconocimiento del compromiso que cada hombre debe adquirir con su propia vida, asumiendo todas las luchas en nombre de su propia dignidad y libertad.

* Por motivos ajenos a nuestra voluntad sale en la presente edición este artículo, publicado recientemente en otra revista cultural (Universidad de Antioquia, No. 265), sin que la autora nos haya informado oportunamente de este hecho. Es política del Comité Editorial no admitir artículos que hayan sido publicados recientemente en otra revista. Agradecemos a los autores que, en lo sucesivo, nos eviten este penoso hecho. *Comité Editorial.*

Para Sartre “la persona no es otra cosa que su libertad... la única fuente de la grandeza humana... No se hace lo que se quiere y, sin embargo, se es responsable de lo que se es”¹. La fuente de todos los valores reside así en la libertad del hombre: el bien es esencialmente lo que sirve a la libertad humana y el mal lo que se opone a ella. Entonces, ya que el hombre es los proyectos que hace de su vida y las decisiones que toma sobre el sentido de su condición, la elección que hace de sí mismo es una responsabilidad ineludible, un compromiso que al mismo tiempo compromete a todos los hombres y al valor mismo de la humanidad.

El intelectual, en estas circunstancias, no puede ser un sabio o creador inocente e irresponsable; es, por el contrario, el que asume los compromisos políticos que reclama. Lo que hace tan cercano a Sartre, y tan fascinante, es justamente esa unidad entre vida y pensamiento. Como dice muy acertadamente Antonio Gorri Goñi: “La principal obra de Sartre es Sartre mismo y su vida no es sino su obra. Él comprendió plenamente que ni el intelectual debe aislarse de la sociedad ni la sociedad podrá explicarse sin aquél. Su experiencia filosófica es, por tanto, inseparable de su vivencia humana y quizá por ello una de las más significativas de nuestro tiempo. Su filosofía se ha encarnado en una «existencia» particular y excepcional: Sartre mismo. Su intento no ha sido otro sino crear un estatuto: el del hombre, el de los hombres”².

La idea de «escritor comprometido» está localizada en la historia: va de Voltaire a Sartre, pasando por Zola. La literatura sartreana es una forma de expresión del compromiso del escritor con el mundo, al contrario de otros escritores que consideran como única función suya hacer la mejor literatura posible, escritores para

quienes el hecho de escribir es ya en sí mismo un compromiso, que piensan que la moral nada tiene que ver con la literatura. Pero ¿pueden estos escritores llamarse «intelectuales»? No, porque el intelectual “es alguien que cree en los valores. O alguien que se quiere, que se pretende el intercesor ideal entre esos valores y la comunidad. O bien alguien que a veces deja de escribir para dedicarse en la práctica a este esfuerzo de intercesión. Hay una manera de decir todo esto de golpe, y es la de Gide cuando se maravillaba de ver a alguien situar «algo» por encima de la literatura”³.

Orígenes y principios fundamentales del intelectual

Los intelectuales son definidos, en sentido amplio, como las personas académicamente educadas y que trabajan en profesiones liberales: «clase» o «capa» intelectual o de la inteligencia; en el sentido más estricto, es un grupo específico en dicha capa. Como intelectual en este sentido estricto se llama desde el siglo xix a las personas que poseen aptitudes adquiridas a través del estudio, y que se ocupan de forma competente de cuestiones generales y fundamentales, especialmente en el campo socio-político. Los intelectuales son conscientes de su papel como observadores de las instituciones y su desarrollo, y consideran función suya la proyección ideológica, en caso de necesidad, de nuevas instituciones y normas sociales, y abogar por la rectificación o abolición de las instituciones tradicionales. Sin embargo, las soluciones encontradas, son puestas siempre de nuevo en cuestión. Por eso son vistos como «desmoralizadores» o disgregadores, aunque el progreso científico y socio-político sería inimaginable sin ellos. A causa de la posición

¹ SARTRE, Jean-Paul. *¿Qué es la literatura?: Situations, II*. Buenos Aires: Losada, 1950. p. 21.

² GORRI GOÑI, Antonio. *Jean-Paul Sartre, un compromiso histórico*. Barcelona: Anthropos, 1986. p. 146.

³ LÉVY, Bernard-Henri. *Las aventuras de la libertad: Una historia subjetiva de los intelectuales*. Barcelona: Anagrama, 1992. p. 50.

política de la mayoría de ellos, se suele llamar a todo el grupo «intelectuales de izquierda», o también *intelligentsia*. El concepto de *intelligentsia* es utilizado por primera vez en 1860 para los intelectuales rusos provenientes de todas las clases sociales, la mayoría de los cuales defendían concepciones radicales, liberales o revolucionarias.

La historia de los intelectuales, como dirá Bernard-Henri Lévy, comienza hacia el final del siglo pasado, en la Francia de Zola, de Péguy y Marcel Proust: “¿Por qué en ese momento? ¿Por qué no en tiempos de Voltaire, de Lamartine, de Hugo? Porque es entonces, como se verá, cuando la fórmula misma de «los intelectuales» aparece por vez primera en la historia de la lengua francesa; y es entonces también cuando se populariza la idea de que un escritor o un artista pueden y deben dejar a veces de escribir o de crear para comprometerse al servicio de una gran causa. Y ello con motivo de un *affaire* muy singular”⁴. Se trata de «el caso Dreyfus»: Alfred Dreyfus (1859-1935) era un oficial francés (alsaciano) judío, que fue condenado en 1894 a deportación de por vida, por traición a la patria, con base en documentos falsificados. En 1898, el escritor Émile Zola promovió, con la publicación *J'Accuse*, en la que incriminaba duramente al gobierno, *L'Affaire Dreyfus*, que causó enfrentamientos políticos internos y un resurgimiento del antisemitismo en Francia. Este caso originó el rompimiento entre Francia y el Vaticano, y fue también la razón de la separación de Iglesia y Estado en este país. En 1899, al reanudarse el juicio, Dreyfus fue condenado a diez años de cárcel, pero finalmente fue indultado. En 1906 fue plenamente absuelto y rehabilitado.

La época del caso Dreyfus es el momento en el que la oposición estalla públicamente por primera vez. Una Francia noble, democrática y rebelde tomaba partido por Dreyfus y reaccionaba contra la infamia. Los intelectuales lograban que triunfara la justicia y que Dreyfus fuera liberado. Y en el ardor de la lucha inventaron ese personaje nuevo: «el intelectual»⁵. Voltaire y Hugo habían luchado también, habían puesto su pluma y su talento al servicio de las «grandes causas», pero el término mismo de intelectual usado como sustantivo (el intelectual) no existía antes del *affaire* Dreyfus. Es en esta época cuando por primera vez un grupo de personas retoma el adjetivo para invertir su sentido y hacer de él, ya no sólo un nombre, sino un título de gloria y un emblema: «Nosotros somos los intelectuales...El partido de los intelectuales...».

Los nuevos intelectuales consideran en ese momento que es deber suyo poner la pluma o el pincel para intervenir, en pleno ejercicio de sus funciones, en los asuntos de la comunidad; se convierten así en los nuevos «clérigos», mediadores entre el mundo y lo universal. El sustantivo «intelectual» penetra en el lenguaje común, pero no se trataba de una simple cuestión terminológica, de imposición de un nombre y su significado: La definición del papel social del intelectual a fines del siglo pasado en Francia refleja el comienzo de un conflicto de intereses entre el campo intelectual y el político⁶.

Sartre –en cuyos propios análisis sobre el tema nos basaremos ahora para reconocer después la enorme importancia de su papel como intelectual y su influencia en la sociedad

⁴ LÉVY, Op. cit., p. 416.

⁵ *Ibid.*, p. 417-418.

⁶ BOSCHETTI, Anna, *Sartre y “Les Temps Modernes”: Una empresa intelectual*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990. p. 22.

francesa y en el mundo entero— confirmaba que la palabra «intelectual» aplicada a las personas, es decir como sustantivo, se popularizó, con un sentido negativo, en tiempos del caso Dreyfus. Los intelectuales, explica Sartre, critican la sociedad y los poderes establecidos en nombre de una concepción global y dogmática del hombre, y se caracterizan por tener un sistema de valores “para el que la vida humana constituye la norma suprema”⁷. Sartre explica así el contexto histórico-social en el que surge este nuevo «personaje»:

A fines del siglo xviii la burguesía experimenta la necesidad de afirmarse como clase a partir de una concepción global del mundo, es decir, de una ideología. Una ideología que no construirían más los clérigos, sino los especialistas del saber práctico: hombres de leyes o de letras, matemáticos, médicos, etc., que ocupaban el lugar de los clérigos y se denominaban «filósofos», es decir, «amantes de la sabiduría». Se trataba para ellos de crear una concepción racional del Universo que justificara las acciones y las reivindicaciones de la burguesía. Esa época, decía Sartre, fue la edad de oro de la ideología burguesa, que oponía la universalidad del hombre al particularismo feudal; los burgueses se apoyaban en la razón analítica para descalificar a los nobles oponiéndoles el resto de los hombres.

Los «filósofos» eran intelectuales orgánicos de su clase que proporcionaban armas a la burguesía contra el feudalismo y la confirmaban en su «orgullosa conciencia de sí misma». Nacidos de la clase burguesa, penetrados por sus costumbres y sus pensamientos, los filósofos se encargaban de expresar la ideología burguesa, es decir, el conjunto de valores y de ideas que constituye el «humanismo burgués» y que se resume en dos fórmulas: «todo hombre

es burgués, todo burgués es hombre». Sin embargo, explicaba Sartre, aunque la clase burguesa continúe en el poder, aunque la burguesía persista en llamarse humanista y el Occidente haya sido denominado Mundo Libre, ya nadie puede considerarla como clase universal y su humanismo resulta caduco. Por esta razón, en el último tercio del siglo xix y particularmente después del caso Dreyfus, los nietos de los filósofos se han transformado en intelectuales.

Los intelectuales son reclutados entre los especialistas del saber práctico, cuya formación ideológica y técnica se define por un sistema constituido desde arriba por la clase dominante. Ésta convierte a los técnicos del saber práctico en guardianes de la tradición encargados de transmitir los valores, en “agentes de un particularismo ideológico confesado (nacionalismo agresivo de los pensadores nazis), o disimulado (humanismo liberal, es decir, falsa universalidad)”, que presenta como leyes científicas lo que de hecho no es otra cosa que la ideología dominante. De este modo, nacido de las clases medias, al técnico del saber práctico se le inculca la ideología particularista de la clase dominante, a la que no pertenece, pero que le impone desde fuera su ser social y su destino. Y es a ese nivel que aparece el intelectual.

La función de investigadores, el saber y los métodos de los especialistas del saber práctico, están en contradicción con la ideología burguesa que en principio los impregnó por la enseñanza de las «humanidades». Los técnicos del saber práctico buscan conocimientos prácticos universales, “pero si aplican sus métodos a analizar la clase dominante y su ideología —que también es la de ellos—, no puede ocultarse que ambas son astutamente particularistas. Y a partir de este momento

⁷ A partir de acá y a lo largo de este apartado, las citas son tomadas de SARTRE, Jean-Paul. “Los intelectuales”. En: *Escritos políticos*, 3. [Situations VIII]. Madrid: Alianza, 1986. p. 93-126.

descubren la alienación hasta en sus propias investigaciones en cuanto medios de fines que les siguen siendo ajenos y cuyo cuestionamiento se les prohíbe”. El intelectual es de este modo un «humanista», en la medida en que se le ha hecho creer que todos los hombres son iguales, pero aquella ideología particularista de obediencia a un Estado, a una política, a una clase dominante contradice el espíritu de investigación libre y universalista que se le inculca.

El conjunto de saberes que posee el técnico del saber práctico es conceptual y por tanto tiende en principio a la universalidad y al bien de todos, pero realmente no sirve nunca a todos los hombres, sino a cierta categoría de personas que pertenecen a las clases dirigentes. Así, el técnico del saber, de hecho, trabaja para los privilegiados, y cuando se da cuenta de que su trabajo supuestamente universal sirve a lo particular, la conciencia de esa contradicción es precisamente lo que le caracteriza como intelectual. Los técnicos del saber práctico no pueden rechazar los particularismos que se les ha inyectado sin negarse a sí mismos y al poder mismo: “la realidad del técnico es la discusión permanente y recíproca entre lo universal y lo particular, y que él representa, al menos en potencia, lo que Hegel ha llamado «conciencia desdichada». Por ese lado, el poder lo considera eminentemente sospechoso”.

De este modo, “todo técnico del saber es un intelectual en potencia, puesto que se define por una contradicción que no es otra que el combate permanente entre su técnica universalista y la ideología dominante. Pero que un técnico se transforme en un intelectual de hecho no es algo que resulte de una simple decisión: depende de su historia personal, que ha podido provocar en él la tensión que le caracteriza; en último análisis, el conjunto de factores que consuman la transformación es de orden social”. El técnico del saber práctico

puede aceptar la ideología dominante o acomodarse a ella, poniendo lo universal al servicio de lo particular, y volviéndose apolítico o agnóstico, como mecanismo de autocensura; puede abandonar una actitud de impugnación válida, renunciando a su poder contestatario, inducido por la presión del poder. Pero si el técnico del saber comprueba el particularismo de esta ideología y la cuestiona, al tiempo que niega el principio de autoridad por el cual se le reduce a simple “agente subalterno de la hegemonía y medio de fines que ignora o que le está prohibido impugnar, el agente del saber práctico se transforma entonces en un monstruo, es decir, en un intelectual que se ocupa de lo que le concierne... y de quien los demás dicen que se ocupa de lo que no le concierne”, o sea, tanto de los principios que guían su vida como de su lugar en la sociedad.

El intelectual es entonces un hombre que cobra conciencia de la oposición entre la búsqueda de la verdad práctica y la ideología dominante con su sistema de valores tradicionales. Esta toma de conciencia es en el fondo “el descubrimiento de las contradicciones fundamentales de la sociedad, es decir, de los conflictos de clase y, en el seno de la propia clase dominante, de un conflicto orgánico entre la verdad que reclama como su empresa y los mitos, valores y tradiciones que mantiene, y con los que quiere infectar las otras clases para asegurar su hegemonía”. El intelectual es el producto histórico de sociedades desgarradas que testifica acerca de ellas porque ha interiorizado su propio desgarramiento. El intelectual es en este sentido «el monstruoso producto de sociedades monstruosas».

El intelectual no puede considerar el conjunto social objetivamente, puesto que es su propia contradicción fundamental; él investiga en primer lugar acerca de sí mismo, para transformar en totalidad armoniosa su ser contradictorio. Pero tampoco puede

“conformarse con un simple cuestionamiento subjetivo de su ser, puesto que está justamente inserto en una sociedad definida que lo ha hecho... La verdadera búsqueda intelectual, si quiere liberar a la verdad de los mitos que la oscurecen, implica un tránsito de la investigación por la singularidad del investigador. Éste necesita situarse en un universo social para conocer y destruir en él y fuera de él los límites que la ideología prescribe al saber. Es a nivel de la situación donde la dialéctica de la interiorización y de la exteriorización puede actuar; el pensamiento del intelectual debe volverse sin cesar sobre sí mismo para aprehenderse siempre como universalidad singular, es decir, singularizada secretamente por los prejuicios de clase inculcados desde la infancia, mientras cree haberse desembarazado de ellos y haber encontrado lo universal”.

El intelectual, después de volverse sobre sí mismo, debe también combatir su clase, que reproduce en él la ideología burguesa, bajo la influencia de la clase dominante. Contrariamente al humanismo burgués, debe cobrar conciencia de que el hombre no existe, que está por hacer. La toma de conciencia del intelectual “le muestra a la vez su singularidad y el hecho de que a partir de ella el hombre se propone como finalidad lejana de una empresa práctica cotidiana”. El intelectual se enfrenta de este modo constantemente con lo concreto y sólo concretamente podrá responder a aquello con lo que se enfrenta. El intelectual pretende producir “en él, y en los otros, la unidad verdadera de la persona, la recuperación por cada uno de los fines impuestos a su actividad... la supresión de alienaciones, la libertad real del pensamiento por supresión en el exterior, de inhibiciones y autocensuras”.

La clase dominante intenta defender la ideología particularista con argumentos que pretenden ser rigurosos, y para eso se sirve del falso

intelectual: lo que Paul Nizan denominaba «perro guardián», el enemigo más directo del intelectual. Son falsos intelectuales los que defienden el mito de una naturaleza humana fija, de un falso punto de vista universalista, mientras los intelectuales auténticos se apasionan con los problemas humanos de su tiempo, se abrazan a su época, haciendo entrever los valores de eternidad presentes en cada circunstancia. Los falsos intelectuales tienden al reformismo, mientras los verdaderos intelectuales son radicales y se ven inducidos a convertirse en revolucionarios, pues comprenden que el reformismo es sólo un discurso.

El intelectual verdadero es aquel que se entiende a sí mismo en el malestar como un monstruo y que por este motivo inquieta, “porque lo universal humano está por hacerse. Muchos falsos intelectuales se han adherido entusiásticamente al movimiento de Gary Davis. Se trataba de convertirse de inmediato en ciudadano del mundo y de hacer reinar sobre la tierra la Paz Universal... Pero si se quiere la Paz Universal sin ninguna paz particular, uno se limita a condenar moralmente la guerra. Ahora bien, eso es lo que todo el mundo hace... Los moralistas e idealistas condenan moralmente la guerra y sueñan, en nuestro mundo de violencias, que reinará un día una paz ideal, sueño que no constituye un nuevo orden humano fundado sobre la suspensión definitiva de todas las guerras por la victoria de los oprimidos, sino más bien la idea de una paz caída de los cielos. Pero el verdadero intelectual, como radical que es, no se considera ni moralista ni individualista... la naturaleza de su contradicción le obliga a comprometerse en todos los conflictos de nuestro tiempo, ya que todos ellos –conflictos de clases, de naciones o de razas– son sólo efectos particulares de la opresión de los desfavorecidos por la clase dominante y, en cada uno de ellos, está él, oprimido consciente, en el campo de los oprimidos”.

La ideología burguesa es el modo de vida del intelectual, el medio por el cual ve el mundo. La contradicción del intelectual consiste en que debe liberarse de esa ideología, desmitificarla, y por eso el único medio que tiene de comprender la sociedad en la que vive, sostiene Sartre, es verla desde el punto de vista de los más desfavorecidos: “la única posibilidad real de asumir un punto de vista distante sobre el conjunto de la ideología decretada desde arriba, es ponerse del lado de aquellos cuya misma existencia la contradice”. La tarea del intelectual es combatir las ideologías y sacar a la luz la violencia que enmascaran o justifican. A través de una «acción práctica» de desvelamiento y desmitificación, “actúa para que un día sea posible la implantación de una universalidad social en la que todos los hombres sean verdaderamente libres, iguales y fraternos”.

El intelectual nunca llega a ser el intelectual orgánico de las clases trabajadoras, afirmaba Sartre, sólo podrá ser el teórico de esas clases, siempre habrá una barrera que lo separa de ellas, debido a su origen pequeño burgués. Pero precisamente porque está definido como toma de conciencia de su contradicción constitutiva, puede ayudar a la constitución de la toma de conciencia proletaria: en una autocrítica perpetua de la ideología pequeño burguesa que le dio origen, participa en la acción de las clases desfavorecidas, en tanto que la teoría es un momento de la praxis: el de la «apreciación de los posibles». En otros términos, puede decirse que así como el proletario carece de conciencia el intelectual carece de clase, y a partir de esto Sartre propone un arreglo que es la «conciencia de clase»: El intelectual otorga conciencia al proletariado para que éste pueda afirmarse. Las clases explotadas no necesitan de una ideología, de una representación mítica de sí mismas, sino de una verdad práctica que les permita conocer la sociedad, conocer el mundo para cambiarlo; necesitan situarse, descubrir sus

finés orgánicos y la praxis que les permita alcanzarlos.

El intelectual es de cierta forma un hombre que sobra: Nadie le reclama y nadie le reconoce, no recibe su estatuto de ninguna autoridad y no tiene mandato de nadie, nadie le concede el más mínimo derecho y es en todas partes inasimilable; es el más inerte de los hombres. Por esta razón, no puede tampoco fundar en derecho su «función»: “es un subproducto de nuestras sociedades... no es el producto de una praxis intencional, sino de una reacción interna, es decir, de la relación en la unidad sintética de una persona, de estructuras incompatibles entre sí”. Persona nunca asimilada, conciencia desgarrada imposible de remendar, nunca totalmente dentro ni totalmente fuera, desterrado por las clases privilegiadas y sospechoso para las clases desfavorecidas (a causa de la misma cultura que él pone a su disposición)... esta contradicción constitutiva del intelectual es precisamente lo que mejor caracteriza su función.

La contradicción del intelectual es la contradicción de la sociedad entera. Lo que sucede es que en la mayoría esas contradicciones permanecen a nivel de lo vivido, sus causas no se buscan a través de una toma de conciencia reflexiva: “Cada cual, aunque lo ignore, tiende a esa toma de conciencia que permitiría al hombre recuperar esta sociedad salvaje que hace de él un monstruo o un esclavo. El intelectual, por su propia contradicción –que se transforma en su función–, se ve empujado a lograr para sí mismo, y en consecuencia para todos, la toma de conciencia. Si en este sentido resulta sospechoso a todos, puesto que en principio es un contestatario y, por tanto, un traidor en potencia, desde otro punto de vista es él quien consigue para todos esa toma de conciencia. Entendemos que, tras él, todos pueden

lograrla... A través de la lucha del intelectual contra sus propias contradicciones, en él y fuera de él, la sociedad histórica asume un punto de vista sobre sí misma todavía vacilante, confuso, condicionado por las circunstancias externas... En cierto modo, se erige en guardián de los fines fundamentales”.

El oficio de intelectual es vivir su contradicción por todos y superarla para todos por el radicalismo. Así, la función del intelectual “va del testimonio al martirio: el poder, sea cual fuere, quiere utilizar a los intelectuales para su propaganda, pero desconfía de ellos y empieza siempre las purgas por ellos. No importa: mientras pueda escribir y hablar, sigue siendo el defensor de las clases populares contra la hegemonía de la clase dominante y el oportunismo del aparato popular”. El intelectual, afirma Sartre, es el guardián de la democracia: “impugna el carácter abstracto de los derechos de la «democracia» burguesa no porque quiera suprimirlos, sino porque quiere completarlos con los derechos concretos de la democracia socialista, conservando, en cualquier democracia, la verdad funcional de la libertad” y definiendo los fines históricos de las clases trabajadoras.

La legitimidad intelectual

En toda sociedad, los intelectuales representan la vanguardia activa, son aquellos que preparan el porvenir, y un divorcio entre ellos y la opinión pública se puede tomar como un síntoma grave de decadencia de la sociedad. Las fases agudas de intervención de los intelectuales parecen corresponder a momentos de crisis social y política, donde las relaciones de fuerza entre las clases se ponen en tela de juicio. El intelectual es, en este contexto, la conciencia

desgarrada de la sociedad, agobiada por un «malestar en la cultura». Para algunas de las fracciones en conflicto, los intelectuales se convierten en una fuente preciosa de legitimidad: es el caso de la época en que los republicanos encontraron en los partidarios de Dreyfus un aliado, y más tarde de la época del Frente Popular, cuando el Partido Comunista solicita el apoyo de los intelectuales. Esta búsqueda de legitimación no puede verse como simple oportunismo; se trata, según lo concibe Anna Boschetti, de “transformaciones importantes en la relación fundamental que orienta las prácticas culturales: la relación con el campo del poder”⁸.

Boschetti califica la empresa de Sartre como un «logro excepcional en la historia de la cultura francesa»⁹. En efecto, a partir de la Liberación Sartre ejerció al menos durante quince años en todo el mundo intelectual un dominio completo, que nadie pudo igualar en los años siguientes. Después de 1960, “destronado por otras modas, no obstante no ha dejado de llamar la atención sobre él con nuevas hazañas: *La Critique de la raison dialectique*, *Les mots* y el premio Nobel, *L'Idiot de la famille*, sus batallas políticas... nunca dejó de ser el intelectual francés contemporáneo más conocido”¹⁰. ¿A qué se debe esta legitimidad de la que gozó Sartre durante tantos años y gracias a la cual se lo puede seguir considerando como uno de los intelectuales más importantes del siglo xx?

La legitimidad intelectual está constituida por valores simbólicos propios de una sociedad determinada. Sartre, cuya trayectoria señala los intereses del conjunto de los intelectuales de su época, puede ser considerado como un producto perfecto de la cultura francesa. Según Anna Boschetti, Sartre reunía el origen social

⁸ BOSCHETTI, Op. cit., p. 104.

⁹ Ibid., p. 7.

¹⁰ Ibid., p. 7.

y la procedencia geográfica estadísticamente más propicias para el éxito intelectual. Las circunstancias biográficas de Sartre, sostiene esta autora, “no son realmente circunstancias excepcionales, sino «accidentes necesarios». Forman parte de las determinaciones secundarias más comúnmente asociadas a la vocación intelectual, como mediaciones específicas que tienden a producir disposiciones favorables. Lo único que distingue el caso de Sartre es el alto grado de aptitud”¹¹.

Diversas son las razones del éxito de Sartre. Anna Boschetti afirma que la más importante es que Sartre combinó de forma excepcional en su persona al filósofo y al escritor. Sartre realizaba una síntesis plena entre literatura y filosofía, después del antagonismo y la separación que había anteriormente entre los dos campos: “La cultura francesa después de Sartre muestra que no se trata de una mutación irreversible. Ninguno de los «grandes» intelectuales, candidatos después de él a representar la excelencia intelectual, ha logrado reproducir esta acumulación”¹². En efecto, literatura y filosofía se separarían de nuevo en lo posterior, así como cambiaron las condiciones sociales y políticas que hicieron posible el desenvolvimiento del papel de Sartre como intelectual.

Por otro lado, en Sartre se daban, al mismo tiempo, la excelencia profesoral y la consagración como escritor. La coincidencia de estas categorías diferentes de intelectuales, de estas dos maneras de entender y practicar el trabajo intelectual, el profesor y el creador, es además incomparable dentro del campo intelectual en Francia: Camus, el rival más fuerte de Sartre en literatura, era un aficionado

en el terreno filosófico, mientras Merleau-Ponty, el único competidor serio en filosofía, era sólo filósofo. Al lado de Merleau-Ponty, que le oponía una versión diferente del intelectual comprometido más influyente en los círculos universitarios, Sartre era visto como el representante de la «mundanización» de la filosofía. Por lo demás, la independencia que demuestra Sartre al abandonar el mundo universitario, favorece su carisma.

Sartre, deduce Anna Boschetti, “no es solamente el nuevo Bergson de la filosofía y el nuevo Gide de la literatura, sino el heredero de dos tronos que quedaron vacantes al mismo tiempo. Por el solo hecho de reunirlos, trastorna la definición de las dos funciones”¹³. Este triunfo del «intelectual total» capaz de expresarse en todos los ámbitos con una gran coherencia, es el que le daba a Sartre su legitimidad: “Como «intelectual total», Sartre es el símbolo de una manera de concebir el trabajo intelectual que hoy puede parecer concluida. Entre literatura, filosofía y ciencias humanas, la separación tiende a profundizarse. Pero en su ambición de dominar y abarcar todo, Sartre ha encarnado una exigencia de unidad del saber que constituye «la idea reguladora de la vocación intelectual»¹⁴.

La obra de Sartre se presenta como un proyecto unitario que se desarrolla en ámbitos diversos de expresión. Joaquín Maristany del Rayo¹⁵ sostiene que en Sartre la diferenciación de los géneros expresivos es sólo aparente, que la obra de Sartre en sus diferentes formas de expresión está sostenida por un mismo proyecto al cual circularmente revierte. Así, Sartre presentifica o expresa una época, en una intención imaginaria; la piensa, con una intención reflexiva o filosófica, y pretende cambiarla o reformarla,

¹¹ Ibid., p. 123.

¹² Ibid., p. 29.

¹³ Ibid., p. 133.

¹⁴ Ibid., p. 12.

¹⁵ MARISTANY DEL RAYO, Joaquín. *Sartre. El círculo imaginario: ontología irreal de la imagen*. Barcelona: Anthropos, 1987. p. 271.

en una intención práxica o política. Maristany explica las diversas «intenciones» sartreanas y afirma que los diferentes géneros que las expresan traducen «géneros filosóficos en confusión». La escritura sartreana se le presenta a este autor como una escritura oscilante que refleja las agitaciones de una situación histórica de identidad frágil. Lo que hay que destacar es que el proyecto de Sartre apuntaba a una comprensión total de su época, superaba con su virtuosismo polifónico los modelos de excelencia más destacados del momento, y en 1954 había logrado el dominio absoluto de todo el campo intelectual, tanto en el orden literario como en el filosófico.

En la Europa del período de entreguerras existía un «sentimiento trágico de la vida» que caracterizó el ánimo de la época, muy bien encarnado y legitimado por las filosofías existencialista y fenomenológica. La sociedad francesa, en su descubrimiento trágico de la historia a través de la crisis económica, la guerra mundial, la ocupación, las luchas coloniales y la guerra fría, demanda y privilegia una cultura filosófica que exprese y racionalice experiencias sin precedentes, tanto a través de la literatura como de la filosofía. En este sentido, el éxito de la empresa sartreana se explica, según Anna Boschetti, porque sus obras estaban perfectamente adaptadas a la demanda: Las descripciones fenomenológicas y los análisis del discurso filosófico existencialista introducían la actualidad de la vida cotidiana y rechazaban la abstracción conceptual, adoptando de esta forma las funciones y los efectos de la literatura, apoyándose también en elementos del lenguaje y textos literarios. Esta autora opina que Sartre se comportaba “como si persiguiera y realizara inconscientemente un programa: producir la literatura y la filosofía que por entonces

esperaban el campo literario y el campo filosófico francés, de acuerdo con las formas y la herencia requeridas”¹⁶.

Boschetti sostiene que había una intención profética en el proyecto sartreano, y que “gracias a su notoriedad, todo lo que le concierne confluye en una figura pública que se impone. Sus prácticas se influyen entre sí, son marcadas por la repercusión que despiertan no sólo sus obras, sino también su estilo de vida anticonformista, que se percibe a través del halo escandaloso producido por la audacia de los temas y del lenguaje, por el alboroto admirativo o indignado de los críticos, por las polémicas que despierta. De allí en más, detrás de sus novelas y de sus obras, detrás de sus ensayos filosóficos y críticos, se ve un personaje, corruptor de la juventud o guía moral al que es imposible ignorar”¹⁷. El éxito de Sartre se debería también a las grandes rupturas que realizaba, a los temas tabú que introducía en la filosofía dirigiéndose a un gran público intelectual, en lugar de un público de especialistas. Por su apariencia de «saber esotérico», provocaba el efecto de lo inaudito y, como las herejías, satisfacía un temperamento antijerárquico. También su estilo de vida rompía con todas las reglas, convirtiéndolo en un símbolo viviente de liberación ética: “Como todas las profecías, la moral anticonformista predicada por un «autor escandaloso» no hubiese tenido tanto encanto y crédito si no se hubiera apoyado sobre el testimonio de una vida perfectamente coherente”¹⁸.

Según Anna Boschetti, además de la autoridad intelectual que poseía Sartre, el tono de los textos contribuyó al triunfo de la doctrina del compromiso: “Un sentimiento dramático del peso de la historia y de los acontecimientos

¹⁶ BOSCHETTI, Op. cit., p. 30.

¹⁷ Ibid., p. 63.

¹⁸ Ibid., p. 116.

caracteriza al existencialismo, a punto tal que desaparece entonces la separación entre cultura y política tan tenazmente protegida por toda la tradición filosófica noble, y la política se hace «pensable», objeto filosófico legítimo. Este sentimiento parece propio de todas las épocas de crisis... el discurso profético sólo es una expresión extrema de esta irrupción de la historicidad. Frente a un presente intolerable e incomprensible surge la reflexión sobre la historia como movimiento hacia el futuro, pensamiento del cambio, relativización de lo existente, que puede hacerse racional en la perspectiva del devenir"¹⁹. Opina también la autora que el triunfo de la actitud de Sartre se debía a esta forma de afrontar los problemas que planteaba la coyuntura política, satisfaciendo también en este terreno las expectativas del público, en el momento justo.

La revista que Sartre fundó, junto a otros compañeros, en 1945, *Les Temps Modernes*, es el indicador más representativo de la historia del campo intelectual hasta 1953. Sartre explicaba que había fundado la revista no exactamente para tomar partido en la lucha política, sino "más bien para mostrar la importancia en todos los planos de los acontecimientos de la vida colectiva: diplomática, política, económica... La idea principal era señalar que en la sociedad todo se manifiesta bajo múltiples facetas y que cada una de estas facetas expresa, a su manera, pero de una manera completa, un sentido que es el sentido del acontecimiento"²⁰.

La revista de Sartre se caracterizaba por una primacía absoluta sobre otros grupos intelectuales, ejercía una polarización en la vida cultural y un verdadero monopolio de la legitimidad. Este lugar tan influyente durante

la época se explica porque representaba las posiciones políticas legitimadas por la Resistencia y además porque conjugaba el compromiso, condición indispensable de la excelencia intelectual de entonces, con un gran capital intelectual que tenía "la capacidad de transformar cada hecho, desde la experiencia cotidiana más banal hasta los dramas aún no acabados de la historia, en un pensamiento que reúne todos los rasgos consagrados de la superioridad filosófica"²¹.

El prestigio del que gozaba *Les Temps Modernes* durante esa época se debía también a la atención dedicada a los temas literarios, al anticonformismo profundamente ético de los existencialistas y a su lucha constante contra todo orden establecido en su acompañamiento crítico al Partido Comunista. En una época en la que el intelectual legítimo era de izquierda, los fundadores de *Les Temps Modernes* eran todos de izquierda, pero no comunistas. Gracias a esta independencia respecto al Partido y al capital intelectual de Sartre y del resto de sus representantes, *Les Temps Modernes* "constituye un polo irresistible para los intelectuales «libres», no ligados a una ortodoxia"²².

Los contenidos de la revista *Les Temps Modernes* estaban dominados por la actualidad política y social, y por esta razón su cronología correspondía a la de los hechos franceses e internacionales de la época. Era la historia posterior a la guerra la que se desarrollaba: la regeneración social tras la Liberación y el proceso de descolonización. Se trataba también de un período de «refundación de la moral» y de ahí la condición de «profetismo» del existencialismo: era la primera vez que una

¹⁹ Ibid., p. 115.

²⁰ BEAUVOIR, Simone de. *Conversaciones con Jean-Paul Sartre*, Agosto - Septiembre 1974. Barcelona: Edhasa, 1982. p. 452.

²¹ BOSCHETTI, Op. cit., p. 168.

²² Ibid., p. 144.

época se transformaba abierta y directamente en el objeto de meditación de los intelectuales, razón por la cual sus revistas constituyen un repertorio y un inventario excepcionales. La coyuntura histórica tenía de este modo un gran peso en la elaboración de esta filosofía y en su expresión a través de *Les Temps Modernes* y sus «grandes síntesis totalizantes». Este monopolio de la cultura legítima que ejercía *Les Temps Modernes* descartaba la pretensión de una literatura o una ciencia «puras», no «responsables»; pero excluía asimismo el compromiso con el poder y la adhesión a un partido cuya ortodoxia determinaría sus producciones. Sartre intentaba librarse del compromiso indirecto y vago que constituía su literatura anterior, al tiempo que tomaba posición frente al Partido Comunista.

Un compromiso con su época

Tiempos proféticos, de rupturas radicales y crisis, sentimiento apocalíptico y angustiado; era la época de la Ocupación y la actitud de los existencialistas se presentaba como un rasgo de época. Se tenía la idea de una verdadera regeneración social donde nacían esperanzas milenarias, mientras la supremacía electoral del Partido Comunista reforzaba la creencia en la misión del proletariado como clase universal y en una victoria del Partido como expresión necesaria y exacta del proletariado. Esta verificación histórica de la situación hacía que para los intelectuales el Partido Comunista fuera la encarnación del sentido de la historia; y esta nueva legitimidad, a partir de los resultados electorales, fue el factor fundamental que condicionó y especificó la dirección del compromiso de Sartre. Sin embargo, aunque no profundizaremos aquí en este tema, la alianza no era fácil: la disciplina del Partido impedía el libre ejercicio del pensamiento que encarnaba

la filosofía universitaria de entonces; su concepción de «partido de las masas», y el dogmatismo marxista que lo caracterizaba diferían de la concepción sartreana del hombre, que reconoce a éste un valor como sujeto.

No obstante, desde la guerra ningún escritor llevó más lejos que Sartre la reflexión sobre responsabilidad del intelectual, y esto debido precisamente a la intensidad y ambivalencia de sus relaciones obligadas al tiempo que imposibles con el Partido, las masas y la Revolución, y a su papel de intelectual francés más influyente. Anna Boschetti dirá muy acertadamente que “si la legitimidad política del P.C.F. impone a los intelectuales más legítimos la profesión de fe revolucionaria, Sartre tiene toda la autoridad intelectual y las disposiciones necesarias para inventar una manera de estar en regla con la Revolución no sólo sin entrar al Partido Comunista sin conceder nada, sino superando al Partido”²³.

La relación con el Partido Comunista no es un problema típicamente sartreano, sino la obsesión de toda una generación que deposita en el comunismo y en la U.R.S.S. esperanzas tanto sociales y políticas como intelectuales y personales. El sentido del marxismo, de la acción política, de la existencia misma y de la historia, están puestas en el éxito de la experiencia soviética. Se trata, según Anna Boschetti, de una relación ambivalente de toda la intelligentsia francesa con la realidad americana: “Este poder de seducción del «Espíritu objetivo», agregado al sentimiento sincero de culpabilidad que suscita la imagen de los desheredados en marcha detrás del «Partido», basta para explicar el verdadero tabú del anticomunismo que gana terreno entre los «simpatizantes»”²⁴.

Sartre no dejó nunca de ponerse en cuestión, de comprometerse plenamente en todas las manifestaciones de su pensamiento, en cada uno de sus actos, y de extraer las consecuencias

²³ BOSCHETTI, Op. cit., p. 109.

²⁴ Ibid., p. 107.

de este compromiso. De esta manera logró una “renovación original de la filosofía francesa, que no se cansaba de reiterar su divorcio de la vida. Según el filósofo Gilles Deleuze, Sartre sacó la filosofía de su rincón polvoriento y la expuso a las tormentas de su época, junto con la política, el arte, el Tercer Mundo, el cine, la revolución... Sartre ha dado una de sus más nobles expresiones a la presencia y el papel de los intelectuales en la sociedad. Más allá de lo que se conoce hoy en día como sus «errores», es este apego tenaz e inquebrantable al aspecto ético de la actividad intelectual, junto con una pasión avasalladora por la libertad, servida por un auténtico genio literario, lo que hace a Sartre acreedor a su puesto de maestro de la verdad en la memoria de las generaciones futuras”²⁵.

En Sartre había un conflicto permanente entre moral individual y necesidad histórica, y una pretensión de reivindicar una distancia filosófica respecto al marxismo. La segunda guerra mundial le descubrió su solidaridad con los demás hombres y la exigencia moral de emplazarse entre ellos y la respuesta a esta nueva exigencia política es lo que se ha llamado su teoría del compromiso. Pero Sartre emprendía, después de la dura puesta en tela de juicio a la cual lo condujo la guerra, una nueva autocrítica que comenzó hacia 1954 y que manifestaría especialmente en *Problemas de método* y *Las palabras*. A partir de esta nueva puesta en cuestión, Sartre intentaba comprender las contradicciones de una realidad social cada vez más compleja y llegó a descubrir “que no existen otros medios que los mismos hombres, y que en materia de liberación los análisis más profundos no pueden sustituir a la propia libertad de los interesados... En resumen, no se trata ya de dar lecciones de marxismo a

los explotados, sino de intentar ver con ellos por dónde y cómo se expresa, para ellos, la protesta humana que el marxismo trata de formular”²⁶.

El movimiento estudiantil de mayo de 1968 en Francia, que se convirtió en una impugnación total de la sociedad, confirmaba la validez del análisis sartreano de la situación del intelectual. Según Sartre, a partir de los acontecimientos de mayo la misión tradicional del intelectual había terminado. El intelectual clásico, según Sartre, es el que se niega a poner su persona en tela de juicio: nunca se impugna a sí mismo, pues encuentra una buena conciencia en la mala conciencia. Por el contrario, la misión del nuevo intelectual es suprimirse como intelectual, es decir, el nuevo intelectual no se limita a ser la mala conciencia de los otros, sino que anuncia también un mundo posible y revela a los otros sus facultades para actuar en él.

Sartre explicaba que los intelectuales no son solamente el resultado de una decisión, sino un producto histórico y social, en el sentido en que surgen ante aquellas realidades desgarradoras que vive una sociedad y que expresan sus contradicciones. El papel activo que debe jugar el intelectual consiste así en no ser solamente producto de la sociedad, sino también productor de sociedad. El intelectual tiene la misión de referirse a la totalidad de lo que ha visto desde su particular punto de vista, que corresponde a su lugar de inserción en el mundo; pero a partir de ahí, debe ponerse directamente al servicio de las masas y aprender a comprender lo universal que las masas desean en la realidad, en el momento, en lo inmediato²⁷.

²⁵ SABBAGHI, Rachid. *Sartre. Una lección de libertad*. En: *El Correo de la UNESCO*. (sep. 1992). p. 31.

²⁶ JEANSON, Francis. *Jean-Paul Sartre en su vida*. Barcelona: Barral Editores, 1974. p. 295-296.

²⁷ SARTRE, Jean-Paul. “El amigo del pueblo”. En: *Escritos políticos*, 3. [Situaciones VIII]. Madrid: Alianza, 1986. p. 150.

Los intelectuales sufrieron según Sartre una verdadera impugnación a partir de los acontecimientos de mayo. Sartre, siendo el guía de toda una generación de intelectuales en Francia, fue también uno de los primeros en darse cuenta de la ruptura que se producía en una gran parte de esa generación, y de la nueva necesidad política que tenían a partir de ese momento los intelectuales. Sartre sostenía que era necesario que los intelectuales se dieran cuenta de que “no hay otra posibilidad de tener un fin universal que vinculándose a quienes reclaman una sociedad universal, es decir, a las masas”²⁸. El nuevo intelectual definido por Sartre es el que elige al pueblo, consciente de que “el tiempo de la firma de manifiestos, de las tranquilas concentraciones de protesta o de los artículos publicados por periódicos «reformistas» ha terminado. Más que hablar, debe intentar con los medios a su alcance dar la palabra al pueblo”²⁹.

A partir de esta nueva definición del intelectual, diferenciaba Sartre dos momentos en la relación de la conciencia del intelectual con el mundo: el de la negación, que “se da cuando la conciencia procura expulsar de sí lo que obstaculiza una relación auténtica del hombre con el mundo”; y el de la afirmación, que “consiste en la construcción de esta relación fundada en un reconocimiento de la acción creadora con vistas a alcanzar una modificación del mundo objetivo en función del mundo posible que se revela”³⁰. En los intelectuales clásicos no se da el paso de la negación a la afirmación, pues ellos se limitan a hacer sentir su disconformidad, mientras siguen siendo cómodos funcionarios de un sistema, buscando apaciguar su conciencia intranquilizada. Los

intelectuales clásicos, sostenía Sartre, son estériles y terminan siendo absorbidos por los «intelectuales orgánicos» de las clases dominantes. Para el intelectual auténtico se trata de prever la situación en que los hombres sean realmente fines y no se reduzcan a ser medios.

Sartre confesaba haberse sentido cuestionado como intelectual durante los acontecimientos de mayo de 1968, y afirmaba que en el fondo él había sido un «intelectual clásico»: “Aunque yo haya impugnado siempre a la burguesía, mis obras, por su lenguaje, se dirigen a ella, y al menos en las primeras pueden hallarse elementos elitistas”³¹. Incluso admitía seguir en el plano del antiguo intelectual, pues había decidido terminar aquel libro al que había dedicado ya 15 años, *El idiota de la familia*, el cual, según sus propias palabras, se dirigía a la burguesía. Por esa obra, decía Sartre, “sigo siendo burgués y lo seguiré siendo hasta que la concluya. Sin embargo, en otra parte de mí que rechaza mis intereses ideológicos, me impugno a mí mismo como intelectual y comprendo que si no he sido recuperado ha faltado poco. Y en la medida en que me impugno o me niego a ser un escritor elitista que se toma en serio, me ocurre que estoy en medio de los hombres que luchan contra la dictadura burguesa. Ante todo, porque quiero rechazar mi situación burguesa. Existe pues una contradicción muy particular en mí: todavía escribo libros para la burguesía, pero me siento solidario con los trabajadores que quieren derribarla”³².

Sartre era plenamente consciente de su doble pertenencia a dos mundos: el socialista, hacia

²⁸ Ibid., p. 148-149.

²⁹ SARTRE, Jean-Paul. “Justicia y Estado”. En: *Escritos políticos*, 3. [Situations VIII]. Op. cit., p. 66.

³⁰ TRIANA, Manuel. *Humanismo, intelectuales y científicos en el pensamiento de Sartre*. En: Káñina. Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica. Vol. XVII. No. 1 (ene. - jun. 1993), p. 170.

³¹ SARTRE, Jean-Paul. “Justicia y Estado”. En: *Escritos políticos*, 3. [Situations VIII]. Op. cit., p. 70

³² Ibid., p. 71..

el cual iban todas sus simpatías, y el burgués, en el cual lo insertaban su familia y su cultura. El oficio de escritor, en nuestras sociedades, está vinculado concretamente a las estructuras burguesas, por lo tanto las obras, aunque constituyan una denuncia de esas estructuras, pertenecen funcionalmente a la burguesía. Por esta razón, como Sartre mismo afirmaba, muchos intelectuales acaban convirtiéndose en «perros guardianes» de la burguesía mientras otros, aunque profesen ideas revolucionarias siguen siendo elitistas: “a éstos se les permite protestar, porque hablan el lenguaje burgués. Pero poco a poco se les va cambiando y, llegado el momento, una poltrona en la Academia Francesa, un premio Nobel o cualquier otra maniobra bastan para recuperarles”³³.

Sartre apelaba al mismo Marx para sostener que un intelectual salido de la burguesía se halla en condiciones de superar, como él bien lo hizo, el punto de vista de su clase. Sartre consideraba que su deber como intelectual era pensar sin ninguna restricción, incluso a riesgo de cometer errores: “Me basta con conocer las razones que tengo para rechazar esta sociedad. Es posible demostrar que es... un mal, que no está hecha para el hombre sino para el provecho. A partir del momento en que se toma la decisión de cambiarla, hay que hacerlo con radicalidad... la única tentativa que puede acometer el intelectual es intentar ganar para esta radicalización al conjunto de las masas, al pueblo”³⁴.

Sartre nunca abandonó su actitud contestataria y revolucionaria, aunque en ocasiones dicha actitud representara para él un auto-cuestionamiento que no estaba exento de dificultades: pensar contra sí mismo significaba

«romper huesos en su cabeza». Él mismo lo repitió “innumerables veces, «en directo» o a través de los personajes de sus novelas y de sus obras de teatro: el ejercicio del pensamiento, el estatuto de «intelectual», se le ha aparecido muy pronto bajo el doble aspecto de una misión y de una maldición... La vida nunca tendrá ningún sentido para él fuera de una reflexión sobre la vida: pero siempre se experimentará más o menos alejado de la vida por esa misma reflexión”³⁵. Sartre consideraba que su papel como intelectual consistía en plantear la necesidad de transformaciones radicales, en convencer al mayor número de personas para realizar una acción radical en función de cambiar la alienante sociedad actual.

Simone de Beauvoir cuenta que ellos pensaban que “el intelectual puede estar de acuerdo con un régimen; pero –salvo en los países subdesarrollados que carecen de equipos– jamás debe aceptar una función técnica como hace Malraux. Aunque apoye al Gobierno, debe permanecer del lado de la protesta, de la crítica... su papel no se confunde con el de los dirigentes; la división de tareas es infinitamente deseable”³⁶. La vida de Sartre, consecuente con esta delimitación de las actividades propias de su oficio, representa el símbolo más famoso del anticonformismo intelectual.

La conciencia (odiada) del siglo

Ya a comienzos de los años 60, con el lugar central que venían a ocupar las ciencias humanas y su influencia en la transformación de la legitimidad intelectual, se comenzaba a redefinir el estado del campo intelectual y a cuestionarse el modelo existencialista. Los representantes de las nuevas tendencias se caracterizaban especialmente por la irreverencia con la que trataban el «terrorismo teórico de Sartre»: “Nada puede indicar mejor la posición de fuerza desde la cual los representantes de las ciencias humanas ahora se dirigen a Sartre,

³³ Ibid., p. 70.

³⁴ JEANSON, *Jean-Paul Sartre en su vida*, Op. cit., p. 308.

³⁵ Ibid., p. 104.

³⁶ BEAUVOIR, Simone de. *La fuerza de las cosas*. Barcelona: Edhasa, 1980. p. 395.

que esta somera liquidación que ni siquiera se preocupa por probar la autonomía y la superioridad teórica de la «razón analítica»³⁷, contra la razón dialéctica que seguía defendiendo Sartre en la *Crítica de la razón dialéctica*. Este libro y las reacciones que suscita son vistos por Anna Boschetti como “un elocuente indicador de la crisis del sartrismo”³⁸. La autora considera la *Crítica* como una tentativa de contraofensiva por la cual Sartre, relegando la antropología a sus «prolegómenos» teóricos, busca reafirmar la cultura del compromiso.

Pero los motivos del ocaso del pensamiento sartreano en todos los ámbitos del campo cultural, no parecen fácilmente reducibles, como muchos pretenden, a una cuestión de modas y tampoco a una transformación profunda de las realidades a las cuales este pensamiento se enfrentaba. Sartre es el mentor y la referencia decisiva para intelectuales de varias generaciones, artistas, escritores y políticos; maestro de la verdad, modelo, pionero que abrió caminos. Como el intelectual más grande del siglo xx, como la conciencia más inexorable de su siglo, Jean-Paul Sartre significaba un estorbo. Como afirmaba Nicolás Suescún, “desde Voltaire ningún otro francés ha conmovido tanto la conciencia de sus contemporáneos, ninguno ha arrancado tantas máscaras, tumbado tantas estatuas”³⁹. Jorge Amado lo calificaba como el hombre más importante de la postguerra, el que mayor influencia había ejercido en el mundo actual. El «gran Sartre» ocupó su siglo, se dice con frecuencia, como Voltaire y Hugo ocuparon los suyos. Con él desapareció sin duda uno de los escasos hombres verdaderamente libres de nuestra época, uno de los pocos hombres

honestos, en un mundo turbio e impotente; el último de los maestros del pensamiento francés, una de las mentes más preclaras de nuestro tiempo⁴⁰. Tras su muerte se le dedicaron más páginas de las que nunca se le habían dedicado a ningún acontecimiento literario; era una conciencia crítica la que acababa de desaparecer.

No obstante, algunos años después de su muerte se hacían en Francia juicios retrospectivos y balances negativos, mientras “en la mayoría de los países en vías de desarrollo, se sigue hablando de Sartre como de un profeta de los tiempos modernos, como del intelectual legendario”⁴¹. Sartre se convirtió en muchos países en el intelectual prototipo, mientras en Francia significaba solamente “un bien cultural de primera magnitud, eminentemente exportable, aunque difícil de controlar... De Gaulle sabía perfectamente que Sartre era un embajador de Francia, aunque fuera básicamente un embajador de la contracultura”, y ya que consideraba que los intelectuales eran ciudadanos «intocables», así era como trataba a Sartre. Pero como acertadamente dice su biógrafa Annie Cohen-Solal, “pese a lo que digan sus compatriotas, Sartre sigue siendo para la mayor parte de los intelectuales extranjeros una de las grandes figuras de la Francia contemporánea”.

Sartre mismo llamaba la atención sobre la forma en que se anunciaba la «muerte del intelectual»: “bajo la influencia de las ideas norteamericanas, se predice la desaparición de esos hombres que pretenden saberlo todo. Los progresos de la ciencia tendrían por efecto reemplazar a esos universalistas por equipos de investigadores

³⁷ BOSCHETTI, Op. cit., p. 228.

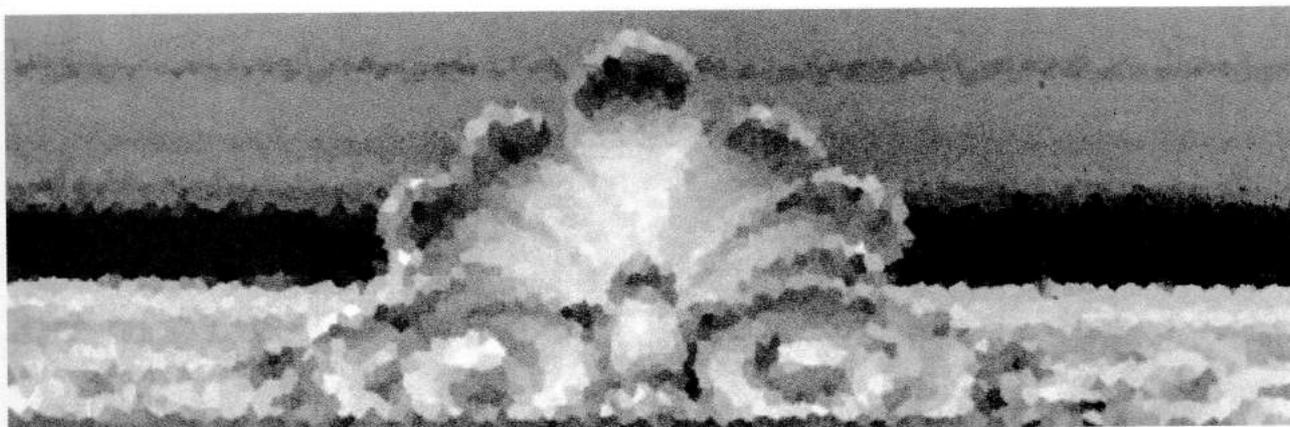
³⁸ Ibid., p. 227.

³⁹ SUESCÚN, Nicolás. *Las Palabras de Jean-Paul Sartre*. En: ECO. N.º. 58 (feb. 1965); p. 465.

⁴⁰ COHEN-SOLAL, Annie. *Sartre, 1905-1980*. Barcelona: Edhasa, 1989. p. 685 y sts.

⁴¹ Ibid., p. 546-547.

rigurosamente especializados”⁴². Sin embargo, señalaba en otra ocasión, “hay todo un trabajo por hacer: luchar contra las mentiras y poner las cosas en su lugar. Ese es nuestro trabajo y por eso los intelectuales están en peligro en todas partes: hoy un poco menos en Francia, debo decirlo, que en cualquier otro lugar”⁴³. En efecto, intelectuales auténticos como los que concebía Sartre, comprometidos con su tiempo en la denuncia de las injusticias y en mostrar la esperanza de un mundo posible, no abundan. Pero las palabras de Sartre siguen ahí, imperecederas, invitándonos a que nos cuestionemos y a que le sigamos en la búsqueda de nuevos horizontes para este mundo. Jean-Paul Sartre es, indudablemente, la conciencia de su siglo.



Detalle de un torreón del Palacio de Correos y Telégrafos. Fotografía de Luis Fernando González E. 1994.

⁴² SARTRE, Jean-Paul. “Los intelectuales”. En: *Escritos políticos*, 3. [Situations VIII]. Op. cit., p. 92 y 93.

⁴³ SARTRE, “Israel, la izquierda y los árabes”. En: *Escritos políticos*, 2. [Situations VIII]. Op. cit., p. 223.

*Hotel Internacional, construido en el Paseo Colón de Barcelona, para la Exposición Universal en 1886. Diseño de Domènech i Montaner. Reproducción del libro **Barcelona Modernista**, de Cristina y Eduardo Mendoza, Editorial Planeta, tercera edición, 1991, pág. 69.*



Palonegro

Alfredo Naranjo Villegas

(Conferencia pronunciada, en la Academia Antioqueña de Historia el 6 de junio del 2000, con motivo de los cien años de la batalla de ese nombre.)

Agradezco al señor presidente de la Academia, doctor Poveda Ramos, que me haya concedido la oportunidad de hacer memoria del holocausto de Palonegro cuyo centenario ha pasado en silencio, tal vez por un brote de pudor del inconsciente.

Comienzo por hacer un corte tajante entre la obra del Regenerador, la Constitución del 86, a cuyo amparo gobernaron los partidos conservador y liberal durante 105 años, y la desfiguración que de esa obra hicieron los nacionalistas y que obligó a un gran sector del liberalismo a empuñar las armas para conquistar así lo que no lograba por caminos legales. La arbitrariedad y el aprovechamiento a la sombra de un presidente distante físicamente de la capital de la república y con ausencias mentales intermitentes propias de su avanzada edad, aceleraron la combustión y el incendio se produjo.

El doctor Paulo Emilio Villar, principal gestor del movimiento, médico distinguido y conductor político muy acatado en Santander, obró con precipitud desoyendo voces autorizadas como la del expresidente Aquileo Parra, y la de médicos tan eminentes como Juan Evangelista Manrique, Venancio Rueda, miembros del Directorio Nacional Provisorio, secundados por Zoilo Cuéllar, Antonio José Iregui, Juan David Herrera, Antonio Vargas Vega, para no citar sino unos cuantos de esa constelación de galenos, gloria de la medicina colombiana¹. Fueron ellos los abanderados del civilismo, confiados, con la bondad de los ingenuos, en que la justicia encontraría ruta segura por campos de paz.

A la lucha solitaria de Uribe Uribe en el Congreso Nacional se sumó la que durante más de una década libraba el historicismo conservador, con jefes excelsos como nuestro Marceliano Vélez y el santandereano Carlos Martínez Silva. No faltaron declaraciones explícitas de algunos históricos que garantizaron al liberalismo su solidaridad. En Guateque, Según Flórez Alvarez en su obra Campaña en Santander, los primeros disparos se cruzaron entre nacionalistas e históricos, y salvo en la provincia de Ocaña donde los históricos pactaron con el liberalismo la neutralidad, el hecho significativo es que los primeros terminaron por luchar al lado de los nacionalistas, hasta el día en que, saltando por encima de toda valla constitucional, dieron el golpe del 31 de julio de 1900, y enlodaron aún más sus banderas con el trato infame que dieron al anciano presidente destituido y cohonestaron las persecuciones y la corrupción en que los nuevos validos del poder incurrieron, a veces superándolas, en los mismos pecados que combatieron en sus adversarios de la víspera². ¡Y pensar que el golpe, pasados apenas dos meses del infierno de Palonegro, lo dieron dizque con la intención de buscar la paz y purificar la administración!

Si se exceptúa el fracasado asalto a Bucaramanga, los primeros meses de la Revolución fueron una sucesión de triunfos: Peralonso, Terán, Gramalote entre otros. Puede afirmarse con toda verosimilitud que a la Revolución la salvaron en los primeros meses las sospechosas medidas de los generales José Santos, ministro de guerra y la de Vicente Villamizar, jefe militar del gobierno en Santander. –Es cierto que no faltaron en las filas gobiernistas, como en las rebeldes, los comodines habilitados de Generales, que si meritorios en la vida civil, mostraron toda su ineptitud en la conducción de la campaña. Tales don Jorge Holguín y Carlos Cuervo Márquez entre los legitimistas y Foción Soto en los insurrectos. Su desconocimiento absoluto de elementales normas de organización militar coadyuvaron eficazmente a la deliberada mala disposición de los movimientos de tropa.

Era voz pública que para el 20 de octubre del 99 se preparaba el estallido de la insurrección. Y no obstante, el general Vicente Villamizar dispersa los batallones acantonados en Bucaramanga enviándolos a otras partes donde el peligro del ataque era remoto y cuando en el Socorro se había producido ya el golpe.

Por su parte, el Ministro de Guerra permite, contra toda advertencia, la marcha de voluntarios hacia las filas rebeldes. Permanece impasible, para no usar calificativo más apropiado, ante la desesperante lentitud del avance de las tropas del general Isaías Luján hacia Santander, a dominar la revolución. Y dicta órdenes y contraórdenes que hubieran sembrado la anarquía en las tropas gobiernistas de no haber sido neutralizadas por la decisiva intervención de grandes jefes militares situados en las zonas más cercanas a las líneas de combate.

¹ Martínez Carreño Aída. "La Guerra de los Mil Días". Planeta Colombiana Editorial. 1999

² Mora Luis María. "Croniquillas de mi ciudad". Biblioteca Banco Popular. 1972

El doctor Lucas Caballero³ cuenta que, cuando fue nombrado emisario del gobierno con los generales Rafael Camacho y Celso Rodríguez, fueron al Ministerio de Guerra a reclamar sus pasaportes con objeto de ir a ofrecer la paz a los revolucionarios a trueque de algunas concesiones políticas, advirtió cómo el ministro Santos quería hablarle en reserva, pero no delante de los numerosos jefes gobiernistas presentes. Al salir del despacho, Santos lo tomó del brazo y alcanzó a darle una razón para el general Uribe Uribe: que no tuviera cuidado que él, el ministro, lo apoyaba. Y que siguiera en la guerra de acuerdo con sus convenios. Se explican así las maniobras dilatorias en el envío de las tropas que irían a formar el Ejército del Norte, en forma tal que su llegada al lugar de destino se retardó injustificadamente.

Hay algo más como demostración de las jugadas del ministro de guerra. Después de una tregua de cinco días con objeto de buscar entendimiento con los revolucionarios, que Uribe y Herrera aprovechaban para organizarse mejor, pero de rechazo a toda propuesta de rendición, cuenta el coronel Flórez Álvarez⁴: “La cordialidad de los beligerantes llegó a tales extremos que el día 13 de diciembre fueron enviados dos coroneles ayudantes del General Herrera, los doctores Pedro Pablo Delgado y Temístocles Rengifo, los dos vivos hoy y personas muy conocidas, a la última conferencia. Cuenta el doctor Delgado que él comió el 13 en El Salado en compañía de dieciséis generales conservadores, llamándole la atención el indumento de algunos como el General Holguín, único jefe ataviado de civil, la hermosa presencia del General Edmundo García Herreros, la flaca y escueta figura de Villamizar. Ya cuando terminó esa comida, tuvieron una discusión los Generales Villamizar y Holguín, porque éste último no se quería plegar a algo propuesto por el primero, pero cuando encaminaron a los dos emisarios del General

Herrera, ya entre las sombras de la noche, hallaron unas mulas cargadas de municiones, de que tan escasos estaban los revolucionarios y las cuales deberían fortalecerlos para el ataque del 15. Este suceso desconocido por los mismos combatientes y cuya documentación comprobatoria yace en el archivo del General Herrera, es verdadero; sobre tan insólito acontecimiento puede decir mucho, otro coronel revolucionario, hombre de una honorabilidad a toda prueba y quien vive y es alto empleado del actual Ministerio de Guerra, el Coronel Félix Joaquín Villamizar R., a quien le constan estos pormenores. El General Herrera dispuso que los documentos aludidos no fuesen publicados sino cuando transcurrieran cien años de ocurridos los sucesos, materia de tan importante cosa”.

Algo todavía más grave es lo afirmado por el entonces Teniente Coronel Agustín Sabogal, que por ese tiempo era jefe de día o general de día (lo que hoy es oficial de servicios de guarnición o jefe de campamento). “El 15 de diciembre al amanecer se acercó al despacho del General Villamizar en El Salado con el fin de notificarlo de las novedades ocurridas durante la noche. No lo halló en ese instante, pero sobre su mesa de trabajo vio un telegrama acabado de traducir de su respectiva clave. Dice (el hoy General Sabogal) que fue de tal gravedad su texto, tan increíbles sus palabras, que hoy después de treinta y siete años las recuerda con claridad, y puede afirmarlo bajo la gravedad del juramento, a un juez. Decía esta célebre pieza: “Reservado y urgentísimo –Generalísimo Villamizar– El Salado o donde se halle – Permanezca a la defensiva– Retírese hasta Pamplona. Deje pasar revolución –Gobierno necesita prolongar estado de cosas, fin circular emisiones, salvar causa. Destruya– (Firmado), José Santos”⁵.

Cómo, si no es porque había la intención aviesa de favorecer a los insurrectos, se explican

³ Caballero Lucas. “Memorias de la guerra de los Mil Días”. Bogotá. El Ancora. 1980

⁴ Flórez Álvarez Leonidas. “Historia militar de Colombia, Campaña en Santander 1899-900. Bogotá. Imprenta del Estado Mayor General” del Ejército.

⁵ Flórez Álvarez Leonidas. Op. cit.

medidas tan contradictorias como la de tener dos comandantes supremos en el ejército: uno, Villamizar y otro Casabianca, que no traerían sino funestas consecuencias por la pérdida de la unidad de mando. Los jefes del ejército gobiernista impusieron (y uso el término a conciencia) a Casabianca. Pero Villamizar no le entregó el mando (porque las disculpas de José Santos lo habían ratificado como generalísimo). Casabianca, hombre de honor, se retira y ocurría esto cuando se iniciaba la batalla de Peralonso. Obsérvese la fecha: 15 de diciembre. Al día siguiente Uribe Uribe ejecutaría la hazaña del paso del puente de Peralonso.

Pero el combate continuaba. Las fuerzas gobiernistas se sobrepusieron a la sorpresa del puente y al mando de González Valencia y de Laureano García Rojas, entre otros, iban decidiendo la batalla a favor del gobierno. Las tropas rebeldes retrocedían... y súbitamente sonó la corneta de retirada... Nadie pudo explicar por qué y cuando se abrió juicio de responsabilidades, el general Villamizar dio una disculpa lo menos varonil que pueda imaginarse, habiendo constancia de que fue su ayudante el Mayor Jesús Cobo quien dio la orden de retirada⁶.

Casabianca, como hemos visto, había resignado el mando en el general Zuluaga. Pero ante la magnitud del desastre reasumió la jefatura y procedió a reorganizar el ejército disperso por el pánico. Pero el ministro José Santos colmó la copa. Entre las tropas caucanas se habían suscitado brotes de rebeldía que se resolvieron con el general Benito Martínez. Así, pues, Casabianca recibió este absurdo telegrama que en la parte pertinente decía: "... El resto del ejército caucano se mostró subordinado y mostraba fraternizar con el general Benito Martínez, comandante general. Siguió sin obstáculos su marcha al norte. Debo advertir

que esta fuerza y otra que se agregará formarán un cuerpo de ejército separado del de vuestro mando y no recibirá órdenes vuestras sino en los momentos de combate y en el campo de batalla. (Firmado), José Santos"⁷. El general Casabianca recibió el mensaje el 8 de enero. Sabía lo que esto significaba y se preparó a viajar a la capital del país. Había el peligro de insubordinación del ejército del norte como reacción contra el ministro de guerra.

El 5 de enero el general Jorge Holguín dirige al Presidente y a sus ministros del despacho un telegrama que ratifica el malestar provocado en la tropa al rumor de que los batallones que vienen pertenecen a un ejército de reserva que no debe obedecer órdenes del General Casabianca sino en ciertos casos y sobre el campo de batalla. Señala Holguín que de ser así se destruiría la confianza mutua, el interés recíproco, la unidad de acción, la unidad de mando, el espíritu de disciplina y el pronto obedecer. Daría también la impresión de que el gobierno desconfía de su propio ejército y que por eso toma precauciones para que nadie se alzara con los poderes públicos. Le recuerda al gobierno el grave revés militar que acaba de sufrir, con lo que perdió su moral, y que sólo mediante infinitos esfuerzos se ha logrado devolverlo a la normalidad. ¿Qué sucederá, pregunta, si sus jefes del ejército y sus soldados llegan a convencerse de que Casabianca se retira por no contar con la confianza del gobierno, y que los refuerzos que vienen a compartir fatigas y peligros se quedan a retaguardia para no obedecer sino en los momentos de combate? Tiene conocimiento Holguín de que Casabianca irá a Tunja a tratar con el gobierno "tan grave asunto" dejando el ejército bajo la dirección del mismo Holguín como jefe de estado mayor. Recalca que el general Casabianca es irremplazable, tiene confianza en sí mismo y sabe inspirarla a los demás, se hace amar y temer a la vez, etc⁸.

⁶ Flórez Alvarez Leonidas. Op. cit.

⁷ Flórez Alvarez Leonidas. Op. cit.

⁸ Flórez Alvarez Leonidas. Op. cit.

El Ministro de Gobierno midió el alcance de tan clarísimas palabras y se dirigió al general José Santos, ministro de guerra, haciéndole saber la necesidad de que el general Próspero Pinzón marchara inmediatamente a incorporarse al ejército del Norte, señalándole la conveniencia de que diera al general Pinzón las instrucciones necesarias para desagrar a Casabianca.

Esta acción de mando ejercida por el Presidente de la República y dirigida por su ministro de gobierno, Rafael M. Palacio, implicaba el cambio de un político sobresaliente como don Jorge Holguín hasta entonces Jefe de Estado Mayor, por el General Próspero Pinzón. La jugada tuvo efectos demoledoramente purificadores: José Santos tuvo que retirarse a la vida privada y Vicente Villamizar quedó sin el mando que con tan aviesa intención ejerció. Y ambos merecieron la condena en el juicio implacable de la historia. El día de su destitución el general José Santos respondió a cierta pregunta del Comandante Diego Márquez Borda: "...Allá no han tenido jefe; yo les dejé libre la vía de Labateca para que invadieran con facilidad y no la aprovecharon; bastante trabajo me costó demorar la marcha del General Montoya. Si el General Vargas Santos no lo hizo, ha sido cosa de él ". (Esto aparece en la obra de Flórez Alvarez, donde deja constancia, al publicarlo, de que está vivo el Comandante Diego Márquez Borda, que podría testimoniarlo).

Al fin, el gobierno estuvo en condición de enfrentar con éxito, ahora sí, la insurrección. Había llegado la hora de los grandes jefes: Casabianca, Pinzón, González Valencia, Henrike Arboleda, Arturo Dousdebés, Juan B. Tovar. Al frente fulgían con luz propia contendores dignos de ellos: Benjamín Herrera, Rafael Uribe Uribe, Justo L. Durán ...

Alvaro Valencia Tovar escribe que al gobierno lo salvaron dos hombres: "Manuel Casabianca,

militar de carrera, capaz y valeroso ... y Gabriel Vargas Santos, el general en jefe de la Revolución, inferior a su momento histórico y a la gran responsabilidad que se había situado sobre sus hombros"⁹ Porque en la penumbra, eludiendo el peligro, estaban Gabriel Vargas Santos, como Generalísimo y Foción Soto como jefe de su Estado Mayor. Con amarga sinceridad Soto hizo esta confesión semanas después: En Palonegro "no hubo sino dos enconchados: el viejo Vargas Santos y yo "

Efectivamente, los supremos directores de la guerra no se movían de Cúcuta. En vano trataron de sacarlos de su inmovilismo los grandes jefes subalternos que sí se adherían a sus tropas. Había en el alto mando la deliberada intención de demeritar a Uribe Uribe, fomentando así una peligrosa división en el ejército. Fue la única preocupación de Vargas Santos y de Soto. Y al servicio de sus mezquindades habría de ser sacrificado criminalmente un ejército que no era digno de ellos, sino de quienes como Herrera y Uribe se identificaban con la suerte, el dolor y el heroísmo de sus soldados. Los movimientos dispuestos por Herrera y Uribe buscaban que sus tropas marcharan hacia el sur, hacia la capital de la república, como era lo lógico. Uribe Uribe lo confirmó en su discurso de Ocaña, días después:

"...Cuando estábamos en Cúcuta, se daba a la Revolución por agonizante, tapadas todas las salidas y asfixiándose dentro de un círculo de hierro. Lo rompimos cuando nos vino en talante, dejando al enemigo, embebecido esperándonos dentro de sus reductos de Chopo.... Tranquilamente unas veces, combatiendo otras para abrirnos paso, desfílamos por Arboledas a Bagueche, a Cachirí, a Soatá, a Matanzas, a Rionegro, y empezábamos a ocupar nuestras líneas de batalla frente a Bucaramanga, sobre las alturas que dominan a Río de Oro, cuando nuestra

⁹ Valencia Tovar Alvaro. Prólogo a la obra "Documentos Militares y Políticos". Rafael Uribe Uribe. Tomo IV. Beneficiencia de Antioquia. 1982

vanguardia fue atacada, no obstante la línea se estableció...” Uribe Uribe (en Documentos Militares y Políticos) y Max Grillo (en Emociones de la Guerra), cuentan que cuando al General Pinzón le trajeron al posta que portaba orden del Generalísimo para Uribe Uribe de descender inmediatamente del Páramo, exclamó el jefe gobiernista: “Estamos salvados! Aquí no manda Uribe, quien manda es el viejo!”¹⁰. Fue un homenaje a la capacidad militar del general Uribe y el desdén por la ineptitud de Vargas Santos. En efecto, el mismo Vargas Santos confesó que él nunca había conocido el campo de Palonegro. Y sin embargo tuvo la osadía de impartir órdenes a quienes en el propio campo de batalla, que por mala suerte, y no por propia voluntad, se vieron impelidos a aceptar: la pavorosa pesadilla de 15 días con sus noches durante aquel trágico mayo del 1900

El cerco a las tropas revolucionarias fue metódicamente preparado por los jefes militares gobiernistas, ahora sin traición a la vanguardia ni a las espaldas. Todas las previsibles rutas de avance hacia el interior fueron taponadas. Las tropas gobiernistas eran reforzadas cada vez con los contingentes reclutados a la fuerza. Como siempre, los pobres campesinos, ajenos a los ajetreos de negocios de los políticos, eran carne de cañón que despiadadamente fueron arrojados a las fauces insaciables de la muerte. De mi tierra, Abejorral, arranca una anécdota que marcó mi niñez: “ahí le mando esos voluntarios. Devuélvame los lazos” dizque escribió uno de los comandantes.

Eso en cuanto a las tropas del gobierno. En cuanto a las liberales al menos sabían por qué luchaban y se presentaban voluntariamente a los campamentos revolucionarios. No tardaría el odio en hermanarlos unos con otros en la medida en que el furor de la batalla les taladraba el ánimo de ansiedad por el final.

* * * * *

Hay que hacer un paréntesis antes de abordar el tema de la conferencia sobre la batalla de Palonegro. Es curioso que el médico Paulo Emilio Villar, gestor de la revuelta, no hubiera previsto elementales medidas sanitarias para el combate. Y en cuanto al gobierno, las que tomó despiertan cólera y desconcierto. Con toda razón, y es un militar quien lo señala, el coronel Flórez Alvarez en su obra, comenta esta aberrante distribución de los treinta millones de pesos que votó el gobierno para sufragar los gastos de guerra “... se señaló, son sus palabras, la suma de un millón doscientos mil pesos para pagar gastos en estados mayores, los cuales (destacado mío) **quedaban integrados por gentes sin oficio definido y en su mayoría personas de altas categorías que nada tenían de militares, pero sí iban a entorpecer la acción de los jefes, remuneración más bien de favor.** En cambio para la organización de ambulancias y creación de hospitales se fijó la cantidad de ciento setenta mil pesos” ... Imagínese quien lea esto la medida de sufrimiento, el abandono de los heridos, la ira y los alaridos de dolor de aquellos desgraciados que se destrozaban a machetazos cuando les faltaba munición para sus fusiles. Agréguese a esto la desesperación de los sitibundos que se arrojaban a beber aguas pantanosas sin importarles que esas aguas corrieran por surcos sembrados de cadáveres y de heridos.

Digno de mención, como tantos otros, es el teniente Victoriano Ordóñez ayudante del médico Jesús Olaya Laverde, que después de actuar en varias batallas ejerció como practicante sirviendo a todos los heridos sin distinción de bandería. Su orgullo mas grande haber hecho curaciones a Uribe Uribe. Obviamente las diarreas infecciosas, amén de brotes de viruela, de fiebre amarilla, de tifoidea, les disputaban a las balas y a los machetes sus

¹⁰ Grillo Max. “Emociones de la Guerra”. Editorial Incunables. Bogotá. Colombia. 1984

presas de muerte. Piénsese en aquellos seres abandonados a una suerte inmerecida, para los cuales lo de menos era pasar del frío de las lluvias a la tortura de un sol quemante.

Al comienzo de la campaña, la falta de servicios médicos era suplida por el cuidado que podían brindarles a los heridos en las viviendas de los vecinos compasivos. Estaba reservado a nuestra época la barbarie que arrasó con aquella virtud de la caridad que ha condenado a los campesinos a pagar con su vida la sola tentativa de ejercerla con cualesquiera de los contendores en guerra. No faltó desde luego algo que mancilló a los dirigentes capitalinos gobiernistas: la plana mayor de los médicos de Bogotá: Rafael Rocha, Nicolás Buendía, Antonio Vicente Uribe, José María Lombana Barreneche, Hipólito Machado, Juan David Herrera, Juan Evangelista Manrique, etc., se dispuso a viajar a Santander con la intención de prestar sus servicios a los combatientes, sin discriminación. Pero el gobierno no se lo permitió por su filiación política¹¹.

Ya en plena batalla de Palonegro se contó con la ayuda invaluable de las Hermanas de la Caridad. Y coinciden las crónicas en señalar al doctor Carlos E. Putnam como ejemplo de médico formado en moldes de virtud cristiana. Gracias a él y a las hermanas de la caridad, se constituyó una ambulancia de la que formaron parte otros colegas como Francisco A. Barberi, Guillermo y Manuel Forero, Miguel y Emilio García, Celso y Miguel Jiménez López, Alejandro Londoño, David Pérez, Luis Fernando Otero, José J. Serrano, etc. La atención prestada por Putnam y sus ayudantes alcanzó a 5517 pacientes con una erogación gubernamental de \$18.767. El doctor Putnam informaba al Ministro de Guerra que “en las inmediaciones de las casas de Palonegro el número de cadáveres es tan considerable y de aspecto tan aterrador, que el espíritu experimenta el más

profundo pesar, al ver las masas de colombianos destruidos por el odio y las pasiones”¹². El coronel Flórez Alvarez transcribe este párrafo del informe enviado por Putnam al Gobierno: “grandemente complacido estoy, y por eso os doy las más expresivas gracias, en haberme dado la ocasión de entrar en estos detalles **respecto a la única suma de dinero que he recibido del gobierno sin contratos de ningún género, sin especulación alguna**” (destacado en la transcripción). El latigazo es evidente.

Como se ve, por las afirmaciones del ilustre galeno, hasta con los servicios médicos se hacía negocio en las altas esferas. Las compañías de seguros tienen ahí un soporte histórico para su lema de “el enfermo es una mina”!

A medida que se prolongaba la feroz batalla, los fogonazos de la fusilería y de los escasos y mal manejados cañones, se veían desde Bucaramanga. Y a la llegada de heridos y más heridos, las damas bumanguesas, proclamémoslo en su honor, se dedicaban a cuidarlos con sin igual amor sin importar su filiación política. El sufrimiento en los campos de batalla borra toda coloración partidista en almas nobles. Y esta virtud teologal tuvo su más alta expresión en esos días. Los heridos que no alcanzaron a ser atendidos en Bucaramanga, fueron trasladados a las poblaciones vecinas: Girón, La Florida, Piedecuesta.

* * * * *

Volvamos al campo de batalla. Si bien el objetivo de la Revolución era adueñarse de Bucaramanga, buscando otras rutas diferentes de las que seis meses antes condujeron al desastre de los atacantes por la improvisada planeación y peor ejecución del ataque, esta vez ocupan las montañas en una línea tan extensa, dicen los entendidos, que carecía de

¹¹ Flórez Alvarez L. Op. cit.

¹² Arboleda Henríquez. “Palonegro” Imprenta Nacional. 1900

profundidad, y que podría romperse fácilmente. No era muy superior la colocación de sus adversarios, pero contaban con los refuerzos que les iban llegando a diario y con mejores armas. Contaban además con dos grandes jefes: Próspero Pinzón y Henrique Arboleda. Parece que la inconsulta orden de Vargas Santos (téngase en cuenta que el Generalísimo y su segundo, Foción Soto habían instalado su base de operaciones a 5 leguas del extremo izquierdo de la línea de batalla) obligó a los que ocupaban las alturas a descender a la llanura, (si es que la había) según el relato de Uribe Uribe. Entre el 9 y el 10 de mayo, de acuerdo con la recapitulación del mismo Uribe, se produjo la pérdida del Alto de Rubén, por falta de guarnición suficiente para defenderlo.

Se considera el 11 de mayo de 1900 como el día de iniciación de la batalla. No soy militar y, aunque lo fuera, no se trata en esta charla de hacer un análisis de cada uno de las maniobras acertadas o desacertadas que ejecutaron los diversos cuerpos. Insistiré desde luego en algo que fue muy importante y porque atañe a errores por ineptitud o por mala fe cuyas consecuencias fueron el sacrificio criminal de centenares de humildes campesinos. Y por anticipado debo advertir que para juzgar a Vargas Santos y a Foción Soto me he basado más que todo en fuentes liberales (Uribe Uribe, Max Grillo, Aída Martínez, etc.) y en una fuente neutral de probidad insospechable: el Coronel Leonidas Flórez Álvarez.

Según Uribe Uribe, ese día apareció ocupada por el enemigo la llamada Casa de Aguilar en el Alto del Frío. Se tuvo noticia de esa ocupación al atardecer del mismo día. Se dispuso la reconquista y “tiroteando” al enemigo, se le tuvo a raya hasta las 10 de la noche. A la luz de la luna y sólo casi a las 12 de la noche, después de haberle capturado a los gobiernistas su avanzada “en silencioso

duelo de machete” se acercaron a la casa. La guarnición abrió fuego por puertas y ventanas. Finalmente, fracasó el ataque revolucionario. El resumen de Uribe Uribe es que “a las 12 de la noche del 11 de mayo, ocho horas después de empezar la batalla, no había todavía fuerza suficiente para emprender operaciones serias....”¹³

Hay una frase reveladora de Uribe Uribe que muestra el horror del combate y la indolencia del alto mando rebelde. Al comentar que el 12 de mayo comenzó a llegar el 2º Ejército estampa que “más que un refuerzo, puede decirse que se recibió un relevo, pues al medio día los Batallones (sic) del 5º Ejército estaban despedazados, y cuando no las balas, el cansancio, el hambre y el insomnio tenían fuera de combate a la casi totalidad de sus soldados”.

Las tropas revolucionarias estuvieron a la defensiva hasta el domingo 13 en que llegaron refuerzos y por consiguiente hubo más bocas de fuego en sus líneas. Entonces dio el general Uribe Uribe su famosa carga al medio día. Según relato del general Anibal Barbosa, otro de los jefes revolucionarios, “ordenó el general dando cargas (sic) sobre el enemigo, particularmente sobre el que ocupaba el cerro de los muertos.... consiguiendo desalojarlo de sus trincheras, después de un combate muy recio, lo cual dio muchas bajas a los adversarios, y persiguiéndoles hasta el alto de Rubén, faltando poco trecho para llegar al Alto de Girón, con lo cual había (sic) quedado consumada la derrota del gobierno hasta Piedecuesta... Pero faltó un refuerzo oportuno”¹⁴. Los efectos de la carga hubieran sido definitivos si Uribe hubiera tenido refuerzos. Y si los conservadores hubieran carecido de jefes. Creo que hay exageración en la afirmación de que Pinzón tuvo que destinar la mitad de sus tropas a contener los fugitivos y la otra mitad a luchar. Lo que sí es cierto es que la creciente del Río de Oro

¹³ Uribe Uribe Rafael. Op. cit.

¹⁴ Uribe Uribe Rafael. Op. cit.

aquella tarde impidió en gran parte que se consumara la deserción de innumerables soldados gobiernistas. El telegrama a Bogotá, enviado al anochecer de ese fatídico día es suficientemente expresivo: “La Providencia nos ha negado otra vez la victoria”. Para el gobierno central debió ser una amplificación del eco de Peralonso, Terán, Gramalote...! Y el general Enrique Arboleda anota: “La derrota se había hecho sentir... pero se había detenido la persecución sintiéndose efectivamente la derrota, por el desorden y la confusión de muchos, acaso más obligados por el número, el cansancio, el hambre y la sed que por el temor”. Y refiriéndose a Pinzón agrega: “Llegando a San Pablo, me llamó aparte, con seco y habitual cariño, y me dijo: Enrique, venga a ver qué hacemos, estamos casi completamente derrotados”¹⁵ – Flórez Alvarez puntualiza que la carga no fue un simple golpe de arrojo del general Uribe, sino el aprovechamiento de una ocasión pacientemente atisbada y preparada... fue la obra de un general, no la de la de un oficial cualquiera. Uribe tuvo allí el ojo militar que sabe distinguir el momento psicológico en que el enemigo flaquea...” Es la respuesta alusiva a ciertas frases peyorativas del general Vargas Santos, generalísimo de la Revolución.

Mientras a las tropas del gobierno les llegaban refuerzos, a las de la Revolución les llegaban, si llegaban, a cuentagotas. Cuando terminó la carga del 13, el general Uribe despachó dos ayudantes al Cuartel General con la noticia de la victoria y la solicitud de refuerzos para conservarla. Recuérdese a qué distancia del campo de batalla estaba situado el comando rebelde. Llovía, y sólo a media noche pudieron llegar los dos ayudantes. Vargas Santos y Soto dormían... Al enterarse del parte, Foción Soto tuvo esta insolente respuesta: “Si están triunfantes, para qué piden refuerzos? Es como decir: mándeme plata que estoy ganando”. Sólo

que cuando los ayudantes habían caminado dos cuadras para no llevar respuesta el general Vargas los llamó para decirles: “ Estas cosas es mejor pensarlas despacio y consultarlas con la almohada. Ustedes estarán fatigados. Descansen un rato, que por la mañana resolvemos”. Y entre tanto de las 4 a las 6 de la mañana, el enemigo, con tropas frescas de refuerzo, había desalojado a los revolucionarios de las posiciones ganadas el 13.

Y en contraste, es Uribe Uribe quien lo señala: “...Reforzado el enemigo, y nosotros no, y velando sobre el campo el jefe conservador, mientras que el liberal dormía a cinco leguas de distancia, cómo podía ser de otro modo?”¹⁶

Los que no dormían eran los infortunados combatientes. Hubo batallones que se batieron 70 horas sin dormir, sin alimentarse, sin que fueran relevados. Para calmar el hambre, el miedo, y para acrecentar la inconsciente ferocidad de las tropas circuló en profusión el aguardiente mezclado con pólvora —como que había, según cuenta Alfredo Iriarte, diferentes clases de la misma en gradaciones de efectos—. Y a pesar de esa inconsciencia, el licor no ahogaba la desesperación de aquellos desgraciados. Max Grillo cuenta que los revolucionarios oyeron varias veces este grito salido de las trincheras enemigas: Empujen para que esto se acabe! Trágicamente desde luego que hubo escenas de tono épico. Tal es el caso relatado por el mismo Max Grillo: “al ascender un montículo nota Uribe que varios soldados retroceden al parecer sin aliento. No se queden, muchachos, les grita. No nos quedamos, general, contesta uno de ellos. Es que estamos heridos, —y con lágrimas en los ojos estrechando el vientre desgarrado, agregó: nosotros moriremos con gusto porque sabemos que donde va nuestro general no va ningún general”, y agrega Grillo bellamente: “Uribe se detiene un momento a contemplar aquellos

¹⁵ Arboleda Enrique Op. cit.

¹⁶ Uribe Uribe Rafael Op. cit.

héroes moribundos, y sus ojos que se humedecieron al referirnos el incidente, también derramaron sobre el sitio de combate lágrimas ardientes que vinieron a empañar por un minuto sus visiones de gloria”.

Y qué tal el parte firmado por Manuel José Nieto: “ordené que subiera un soldado a apagar el fuego prendido por un disparo de artillería en el caballete de la casa de paja donde se resguardaba parte de mi batallón de los tiros de la fusilería enemiga. Hipólito Cubides subió al techo y orinó en las pajas encendidas, conteniendo el principio del incendio, pero fue muerto enseguida”¹⁷.

Hubo innumerables dificultades para obtener cajas de parque en los puntos más urgidos en un momento dado. Vargas Santos y Soto organizaron una tramitación que pudieran envidiar nuestros gobernantes: “Salía de la línea de fuego un ayudante a llevar aviso a la casa de Palonegro de que faltaban cápsulas en algún lugar de la línea; como allí un Sr Rodríguez, Delegado o cosa así del Estado Mayor Generalísimo, recibía de todos los demás puntos, disponía el envío de otro ayudante a impetrar del Dr Soto una orden para que el guardaparque entregue, digamos ocho cargas de pertrecho, que se necesitaban con urgencia. El ayudante debía ir a San Ignacio, a cuatro leguas del Campo de Batalla, oírse un regaño de don Foción, que no los gasta de menos de media hora y recibir al fin de cuentas una orden para que le entregaran una carga, o dos, si le había ido bien en el regateo. Una vez dueño del precioso papelito, había de bajar hasta Las Bocas o la Granja, que es más lejos (sic) y ponerse allí en la empresa de conseguir bagajes para conducir las dichas cajas, que hacía seis horas estaban haciendo falta en la línea de fuego”¹⁸.

Y mientras tanto la muerte no descansaba en la batalla. Llegaba a balazos, llegaba a machete, llegaba en fiebre tifoidea, en diarreas infecciosas, en fiebre amarilla... a la vista de tanto horror, teniendo en cuenta el sufrimiento innarrable de los luchadores, y sabiendo la ineptitud y la indiferencia de Vargas Santos y de Foción Soto, movidos únicamente por el afán de hacer fracasar al general Uribe, ¿verdad que fueron indignos de haber tenido tales jefes subalternos como Uribe, como Herrera, como Leal, como Gómez Pinzón? ¿Sí valió la pena morir por culpa de sus mezquindades?

La pavorosa pesadilla continuó por 13 días más. Todavía las fuerzas revolucionarias dieron otras cargas, dirigidas ahora por el general Benjamín Herrera. Pero se repetía el cicatero envío de refuerzos por parte de los Directores Supremos del Mando, situados como hemos dicho a una distancia de cuatro a cinco leguas. Uno a uno los escasos refuerzos eran engullidos por la voracidad de la insaciable matanza. Con un agravante más. La “munición que traían, si munición podía llamarse, eran cápsulas recalzadas que floriaban los cañones de los fusiles al dispararlos. Mientras que a las fuerzas gobiernistas les llegaba armamento por cuatro vías diferentes, a la revolución sólo le quedaba una vía de acceso al campo de batalla”¹⁹. Todavía soñaban con la pronta llegada del armamento que el general Sarmiento les despacharía de Riohacha... pero el general había muerto el 20 de mayo, y ellos no lo sabían. Los últimos días de la espantosa batalla los revolucionarios se limitaron a defender los pocos reductos que les quedaban. Los gobiernistas atacaban sin cesar. Y mientras sus jefes, el estoico Pinzón y su ayudante Enrique Arboleda estaban al pie de sus tropas, las alentaban, vivían el dolor de sus soldados,

¹⁷ Grillo Max. Op. cit.

¹⁸ Uribe Uribe Rafael. Op. cit.

¹⁹ Uribe Uribe Rafael. Op. cit.

en sitio bien seguro, donde ni siquiera alcanzaba a llegar el estruendo de la fusilería y mucho menos la silenciosa vendimia de los machetes, Vargas Santos y Foción Soto rumiaban gozosos su rencor contra Uribe Uribe.

Al fin, el 26 de mayo las fuerzas liberales, lo que quedaba de sus batallones despedazados, reciben la orden de retirarse. La más sangrienta batalla de la guerra de los mil días, y la más prolongada, 15 días con sus noches, de cuantas se libraron en nuestra desgraciada América indoespañola, finalizaba sin beneficio alguno para la patria –mil quinientos muertos y más de cinco mil heridos– sacrificados en vano. Una generación entera sepultada en el campo de lucha, y los sobrevivientes, con sus ilusiones rotas, con el alma raída por el desengaño, tratando de regresar a sus pajonales, donde, como ocurrió a muchos, encontraron su hogar deshecho y sus ranchos destruidos.

Cien años después Colombia está sumida en la anarquía. Los gobernantes andan de tumbo en tumbo, el latrocinio invadió todas las esferas administrativas. Cuanto proyecto presenta el gobierno al Congreso ha de ser negociado o no pasa, porque un desenfrenado e impúdico afán de riqueza impera en la mayoría de los que se dicen encarnación de la soberanía popular. Acabamos de vivir el espectáculo grotesco de los fenicios que en su pugna por romper la cuerda con que tímidamente se buscaba atar sus manos, estuvo a punto de extender la guerra a lo poco que aún queda como remedo de república. Era barrenar el barco para que nos hundiéramos todos, con el sobreentendido de que sólo se salvarían, como siempre, los que se han alzado con todo. Hace cien años entre el estruendo de la fusilería, se oían voces que preveían la próxima amputación de la patria: Panamá. Hoy ya tenemos una “república” seccionada y generosamente cedida por el gobierno: la del Caguán.

Yo no sé si aún existe la tétrica pirámide de cráneos que manos anónimas levantaron en el campo de Palonegro. Era la admonición de los muertos, era la voz de los que allí perecieron inútilmente. Los que sabían por qué luchaban y los que fueron reclutados, obligados a hacerse despedazar por una causa desconocida!

Cien años después, ¿quién de entre los dirigentes políticos podría mirar aquella pirámide sin que se ruborice su cara de vergüenza?.

Calle del Comercio en La Guaira, hacia 1893. Puerto de ingreso de Luis Uch a Venezuela. Reproducción tomada de la Revista **El Cojo Ilustrado** núm. 35, Caracas, 1 de junio de 1893, pág. 203.



La Arquitectura de Luis Llach Llagostera, Una Ruta Inédita por la Arquitectura en América

Luis Fernando González Escobar

A manera de introducción

Es indudable que lo sucedido entre la segunda mitad del siglo XIX y los tres primeros decenios del siglo XX fue uno de los fenómenos históricos más peculiares, contradictorios y fundamentales en la transformación de las estructuras económicas, sociales, espaciales y urbanas de los países de América Latina.

En este inusual proceso se destacó fundamentalmente la consolidación de las ciudades. Para Ángel Rama este período es la consagración del triunfo de las ciudades, que imponían sus pautas al entorno rural; es el momento crítico de la disociación ciudad-campo, lo urbano-rural, el enfrentamiento sociedad-comunidad, es decir, el ciudadano civilizado, y el campesino atrasado. En efecto entre 1880 y 1920 las ciudades concentraron el mayor interés, puesto que allí estaban los centros de administración y control político y donde tenían su residencia los políticos y los comerciantes, el

lugar donde se instalaron las nuevas oficinas de comercio, la banca y la incipiente industrialización.

Con el crecimiento poblacional va aparejado el crecimiento urbano, la extensión de las tramas urbanas hacia sus límites, incorporando nuevas tierras donde se construyeron los barrios populares o los de las burguesías; para los que fue necesario la dotación de la infraestructura requerida: vías, acueductos, alcantarillados, etcétera, que junto a las demandadas por las imposiciones del mercado -puertos, almacenes, bodegas, estaciones-, cambiaron por completo el paisaje urbano, ya fuera por la eliminación de las viejas arquitecturas, la superposición sobre estas o por la irrupción de las nuevas propuestas. Y estas nuevas formas arquitectónicas recurrieron a un lenguaje conocido genéricamente como el eclecticismo.

Sin embargo, el lenguaje arquitectónico utilizado y/o resultante, casi desde sus inicios, ha sido blanco de ácidas críticas, denuestos, connotaciones negativas, mofas y satanizaciones. Son varias las razones para que ello sucediera y suceda; es suficiente señalar algunas de las que considero importantes: el traslado a lo formal de los aspectos negativos de todo el proceso histórico; la mala copia de un supuesto modelo europeo; lo extranjerizante y por lo tanto falto de autoctonía, originalidad y americanidad de las propuestas formales; el enmascaramiento, el fachadismo y el simple capricho formalista en que se convirtieron las ciudades; la generalización y el reduccionismo del análisis de todo el proceso, asumiendo apenas lo epigonal, desligando la materialización de su lógica interna; y, también, sólo tener en cuenta y analizar una parte de toda la producción de la época.

Por ejemplo, reducir la arquitectura ecléctica a simple fachada denota, por una parte, el

desconocimiento casi absoluto de todo el proceso histórico en su lógica interna, generalizándolo y no asumiéndolo en toda su complejidad, con sus más y sus menos y, de otra parte, es negar la capacidad creativa, la riqueza cultural de un continente, en un acto curioso de complejidad y de etnocentrismo absurdo. Entonces a la par que el snobismo, los bibelots y la imitación servil de las clases altas también se presentó la creatividad. Muy bien señala Juliane Bámbula Díaz que la realidad latinoamericana, con sus particulares condiciones naturales y culturales, generan nuevas formas que sólo son posibles aquí, a este lado del océano, no obstante ser muchos de ellos asimilaciones múltiples de elementos europeos. Ahí está precisamente la gran virtud, la "capacidad de disponer libremente de los más diversos elementos estéticos de origen disímil, sin prejuicios y sin esquemas estilísticos historicistas preconcebidos, para refuncionalizarlos e incorporarlos en nuevos sistemas expresivos"¹.

Lo señalado por la señora Bámbula Díaz en torno a lo estético en general, podríamos asumirlo y aplicarlo en el caso de la arquitectura para entender de mejor manera y sin complejos una arquitectura durante muchos años desprestigiada; aquella que Alejo Carpentier calificó de "estilo sin estilo que a la larga, por procesos de simbiosis, de amalgama, se erige en un barroquismo peculiar que hace las veces de estilo,... Por que, poco a poco, de lo abigarrado, de lo entremezclado, de lo encajado entre realidades distintas, han ido surgiendo las constantes de un empaque general que distingue a La Habana de otras ciudades del continente"².

De ahí la importancia de mirar los particulares contextos históricos, sociales y culturales en diferentes ciudades y países americanos durante este período, pues hay hallazgos importantes,

¹ Juliane Bámbula Díaz, *Lo estético en la dinámica de las culturas*, Santiago de Cali, Tiempo Estético-Editorial Facultad de Humanidades-Universidad del Valle, diciembre de 1993, pág. 173.

² Alejo Carpentier, *La ciudad de las columnas*, Ciudad de La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, pág. 14.

personajes inéditos, pero de inmenso valor. Si bien algunos se enmarcan en ese contexto general ya descrito felizmente por José Luis Romero, Ángel Rama, Ramón Gutiérrez o Rafael Gutiérrez Girardot, otros dan cuenta de la diversidad, riqueza y maneras creativas en que se fueron reconfigurando nuestras sociedades y por ende las maneras de expresión estética, entre las que obviamente cabe la arquitectura. Uno de ellos, lo es sin duda, la vida y el itinerario de Luis Llach Llagostera, un catalán que vino a América a finales del siglo XIX procedente de Barcelona, para radicarse primero en Caracas, entre 1895 y 1899, coincidiendo con el gobierno de Joaquín Crespo; de 1899 hasta 1904 o 1905 vivió en Cartagena; del puerto colombiano pasó a la ciudad de Quibdó, en el Chocó, donde permaneció hasta 1908, para seguir a Panamá por un corto tiempo en 1909; entre 1910 y 1920, permaneció por primera vez en Costa Rica; de 1920 a 1926 volvió a Quibdó para su segundo y último período allí; luego siguió a Nueva York hasta 1934, cuando de manera definitiva regresó a Costa Rica, donde murió en 1955.

Obviamente aquí no se alcanza a describir el recorrido completo seguido por este personaje en las mencionadas ciudades, pero si se pueden



Luis Llach Llagostera, en la ciudad de Quibdó en 1924. Reproducción tomada del periódico A.B.C., Quibdó, 1924 (Archivo Luis Fernando González E.).

destacar algunos hechos sobresalientes, que permiten enlazar aspectos de la arquitectura en América que transgreden los reduccionismos nacionalistas, formalistas y generacionales. Llach, de esta manera, se puede tomar como un arquetipo. Con él, parte de su vida y su obra, y su relación con las ciudades que habitó, se puede dar una idea de esa arquitectura mal llamada republicana, trazando rutas inéditas, hilos invisibles, que indican continuidades y rupturas en el proceso, como también la posibilidad de percibir momentos o modulaciones del proceso modernizador en cada ciudad.

Llach es un buen ejemplo del arquitecto que llega para nunca más volver a Europa, y que hicieron de su vida una búsqueda de sí mismos, reflejada en su obra. Uno de aquellos personajes que no están catalogados entre los grandes arquitectos, posiblemente para algunos ortodoxos de la arquitectura sea de tercera o cuarta categoría, y tal vez por ello no aparece reseñado en las principales obras, pero sin dudas de capital importancia para entender la historia edilicia de América con mejores argumentos.

Para seguir la ruta trazada por Llach en América, recurro de aquí en adelante a un capítulo que forma parte de la investigación inédita “Llach & Galicia. Dos caminos un punto de encuentro”, y específicamente el denominado “La ruta del Caribe”³.

El “ideal de progreso”

El “ideal de progreso” abarca en mejor medida el espíritu que guió la búsqueda de la modernidad, esa nueva revelación que se dio en América Latina desde finales del siglo XIX. Se encarnó en la imprenta, la electricidad, el vapor, el ferrocarril; difundiendo, dando rapidez, iluminando y transportando a todos los países la semilla de la civilización. Muy a pesar de los

³ El proyecto de investigación fue ganador de una beca del Instituto Colombiano de Cultura, en el área de patrimonio inmueble en 1995. Se desarrolló en el año de 1996 y se culminó en febrero de 1997. La investigación fue merecedora del Premio Nacional de Arquitectura “Carlos Martínez Jiménez”, área de investigación, en la XVI Bial de Arquitectura de 1998, de la Sociedad Colombiana de Arquitectos.

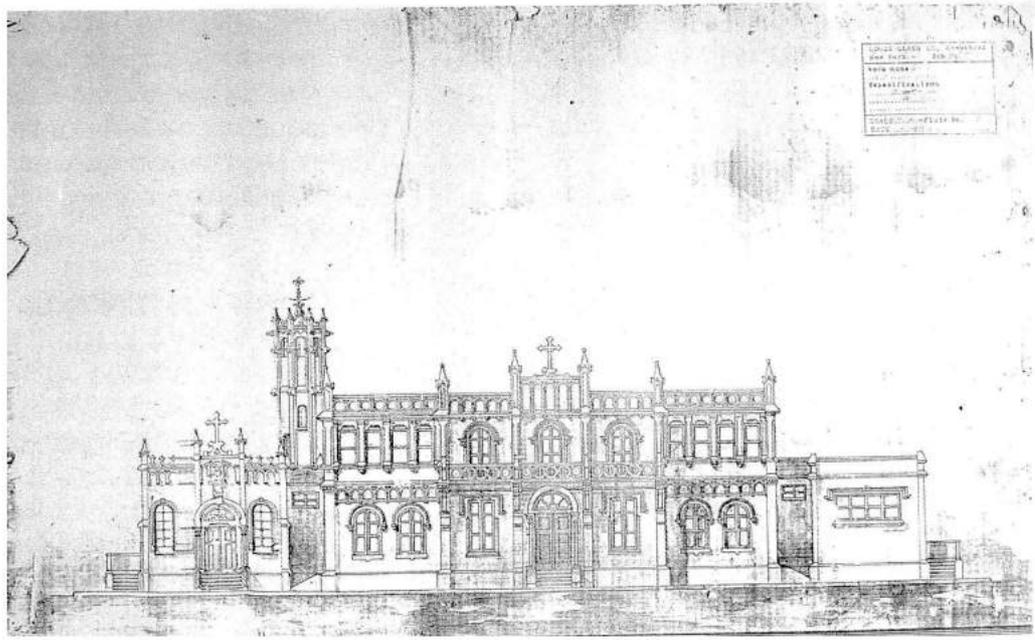
espíritus retrógrados o pusilánimes, como se les llamó, opuestos y con intenciones de detener esa marcha progresiva y triunfal, a pesar de ellos y contra ellos, había un espíritu suficientemente fuerte, aunque no muy claro, de lo que era ese progreso, que insuflaba de ánimos la clase dirigente, las élites y tras de ellos al pueblo que veía embelesado y envilecido las pruebas contundentes de un mejor futuro, la redención y el deslumbramiento.

Era un hecho que lindaba en lo mágico, para Leszek Zawisza progreso era una “palabra magnífica [que] reflejaba una clara ideología, señalaba el rumbo donde se dirigía toda la humanidad, el sentido de la vida que entusiasmaba a los ávidos lectores, a las muchedumbres que se aglomeraban en las calles y mercados de las grandes ciudades, siempre más grandes y esplendorosas”⁴. Por eso el progreso en América con su intención de avance ad infinitum, arrojó la modernización de las estructuras políticas, sociales y económicas, las infraestructuras viales y las tecnologías; la civilización con su carácter de cambio social, el mejoramiento racial mediante

la inmigración selectiva, el mejoramiento educativo y estético y la cultura, y en ésta el modernismo; también el desarrollo en términos del crecimiento físico, productividad y despegue industrial, todo esto era en suma el difuso ideal del progreso de América.

Llach no fue un portaestandarte del progreso, no era un elegido que antorcha en mano iluminara el camino oscurantista precedente, no lo fue en realidad, pero supo llegar en el momento exacto a cada ciudad cuando las circunstancias históricas locales marcaban el punto máximo de ebullición, en el tiempo en que las sociedades y el medio exigían otra forma de representar, vivir y hacer su ciudad y su arquitectura, a las que un hombre de sus capacidades supo adaptarse y responderles de la mejor manera. La París de Sudamérica, es decir Caracas; la Cartagena caribeña desapareciéndose en su inmovilismo; la Quibdó inédita, un villorrio en medio de la selva; la Panamá del canal, americanizada y antillana; la San José refinada, blanca y europeísta, cada una con un modo particular de vivir ese ideal de progreso, que no fue único sino polisémico,

Plano de la fachada principal de la sede de la antigua Prefectura Apostólica del Chocó, hoy Palacio Episcopal, en la ciudad de Quibdó. Diseñada por Luis Llach en Nueva York en 1930. Reproducción del original en el Archivo de la antigua Prefectura (Reproducción de Luis Fernando González E.).



⁴ Leszek Zawisza, *Arquitectura y obras públicas en Venezuela siglo XIX*, Caracas, tomo 3, Ediciones de la Presidencia de la República, 1986, pág. 377.

pues al calor de lo que aparentemente era lo mismo, se produjeron múltiples asombros, resultados diversos y aun contradictorios. Cada ciudad vio a Llach en su trasegar para materializar aquello que amorfo tuvo representación en las obras que modeló de acuerdo a ese medio pero también a su personal forma de verlo.

La búsqueda de América y lo americano

En ese tránsito por la América que buscaba progresar, Llach recorrió un camino que lo condujo a su americanización siguiendo casi que una ruta de alguna de las líneas de navegación a vapor que surcaron el mar Caribe. El mapa que señala su rumbo se va deteniendo en lugares o ciudades que eran parte del Caribe o de su área de influencia, cuando estas se ubicaban hacia el interior del continente, las que se comunicaban entre sí, en relaciones no solo comerciales sino de influencia mutua.

A medida que avanzaba por ellas se iba alejando del modelo urbano europeo que trajo en su juvenil aventura para ir moldeando su madura forma americana. La Barcelona natal, afrancesada, cosmopolita, que le dio oportunidad de percibir el inicio de los modernistas pero afirmado en los ochocentistas, la que se expandía en el ensanche e inauguraba el esplendor burgués, la contrastó con la vida urbana de Caracas que a su animosidad parisina inoculada por el dictador Guzmán Blanco le sumó el desparpajo de un llanero que también tenía aires cosmopolitas como fue lo que hizo Joaquín Crespo al llevar los catalanes para que elaboraran sus obras, entre los cuales estuvo Llach.

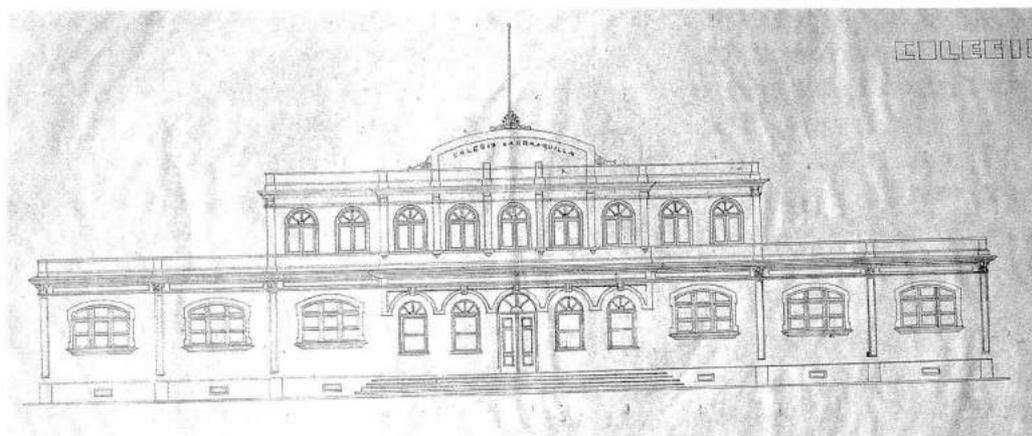
Pero si Caracas con su vida citadina más apocada que la capital catalana, lo introdujo a la insufrible búsqueda de encontrar una estética de las élites americanas inspirada en el modelo

europeo, la Cartagena colombiana lo condujo al desespero del quietismo inspirado en el lastre colonial, que tanto angustiaba a algunos y tan plácidamente complacía a quienes por centurias la habían usufructuado. A la vez fue el punto donde pudo encontrar por primera vez trasmutado lo europeo en un inconfundible sello americano, puesto que las influencias que a finales del siglo se dieron en Cartagena por obra y gracia de las relaciones comerciales con la Habana, lo introdujeron a eso que Alejo Carpentier llamó “el mestizaje al infinito” de la ciudad de las columnas.

Es innegable que el punto de contraste es el encuentro con la selva. Llach no llegó a ella de golpe sino en escalas. Pero la selva era un extremo para un europeo decimonónico pues ésta, a la manera de lo sucedido a Agustín Codazzi en 1819 a su llegada al río Atrato y como lo dice Giorgio Antei en el caso del Cartógrafo, inauguró una fase nueva en su vida, caracterizada por una diversa manera de relacionarse con el mundo⁵. La selva chocoana a la vez que lo pone en un lugar sin antecedentes, inédito, lo equilibra puesto que contrasta el mundo europeo “civilizado” con la selva inculta o terrorífica .

Llach no es uno de los personajes de las novelas de Joseph Conrad que van a la selva a saquearla y civilizarla, tampoco es el caso de lo que le ocurriría años después al pintor alemán Guillermo Wiedeman en sus recorridos pictóricos por el Pacífico colombiano, señalando como él seguía siendo un europeo que pintaba paisajes tropicales mientras que Gauguin era un europeo que quería simular ser nativo, Llach no fue ninguno de los tres. No fue a expoliar ni imponer una civilización, no fue a capturar paisajes, pero tampoco se transformó en un nativo, fue un hombre que encontró un lugar, que incluso formó familia al casarse con una dama de la sociedad local, que representa, si

⁵ Giorgio Antei, *Los Héroes Errantes Historia de Agustín Codazzi 1793-1822*, Santafé de Bogotá, Biblioteca Nacional, Planeta- Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1993, pág. 403.



Reproducción fotográfica del Plano de la fachada del Colegio Carrasquilla (en homenaje al escritor chocoano Ricardo Carrasquilla) en la ciudad de Quibdó. Diseñado por Luis Llach en los años veinte, fue construido por el hermano claretiano Vicente Galicia. Esta es una copia del plano original realizado por Vicente Galicia. Plano en el archivo personal de Luis Fernando González E.

se quiere, el arquetipo de muchos inmigrantes de la época, que bajo otras realidades lograron ser la expresión de una parte de los nuevos americanos, un componente de la América modernista, el europeo americanizado.

En los recorridos por la selva chocoana dimensionó de otra manera la agreste geografía, la alabó, mostró sus bondades, planeó dominarla adentrándose en sus entrañas con sus trazos viales, y después de este paso entró a una fase intermedia entre lo agreste y lo urbano, entre lo europeo y lo americano, que va a dar sus frutos en el periplo centroamericano, primordialmente en San José, y en la segunda época chocoana, específicamente en Quibdó, donde sus propuestas son netamente urbanas.

Llach y la ciudad latinoamericana

Es Llach, al igual que otros hombres, el reflejo de la época, de la ciudad y la arquitectura, la manera de encontrar una nueva expresión en el continente, en donde ellos eran a su vez generadores de aquello que José Luis Romero y Rafael Gutiérrez hablan de un nuevo estilo de vida latinoamericano “signado, sin duda, por las influencias extranjeras pero oscuramente original, como era original el proceso social y cultural que se desenvolvía en ellas. Metrópolis de imitación a primera vista, cada una de ellas

escondía un matiz singular que se manifestaría poco a poco”⁶.

No son las balaustradas u otros detalles arquitectónicos, ni los neismos o las formas más o menos distinguibles de un estilo académico lo que caracterizó a las ciudades americanas, es su singular relación entre la arquitectura y el medio urbano, y de este con el entorno. Era la pelea de ese nuevo hombre que quería conciliar entre lo urbano que construía y el alrededor ya no selvático sino un campo transformado, domeñado, que le diera abrigo y a la vez la sensación de lo salvaje, para que por contraste se sintiera ciudadano, en medio de lo cual estaba el espíritu civilizatorio y de la gran cultura, América afuera y Europa adentro, algo así como lo que expresó Joaquín Barrionuevo en 1907, en una nota sobre Puerto Limón: “He salido de la ciudad al campo, y en él, he gozado de las impresiones de un mundo nuevo. Iba en busca de la selva. Iba a pasar un día de los raros y la suerte me protegió; llegué al dintel de la selva, y un torrente de armonías desatose en medio de la soledad aquella...las brisas retozonas mecieron el follaje, y un himno raro y sugestivo surgió de la enramada...un himno lleno de encantos, nacido de la grandeza de lo inmenso, de lo salvaje...”⁷

⁶ José Luis Romero, *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*, citado por Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismos supuestos históricos y culturales*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia- Fondo de Cultura Económica, colección Tierra Firme, segunda edición, 1986, pág. 18.

⁷ Páginas Ilustradas, diciembre de 1907.

Lisímaco Chavarría el poeta costarricense escribió en *Arte y Vida* en 1910 un poema llamado *Añoranza campesina*⁸ de donde se entresacan partes para dar una idea de esa visión romántica del paisaje;

"Frescura de arboleda, luz de verano...

"Pasan los campesinos por el sendero y regocijan la selva con sus palabras...

"Hay alientos de selva junto a las chozas y el viento vagabundo por fin se amaina;"

Es una selva nada agresiva, natural o primaria, sino la de un paisaje domesticado, habitado por hombres que la han transformado para su servicio o el americano que no es nativo sino que es civilizado, seguidor de las grandes



Fachada del Colegio Carrasquilla en la ciudad de Quibdó, 1996. Fotografía de Luis Fernando González E.

tradiciones occidentales, en el caso de quien observa y escribe.

Una muestra de esa relación es precisamente el Quibdó en medio de la selva que diseñó Llach en la década del veinte con el equipo técnico de Obras Públicas de la Intendencia. Una ciudad ordenada, que irrumpe pero a la vez le tiende un puente a la selva circundante, con una avenida de ingreso a la manera de las grandes ciudades, nexo y distancia entre el caos exterior y el orden del interior. Las avenidas, alamedas o los bosques proyectados por Llach, son los árboles racionalmente colocados y dispuestos sobre el escenario urbano, los parques a manera de jardines, las casas y sus antejardines y su arquitectura, son la afirmación de que allí estaba otro tipo de hombre, el que dominaba la naturaleza y la ordenaba geométricamente, no con la rígida ortogonalidad española heredada de la colonia, pero tampoco la servil copia de alguna de las ciudades europeas, sino una pequeña ciudad que con diagonales rompía lo octogonal, la aligeraba y expresaba en medio de su pequeñez la grandeza del sueño. Es inmensamente conmovedor imaginar en medio de la desmesura de la selva, a estos hombres soñar aquel "claro en la selva", epicentro urbano y civilizatorio, en los que los faustos del progreso, en este caso, abrigaban una conciencia moderna poniendo su empeño en conciliar un ideal cultural y espiritual, con una realidad material y social en ascenso, como en la tercera fase de la metamorfosis, la desarrollista, del Fausto de Goethe que señala Marshall Berman en "Todo lo Sólido se desvanece en el aire".

Como se ve, esta actitud de crear una nueva relación, una estética, una ciudad, no fue únicamente producto de las grandes capitales sino también en las pequeñas ciudades, aún en medio de la selva como Quibdó, de la mano de una élite y unos hombres como Llach. Pero

⁸ Revista *Arte y Vida* No 1, José, 1 de abril de 1910, pág. 3.



Calle de San José de Costa Rica en el decenio del diez, período en el cual Luis Llach vivió en dicha ciudad. Reproducción tomada del Archivo Nacional de Costa Rica, No. 2086, Serie Fotográficas, Album 4.

se ha pretendido que esta ciudad americana cosmopolita y burguesa, tanto en Quibdó o San José de Costa Rica por ejemplo, fue supuestamente construida a imagen y semejanza de las ciudades europeas y con los principios que el Barón de Haussmann aplicó en París en la segunda mitad del siglo XIX.

Aquel hecho tiene tanto de corto como de largo, máxime cuando se debe preguntar cuál es el modelo europeo que se aplicó. ¿Acaso el de la Barcelona del Ensanche, Paseo de Gracia y Monumento a Colón que se admiraba en revistas y periódicos tanto barceloneses como locales? ¿La París de Haussmann o la de los salones de la Société Nationale des Beaux Arts que describía con tanta animosidad Rubén Darío en las crónicas parisinas de los periódicos americanos? ¿La Italia de las villas paladianas que José Fabio Garnier vio, a las que era tan afecto, y describía en la prensa de Costa Rica? No existía un modelo europeo, por que no había una sola Europa, ni una sola ciudad europea que seguir.

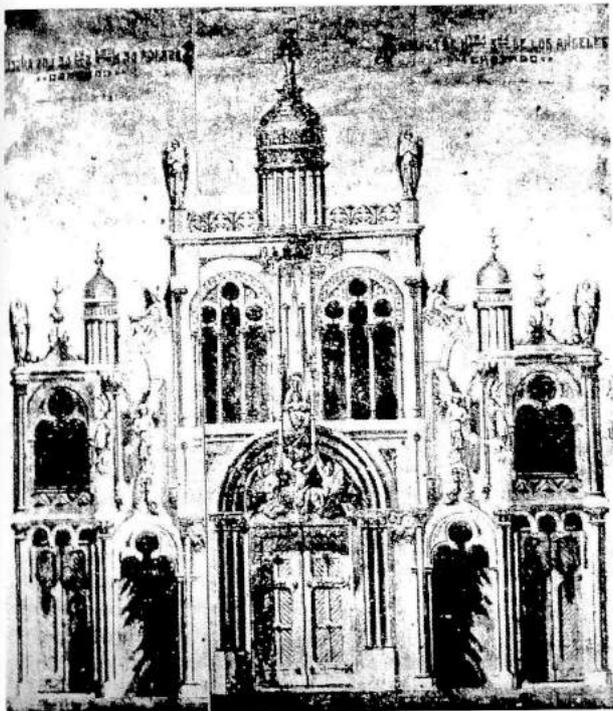
Además hay que sumar aquella actitud contradictoria dentro de las élites intelectuales,

donde los nativos querían ser europeos y los inmigrantes americanizarse. Lo que muestran las investigadoras Flora Ovares y Margarita Rojas en la literatura costarricense, una radicalización a la inversa, se da consciente o inconsciente pero no de manera dialéctica en lo urbano y en lo arquitectónico. Era el cruce de caminos que producía la hibridación y en el punto de encuentro, en el filo de la navaja, sutil pero real, está la singularidad del proceso, en éste caso de San José, pero de idéntica manera en otras ciudades de América donde la camisa de fuerza del Barón de Haussmann, Camilo Sitte o Ildefonso Cerdá, no fue real.

En San José de Costa Rica la antigua calle de la Estación, que se transformó en el Paseo de las Damas, no es el bulevar con la perspectiva axial rematada en el monumento, con sus fachadas uniformes en estilo neoclásico concebidas de antemano, es la calle arbolada del primer decenio a pequeña escala que remataba en el monumento de igual proporción, una rotonda con el busto de Próspero Bustamante, un prohombre local, en cuyas áreas aledañas muy bien descritas por la arquitecta Ofelia Sanou, se diversificaron, pues

convivían oficinas, talleres de empresas comerciales, con las casas de la burguesía. Inmigrantes, personas del gobierno y nuevos ricos, que a su vez presentaban variedad de propuestas en su arquitectura. Un minimalismo urbano con pretensiones de monumentalidad, donde la misma calle era campo despejado y a posteriori se disponían las viviendas sin el ritmo ni la simetría para la perspectiva de la fachada urbana, pero que unía otras pequeñas porciones de áreas verdes que eran los parques con sus formas geométricas y su reja metálica perimetral.

Aquello no era entonces el principio urbanístico moderno europeo sino la imagen difusa europea desde América que no corresponde a un plan general, rígido en la escenografía urbana, sino atemperado en el medio por la escala y por la deliciosa libertad de su alrededor arquitectónico



Detalle de la fachada principal de la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles, en la ciudad de Cartago, Costa Rica. Adjudicada durante muchos años al arquitecto costarricense José Fabio Garnier, es en realidad obra de Luis Ilach. Reproducción tomada por Luis Fernando González E., del libro de Monseñor Víctor M. Sanabria, *Historia de Nuestra Señora de los Ángeles*, pág. 435.

y de sus usos. Como no había un plan urbanístico, ni la búsqueda de soluciones al problema de circulación y de áreas verdes, ni de la industrialización que no existía, entonces no hay grandes avenidas, ni cirugías urbanas sobre vecindarios pobres, sino agregación de calles arboladas, que se van sumando a la geometría poco rígida del casco urbano republicano heredado, ampliando el perímetro urbano que no era necesario rodear con un cinturón verde como París, por que la naturaleza y la topografía lo proveían. Con lo que además se deja de lado para estos años barrios suburbanos, pues estrictamente no existieron y los que se formaron estaban en el límite de la ciudad que se iba prolongando e incorporándolos fluidamente a la malla urbana, pero no alejados dejando un espacio vacío entre ellos y el antiguo casco, como si ocurrió en otras ciudades de Latinoamérica, donde además de la comunicación suburbana se construyeron avenidas transversales y diagonales, vías curvas con sistemas anulares y parque jardines en el centro del conjunto, siguiendo el urbanismo inglés, pero nada de esto ocurrió en la burguesa pero contenida modernidad josefina que solo prolongó su estructura urbana decimonónica.

Allí también está la Avenida Colón remembranza del Paseo Colón barcelonés, “esa amplia avenida festoneada de palmeras y jardinillos, muy a propósito para tomar el sol en las tranquilas mañanas”⁹, que veían en la prensa cuando ésta daba cuenta de los progresos de la ciudad condal o los atentados anarquistas, nostálgicos los catalanes expatriados y deseosos los americanos que soñaban con estar allí. No es la avenida haussmanniana escenográfica, sino el espacio del goce, la recreación y el encuentro. Pero también con él, unos y otros afirmaban su pertenencia a esta ciudad, desde dos puntos de vista diferentes, que se encontraban en ese espacio de intermediación y reafirmación, unos de una pregonada

⁹ Revista Páginas Ilustradas No 224, San José, 16 de agosto de 1909, pág. 3970.

desespañolización y otros de una europeización. Alentando de paso las élites los aires de progreso y de modernidad con la velocidad de sus carros a lo largo del paseo en una exhibición de su posición social.

Llach la estética y la arquitectura latinoamericana

Siempre se habla de la europeización de la ciudad americana, ¿no será más bien la americanización de lo europeo?. Ya se ha mostrado cómo la relación entre lo urbano y lo arquitectónico le dio el matiz y el perfil singular de la ciudad americana, en su ambiente urbano

y forma arquitectónica. Para esto se contó, entre otros, con personas como Luis Llach, Francisco Tenca, los hermanos Lorenzo y Francisco Durini - Ecuador y Costa Rica- o de Tomas Reed -Venezuela, Ecuador y Colombia-, que fueron verdaderos demiurgos,

errantes arquitectos que fueron de un país a otro, haciendo ciudad y elaborando una arquitectura transnacional, que en la medida que se entroncaba entre sí, en variaciones dadas por las condiciones locales, las limitaciones tecnológicas, las imposiciones de los demandantes, los imperativos geológicos y un largo etcétera, se multiplicaba en innumerables variaciones, alcanzando grafías

locales o nacionales, para configurar la particularidad regional o el perfil de la arquitectura nacional.

Pensando estrictamente en el caso de Luis Llach, se puede ver cómo esa tendencia a la americanización esta dada por el recorrido, pero también por las condiciones específicas de cada proyecto. Cuando fue presentado en San José en la Revista Arte y Vida, se decía; "...el artista é ingeniero de que nos ocupamos -hoy nuestro huésped- es persona de acción y de saber y que posee la dualidad perfecta que le permite pintar, junto a una decoración modernista, cualquier proyecto de construcción severo y

sobriamente, corintio, jónico, etc., como trazar un plano y edificar una casa"¹⁰.

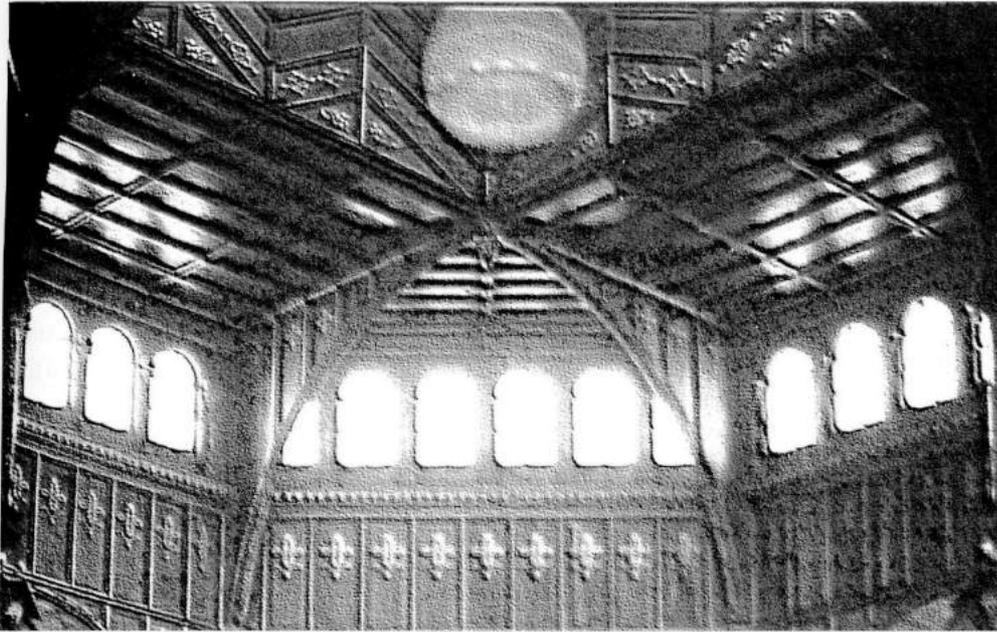
Esto es, un hombre con destreza y habilidades, con conocimientos técnicos y artísticos, que sabía de los cánones clásicos. Pero cuando fue a diseñar la sede del Centro



Fachada principal de la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles, en la ciudad de Cartago, Costa Rica. Fotografía de Luis Fernando González E., 1996.

Español le fue solicitado que en el diseño se incluyeran formas que les recordara de alguna manera su tierra. Sin patetismos, diseñó un centro que cumplió con el propósito pedido, con formas modernistas y elementos con caracteres neoclásicos, simulaciones de un lenguaje que ya pasaban por un tamiz. Ya las maneras arquitectónicas estaban atemperadas por el medio, si bien se

¹⁰ Revista Arte y Vida No 19, San José, 25 de febrero de 1910, pág. 2.



Interior de la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles, en la ciudad de Cartago, Costa Rica. Se destaca el efecto la luz cenital en el espacio central debajo de la cúpula y en la paredes recubiertas de madera. Fotografía de Luis Fernando González E., 1996.

inspiraba en algo no las repetía literalmente, pues estaba diseñado para un conjunto de personas que no tenían la maleta lista para partir sino que habían decidido quedarse, ser otros americanos más, igual que él.

De esta manera mucha de la arquitectura, por ejemplo, los españoles en Panamá, San José o La Habana, estaba hecha por y para europeos pero con arraigo en el medio, por lo cual no se puede llamar a engaños de ser copias fieles de modelos. Allí vuelve a estar ese rasgo de originalidad, que para muchos ha sido simplemente una carencia de capacidad del arquitecto, siempre señalados como de segunda o tercera categoría, o el desconocimiento de cánones estéticos, pero jamás como una nueva manera de ver las formas y el espacio. Algo que vuelve a estar presente cuando Llach diseñó para la población local y no para sus compatriotas, como en el caso de la Catedral de Nuestra Señora de los Ángeles, en Cartago, Costa Rica. Un buen ejemplo por lo que significó y significa en la actualidad.

En la década de los años veinte, grupos de intelectuales pretendieron una identidad

arquitectónica a partir de una arquitectura nacionalista, lo que generó en ellos una reacción contra la arquitectura historicista europeizante; el neoclasicismo, eclecticismo, modernismo, cayeron no bajo la piqueta, pero si bajo la demoledora crítica, recurriendo en su reemplazo a una arquitectura que buscara las raíces en el pasado colonial.

Es precisamente producto de esta actitud que la obra de la Catedral de Cartago diseñada por Llach fue señalada y acusada de adefesio, sin ser mencionado su nombre, cuando el intelectual costarricense Ricardo Fernández Guardia en 1925 le envió una carta a los arquitectos José Francisco Salazar y Federico Quiroz, a propósito del diseño que hicieron estos para la Basílica de Santo Domingo en San José, la que publicada en la Revista Repertorio Americano, decía en un aparte: “no solo la capital sino el país entero están plagados de adefesios arquitectónicos, hijos del empirismo y del mal gusto. Me limitaré a citar el Santuario de los Ángeles de Cartago, verdadero mamarracho”¹¹.

Después de esta apabullante crítica Fernández Guardia pasó a alabar el buen juicio y gusto de

¹¹ Hacia la arquitectura propia, en Revista Repertorio Americano No 10, San José, 1925, pág. 137.



Detalle de un torreón del Palacio de Correos y Telégrafos, donde se destacan las decoraciones modernistas. Fotografía de Luis Fernando González E., 1994.

los arquitectos referidos, al elegir para la obra de la Basílica el “estilo colonial hispanoamericano modernizándolo y aligerándolo con verdadero talento”. Mal podría señalarse como propia o auténtica a la arquitectura colonial, sólo por el hecho de haber permanecido más tiempo en el territorio americano y aun más cuando mucho de lo llamado colonial para esta época era una versión norteamericana, el llamado Mission Style o Californiano. Estos nacionalismos, hispanismos o americanismos se volcaron sobre algo que supuestamente los validaba históricamente acogiendo otro eclecticismo, tomado de un referente colonial o inspirado en lo colonial.

La virulencia del ataque no se compadecía, ya que siendo más papista que el papa, lo que era

una virtud lo convirtió en defecto, la transgresión de los cánones académicos era precisamente la gran virtud de la obra de Llach. Fernández Guardia implícitamente estaba abogando por las reglas de la Beaux Arts, al quejarse del empirismo. Pero era el desparpajo de Llach, las realidades del medio y los cambios tecnológicos, lo que dio como resultado una obra que no se amarraba a ningún “estilo”, mas esto no quiere decir desconocimiento de la gramática arquitectónica, sino que se controvertía y se violentaba, resultando un proyecto sumamente original, como muy bien lo captó y describió el arquitecto panameño Eduardo Tejeira Davis, al hablar de las formas vernaculares del clasicismo en la arquitectura hispano-caribeña, como él la llama:

“Hablando de las versiones más vernaculares de esta rama del eclecticismo, no puede dejar de mencionarse a Nuestra Señora de los Ángeles en Cartago Costa Rica. La iglesia más importante en el país, es una difusa mezcla de todo, desde el morisco hasta el románico. La edificación fue construida en este estilo después de que el terremoto de 1910 destruyó la iglesia original. La estructura presente es resistente a terremotos: está construida de concreto y madera. Aunque la apariencia externa esta estropeada por ornamentos burdamente ejecutados y tejado en material corrugado barato, el interior es impresionante e ingenioso. El plan se genera en un espacio central octogonal del cual parten o se irradian cuatro naves y cuatro nichos formando una figura de cruz. Un efecto espacial impactante se produce por la

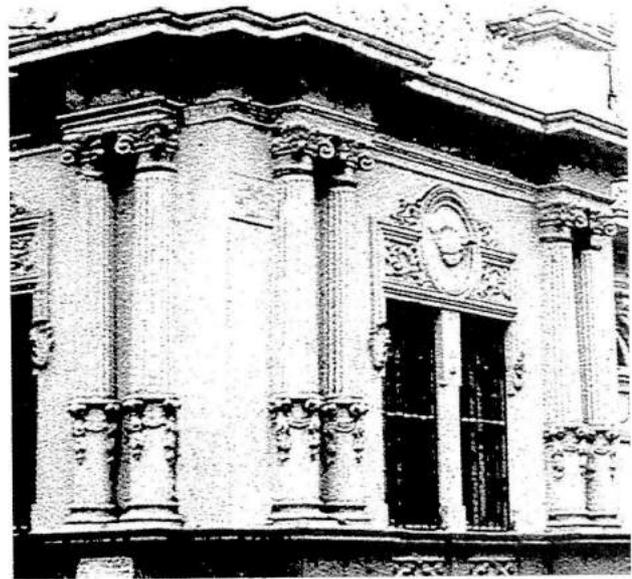
superposición de dos rejillas ortogonales en un ángulo de cuarenta y cinco grados en el área del techo. La complejidad visual resultante es subrayada por un laberinto de paneles interceptados en el techo que de alguna manera sugiere la intrincada estructura del gótico. Al momento de entrar a la iglesia, el visitante necesita algún tiempo para descifrar el sistema espacial y estructural del interior. Esta relativa ininteligibilidad subraya el propósito de esta iglesia que es servir como santuario de una estatua maravillosa de la Virgen María. Cualesquiera sean sus "defectos" desde el punto de vista del historicismo europeo, la iglesia muestra que la arquitectura convincente podría ser producida sin adherirse a convenciones estilísticas"¹²

La difusa mezcla de la que habla Tejeira Davis es lo que llamó Luis Llach al momento del diseño como un estilo "Bizantino puro". Incluso mucha de la arquitectura de Andalucía, a la que era tan afecto Llach, era una combinación de la arquitectura Islámica con lo Románico y lo Gótico encontrado presente en España, produciendo en el periodo Nazarí la arquitectura Mudejar, el Mozárabe, que después llegó a América.

La incompreensión de la época a esta arquitectura nace más bien de las pretensiones academicistas de unos y de falsas maneras de identidad de otros. Esta arquitectura llena de novedades heterodoxias, rica en su falta de rigor, es lo que destaca el arquitecto Germán Téllez en la arquitectura colombiana de esta época, pero que se podría aplicar a toda América: "Existe

en la interesante mescolanza formal de la arquitectura del fin del siglo pasado y comienzos del actual, una forma singular de autenticidad, de estricta concomitancia entre circunstancias históricas generales y formas construidas resultantes"¹³.

En esa medida Llach es producto del espacio y del tiempo, no es que él sea un arquitecto profundamente original, no, él es parte del mismo medio que permitió el desarrollo de otra manera de ser original y sus resultados arquitectónicos es lo auténtico de aquellos años, como resultado a su vez de los múltiples factores ya mostrados en la primera parte de la investigación. De la originalidad estaban conscientes algunos intelectuales de la época. El también catalán Ramón Vinyes en 1919 lo proclamaba desde Barranquilla y lo publicaron en San José: "leemos la originalidad! Interpretamos los estilos. Claros y oscuros ¿Qué más da si dentro de ello va encerrada una sola chispa de revelación?"; aunque se refería a la poesía, en la que le pedía al poeta lo inesperado sin importar torturar las fórmulas gramaticales



Detalle del Palacio de Correos y Telégrafos, donde se destacan las decoraciones modernistas. Fotografía de Luis Fernando González E., 1994.

¹² Eduardo Tejeira-Davis, *Roots of modern latin american architecture The hispano caribbean región from de late 19th century to the recent past*, Heidelberg, tesis presentada en cumplimiento parcial del los requisitos para el grado de Doctor en filosofía en la Facultad de Filosofía-Historia de la universidad de Heidelberg, 1897, pág. 257.

¹³ German Téllez, op. cit., pág. 230 y 23.

que los dómines fósiles dictaron, según su expresión, pero si evitando “la originalidad por la originalidad”. Esta exhortación de quien después sería el gran impulsor del Grupo de Barranquilla y por ende del premio Nobel de Literatura Gabriel García Marquez, la extendió a toda la estética al momento de rematar su artículo “pero acordémonos que nuestro valor ha de radicar en la revelación que hagamos de una nueva faceta de belleza total. No hay un arte antiguo, ni hay un arte moderno. Hay solamente una belleza”¹⁴

Cuando Ventura Fragua, en el Ateneo de Santiago de Chile se preguntó en 1899 si ¿acaso hay estética en este país?, por igual criticaba el snobismo de lo afrancesado, el “esprit chistoso y superficial del país del vaudeville” o el “acuecamiento” de la música nacional, para señalar la incapacidad de la sociedad novedosa y rutinaria que no daba paso a la fantasía, verdadero sol del arte¹⁵. En ese punto intermedio precisamente esta la estética Llachtiana, reflejada en obras como la ya señalada Basílica de Cartago, el Palacio de Correos y Telégrafos de San José de Costa Rica o en el Palacio Episcopal de Quibdó en Colombia, tres de las más representativas obras, que no sucumbieron a la copia fiel del modelo o a la tentación del facilismo folklórico y paralizante de supuestas raíces nacionales. ¿Cuando diseñó la iglesia parroquial de Quibdó con sus formas góticas sobre una estructura en madera, no era el derecho de una comunidad a soñar formas estéticas más elevadas o habría tenido que ofrecer una elemental choza modernizándola y aligerándola, en palabras de los nacionalistas, para ser compatible con las raíces del medio?.

Para finalizar queda apenas por señalar que en personajes como Luis Llach Llagostera, estuvo parte de la construcción, literalmente hablando, de cierta perspectiva de lo “americano”; en sus obras encontramos hoy los rasgos distintivos de la “originalidad”, que nos emparenta y nos distingue. A los rastros señalados por esta arquitectura y los puentes tendidos por esos hacedores, hay que volver una mirada más juiciosa y desprevenida.

¹⁴ Ramón Vinyes, sobre la originalidad, en *Revista Repertorio Americano* No 6, San José, 1 de noviembre de 1919, pág. 93.

¹⁵ Ventura Fragua, *La estética en Chile*, en *Periódico El Porvenir* No 1482, Cartagena, 11 de agosto de 1899, pág. 2.



Capitel del columnado interior del Palacio Episcopal de Quibdó. Fotografía Luis Fernando González E. 1996.

*Interior del Palacio Episcopal. Corredor en
el segundo piso hacia el patio central.
Quibdó, 1996.
Fotografía Luis Fernando González E.*



Del Depósito a la Referencia, de los Fragmentos Cerámicos al Patrimonio Arqueológico

Sofía Botero Páez

El patrimonio en el seno de nuestras viejas sociedades latinas, es el legado del padre que recibimos en herencia y que nosotros transmitimos a su vez en aras de la continuidad del linaje. Conviene recordar esta antigua definición, a pesar de los valores culturales, morales, o religiosos que puede vehicular; no sólo por su sencillez sino también por la imagen y el punto de referencia que proporciona.

La imagen del legado que una generación deja a sus sucesores para que la vida continúe no parece haber perdido validez sea cual sea el patrimonio al que aludamos.

Jean Claude Duclos. "Prólogo". En: *Antropología y patrimonio*. Llorenç Prats. Editorial Ariel, Barcelona. 1997, p. 7.

Introducción

A lo largo de más de 40 años de investigación arqueológica realizada por el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia, se ha logrado la recolección de una de las muestras más

importantes de vestigios arqueológicos sobre una región específica: el departamento de Antioquia y sus áreas inmediatas circunvecinas, que por su ubicación estratégica presentan un interés de carácter excepcional para los investigadores de los procesos de poblamiento no solo nacional sino latinoamericano.

A finales del año 1999, gracias al interés y gestión de la Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia Corantioquia y el Departamento de Antropología, el Museo Universitario y el Centro de Investigaciones Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, en un esfuerzo por responder a las exigencias de la Ley sobre conservación del patrimonio, se crearon las colecciones de referencia arqueológica para los territorios que hoy conocemos como departamento de Antioquia y sus áreas de influencia más inmediata: 98 municipios de los departamentos de Antioquia, Caldas, Risaralda, Quindío, Cesar, Bolívar, Córdoba, Sucre, Chocó, Santander, Boyacá y la Guajira; de ellos el 70% provienen del Departamento de Antioquia y si bien ellos no dan cuenta de la totalidad de la investigación realizada en el Departamento, si constituyen una muestra representativa, sobre la cual realizar balances y proyecciones.¹

Las Colecciones de Referencia Arqueológica, contienen muestras representativas de fragmentos cerámicos, líticos, óseos, semillas, polen, etc., provenientes de investigaciones arqueológicas, que por su selección y ordenamiento permiten consultar, verificar y contrastar información, articular trabajos recientes con los ya realizados y generar nuevas investigaciones sobre las sociedades más antiguas y contemporáneas habitantes de estos territorios, con diferentes énfasis metodológicos y teóricos en campos no sólo de la historia y la arqueología, sino de la geología, la ecología, el arte e incluso la biología. Se ofrece con ello,

además, la posibilidad de superar la referencia puntual -inherente a las excavaciones particulares-, al permitir articular distintas investigaciones y realizar inferencias sobre contextos sociales y geográficos más amplios y representativos.

Considerando que el patrimonio sólo adquiere sentido cuando las distintas comunidades se lo otorgan, este texto pretende poner en escena las posibilidades de interacción que es posible establecer con los vestigios que aún conservan de los más antiguos habitantes de estos territorios; y explorar los tipos de conocimiento que es posible generar a partir del trabajo y análisis arqueológico.

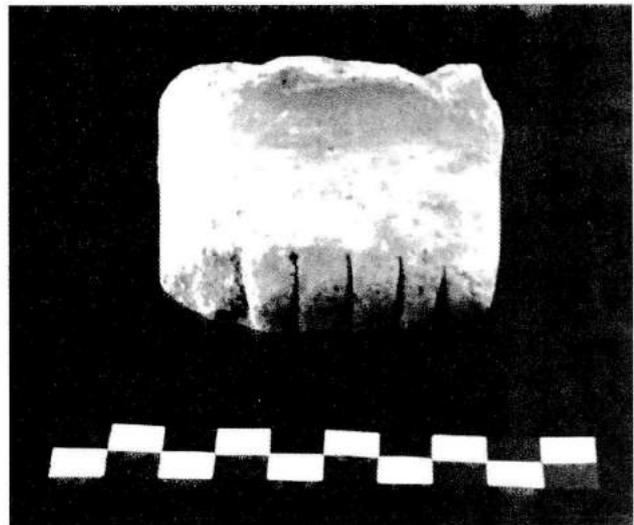


Foto 1. Lugar de procedencia: municipio de Jardín, (Antioquia)

Problemas básicos

Por supuesto, el primer problema a superar es la falta de políticas que definan y permitan conservar lo que se considera patrimonio y fortalecer los espacios de investigación, discusión e incluso creación, de elementos útiles al fortalecimiento cultural y político de las futuras generaciones.

¹ Véase el "Catálogo Colecciones de Referencia Arqueológica. Museo Universitario 1999". Universidad de Antioquia.

Los arqueólogos en el departamento de Antioquia han realizado su trabajo y sus interpretaciones basados fundamentalmente en la búsqueda y “clasificación” de fragmentos cerámicos; esta tendencia ha sido y es tan fuerte que uno de los más importantes indicadores para definir la existencia o potencialidad de los sitios arqueológicos es la presencia de vestigios cerámicos -en realidad en la mayoría de los casos ha sido el único indicador analizado o tenido en cuenta al momento de hacer la valoración final de los sitios a ser investigados.

Es necesario considerar como hipótesis que en Antioquia no se han realizado clasificaciones cerámicas en estricto sentido; y que lo que se ha realizado hasta el momento son, fundamentalmente ejercicios en los que cualidades como la decoración o la forma, se han convertido en el instrumento por medio del cual los investigadores han creado o aceptado categorías y asignado valores de significación -ignorando incluso sus propias propuestas teóricas y metodológicas- para luego, y sin mediar otros análisis, terminar explicando a partir de ellas, el conjunto total de los rasgos y características que podrían definir la identidad de las sociedades en que trabajan.

Como una excepción a esto, podría considerarse el llamado complejo cerámico modelado inciso, cuya formulación ha sido realizada por Santos, (1989) y atribuida a los grupos asentados en el Golfo de Urabá. Por lo demás, sin lugar a dudas, la terminología clasificatoria más recurrentemente utilizada en la región, es la que se refiere y sintetiza alrededor de lo que se ha denominado marrón inciso. Esta categoría, o mejor estas cualidades, muy rápidamente perdieron su utilidad descriptiva para referirse a un conjunto cerámico específico (Bruhns, 1970), al ser atribuidas a prácticamente toda la cerámica encontrada al interior del departamento de Antioquia, incluyendo una amalgama de conceptos y contenidos muchas

veces difícil de descifrar. En la actualidad la mera referencia al marrón inciso incluye la caracterización de un estilo de una cierta cultura que se extiende por un periodo de tiempo que abarca milenios y que se atribuye a sociedades diferentes entre sí, con exclusión de toda otra consideración o análisis, (Obregón, 1999).

Otras categorías que se emplean para presentar características decorativas que se observan en la cerámica y que paulatinamente han ido ganando popularidad, han sido nominadas como “ferrería”, “tardío”, “inciso con borde doblado”, “Cauca medio” y eventualmente “blanco grueso”. Desafortunadamente, tampoco a estas categorías se les ha dado una definición precisa que permita evaluar su utilidad descriptiva, pues sus atributos no se han definido con claridad. Hasta la fecha resulta prácticamente imposible identificar áreas de dispersión de estos grupos cerámicos y menos aún, establecer su temporalidad. Indudablemente, es esta indefinición la que posibilita la utilización errática, imprecisa y hasta caprichosa de estas categorías; que incluso son atribuidas o negadas a materiales que no ofrecen ninguna posibilidad cierta de identificación.

Sin olvidar que los arqueólogos ya han discutido ampliamente sobre los sistemas de clasificación, y que se aceptan como dos posturas paradigmáticas: 1- considerar las clasificaciones cerámicas irrelevantes para la interpretación de las sociedades antiguas, en tanto los ordenamientos y clasificaciones no se basan en aspectos a los que se les pueda reconocer la importancia social, cultural o económica que les asignaron sus creadores; y 2- considerar a algunos sistemas de clasificación como instrumentos de primer orden al momento de establecer cronologías asociadas a cambios tecnológicos; y que se presentan sólidos argumentos a favor de uno u otro, ellos no resuelven la pregunta indispensable: ¿clasificar para qué?; de su respuesta se

derivarán, lógicamente las opciones tanto instrumentales como teóricas que asuma el investigador, en la resolución de las otras preguntas con las que muy seguramente está comprometido.

A las descripciones o enumeraciones realizadas para sitios o excavaciones puntuales, se han sumado recientemente ingentes esfuerzos en la conformación de bases de datos, a las que comienzan a incorporarse programas que permiten análisis estadísticos multivariados; sin embargo dado que hasta el momento, no se ha realizado una reflexión sobre la calidad y la significación de tales datos, ni sobre las variables utilizadas; y, quizás por carecerse de colecciones de referencia, tampoco se han realizado esfuerzos sistemáticos que conduzcan a la definición y análisis de lo que pudieran ser producciones cerámicas locales o regionales; hasta el momento no parece existir una salida al estrecho círculo vicioso que ha creado esta manera de hacer arqueología y esta manera de percibir y de imaginarse las sociedades que han producido estos vestigios.

Desde otra perspectiva, y aunque pareciera ser un lugar común aceptar que los vestigios arqueológicos, separados del conjunto total de la cultura que los produjo carecen de significación; paradójicamente y de manera sistemática, el trabajo de interpretación adelantado hasta el momento en la región, desconoce o atribuye poca o ninguna importancia a los contextos más amplios y de deposición en que se hallaron los materiales y menos aún, al contexto de investigación que posibilitó su recuperación, lo que hace excepcional, entre otras cosas, encontrar información sobre la posibilidad de continuar investigando los sitios intervenidos.

En general hasta el momento, solo se tiene certeza del contexto en el que se encuentran los vestigios arqueológicos cuando se trata de tumbas. Prácticamente nunca se tiene certeza, se sabe o se indaga para saber si: ¿se trataba de una casa?, ¿de qué lugar de la casa? ¿una huerta?, ¿un taller?, ni se conoce o al menos se pregunta sobre las posibilidades que tiene el manejo de los desechos, y... ¿genera el mismo tipo de “basurero” una familia, que un taller?. Aislados por completo de sus usos y funciones, los artefactos se convierten en categorías cada vez más abstractas, al punto que comienza a hacer carrera referirse a los vestigios cerámicos como a “formas”, la 1 la 2 o la 3, sin que por lo demás exista un acuerdo ni referencia expresa sobre a lo que se refiere al designar esta categoría y estos números.

El énfasis dado en este texto a la cerámica se explica, en parte, porque sobre ella se ha concentrado el trabajo de los investigadores, a ella corresponden aproximadamente el 90% de los materiales incorporados a las colecciones de referencia;² sin embargo, es necesario enfatizar que las problemáticas registradas para el tratamiento y análisis de los conjuntos cerámicos, involucran necesariamente la totalidad de los vestigios excavados o intervenidos. Para el registro y análisis de los conjuntos líticos, es necesario señalar además, que hasta el momento, éstos han sido tomados en cuenta solamente cuando se consideran provenientes de sitios “precerámicos”, y que el registro de elementos excavados en otros contextos no pasa de ser una mención superficial, con poco o ningún peso en el análisis global de los vestigios recuperados.

² El interés por la cerámica en otros países no parece ser menor, para tener una idea al respecto, bastaría revisar la impresionante lista bibliográfica que presenta la investigadora Prudence Rice, en su texto: *Recent ceramic analysis*, partes 1 y 2, publicado en el *Journal of Archaeological Research* en 1996.



Foto 2. Figurina lítica, lugar de procedencia: municipio de Santafé de Antioquia (Antioquia).

Muy seguramente siguiendo las tendencias y desarrollos de la disciplina en el país, la arqueología en Antioquia también se ha caracterizado por la ausencia de preguntas o de problemas de investigación, al momento de realizar las excavaciones y en el de efectuar el análisis sobre los vestigios; y es esta ausencia, la que ha determinado los resultados de su manipulación e interpretación. En el país, ya comienza a abrirse la posibilidad de análisis y el debate sobre las causas y consecuencias de esta situación y sobre las problemáticas más amplias que se derivan de la reiterada ausencia de problemas y preguntas explícitas en la investigación arqueológica nacional.³

Otro elemento es necesario anotar: la investigación arqueológica regional no ha considerado sería ni sistemáticamente la información proporcionada por la etnografía, ignorando la posibilidad de tener mayores y mejores elementos de observación y análisis que permitan hacer inferencias sobre los patrones sociales y económicos antiguos, y que permitan repensar y cuestionar el valor hasta ahora atribuido a la cerámica⁴ o a otro tipo de elementos descontextualizados.

Y finalmente una cuestión específica para arqueólogos: es indispensable considerar que

la gran cantidad de fragmentos evidencian que muchos de ellos pueden corresponder a la misma unidad -vasija o instrumento-. Si este es el caso, cuántos de ellos deben ser “rescatados” y cuántos ingresar a las colecciones de referencia? -y por ende considerarse como patrimonio-. En los términos de la reflexión que se propone en este texto, una pregunta basta para ilustrar este problema: ¿en cuantos fragmentos puede romperse una cosa? y ¿cuál es el dato que interesa: el fragmento o la unidad?.

Perspectivas de investigación

Cambiar las preguntas, es sin duda un primer ejercicio que permite tener otros puntos de vista y por ende nuevas y múltiples lecturas de cosas ya conocidas o por conocer. Qué pasaría si un día se acepta la hipótesis de que lo que se ha denominado “marrón inciso” corresponde a elementos producidos en un único lugar específico, que por su factura y calidad es comprado o intercambiado por muchas personas o sociedades, lejanas y distintas entre sí?. Por supuesto, lo primero debería ser definir de qué hablo cuando digo “cerámica marrón incisa”, para luego revisar cuánta hay y dónde se encuentra y cuáles son sus contextos, lo que a su vez, “naturalmente”, permitiría proponer otra serie de preguntas que guíen la búsqueda de respuestas a temas sobre los cuales no hay suficiente claridad e incluso que permitan demostrar cómo la hipótesis no está correctamente formulada o.... Dado que por esta vía de reflexión es difícil proponer una línea de prioridades, en los párrafos siguientes me limitaré a hacer el ejercicio de pensar cómo algunos temas y modelos de estudio podrían ser aplicados a las problemáticas específicas ya detectadas en la región.

Una de las líneas de investigación que sin duda ofrece mayores posibilidades, es la de

³ Véase el libro *Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas*, recientemente editado por Mora y Flores, con el auspicio de Colciencias.

⁴ En Colombia ya se han realizado trabajos que apuntan en esa dirección, entre los más conocidos están: Osborn 1979, 1985; Vasco 1987, Urdaneta 1988, 1991; Cardalle 1981 etc.

pensar e indagar sobre la organización del trabajo alfarero y lo que ésta significa dentro del conjunto total de actividades de la sociedad que se pretende conocer. Allí, resulta especialmente interesante la posibilidad de cruzar los datos arqueológicos con aquellos que ofrece el registro etnográfico:

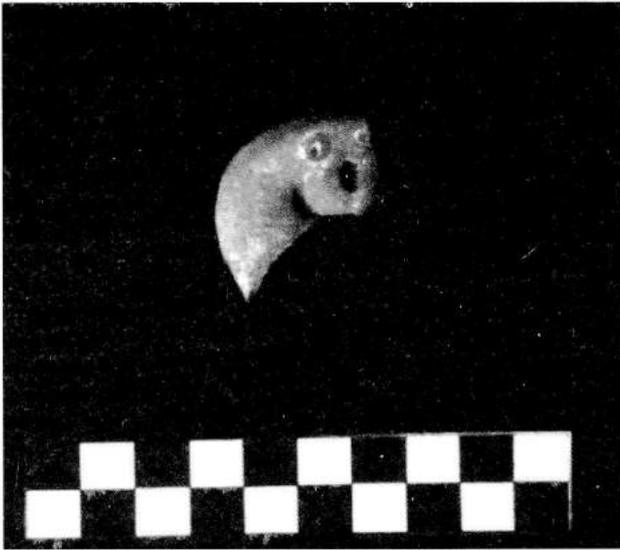


Foto 3. Lugar de procedencia, municipio de Momil (Córdoba)

“... En primer lugar es indudable que la reconstrucción social y económica de las sociedades antiguas, es innovadora, significativa e importante. Sin embargo esta no se puede lograr sin un entendimiento de la tecnología alfarera y de cómo esta tecnología se relaciona con estos patrones sociales y económicos. Estas relaciones sólo se pueden entender a partir del estudio etnoarqueológico de la cerámica de donde se pueden derivar una cantidad de principios uniformes (o teoría de alcance medio) que se aplican tanto para el presente como para el pasado.” (Arnold, 1994: 498).

Se presenta, asimismo, la posibilidad de investigar sobre los asuntos relativos a la producción alfarera y la importancia de esta producción dentro del conjunto social y económico al que ella se encuentra vinculada. Preguntas sobre si se trata de producciones para satisfacer necesidades familiares, locales o regionales, pueden comenzar a ser respondidas a partir del detallado análisis de las correlaciones estratigráficas y de los cambios tecnológicos, observables en la cerámica. Durante el proceso de organización de las colecciones de referencia, observamos que si bien algunos motivos decorativos (iconográficos?) son los mismos en áreas geográficas distantes y sobre pastas completamente distintas entre sí, es posible distinguir claras diferencias en la manera cómo éstos fueron elaborados.

Para el departamento de Antioquia, hasta donde se pudo observar, es posible postular que las arcillas usadas fueron las arcillas existentes en las distintas localidades, de lo que resulta la gran variedad de colores y texturas observables en los materiales que ingresaron a las colecciones de referencia. Aunque en la región, es recurrente la mención y análisis sobre los “desgrasantes”, es de señalar la enorme dificultad que representa diferenciar los elementos agregados utilizados como antiplásticos, de los elementos naturalmente constitutivos de las arcillas utilizadas. Ya ha sido señalado cómo la mayoría de las veces, la pasta observada por el arqueólogo, es el producto de una mayor o menor preocupación por el colado o limpieza de la arcilla, cuidado que dependería a su vez, en gran medida, de la utilización que le quisieron dar a la pieza:

“De esta manera la conducta de los alfareros preindustriales en la preparación de la pasta no se ajusta exactamente a las definiciones invariables de “arcilla” y “atemperante”

como “plásticos” o “aplásticos” agregados respectivamente. Por el contrario los alfareros están interesados en modificar la pasta de tal manera que estos puedan realizar con éxito vasijas con el uso de ésta. Así la pasta es el resultado de la adaptación dinámica del alfarero al seleccionar, mezclar y modificar materias primas usando una determinada tecnología para producir formas específicas.” (Arnold, 1994: 482).

Pero, aunque cabe la posibilidad de no poder identificar la conducta de los alfareros en el tratamiento de la pasta, si es posible relacionar los patrones mineralógicos y químicos de una pasta antigua, con áreas geográficas o con producciones cerámicas específicas:

“... el reconocimiento geológico de la zona de donde se sospecha el origen y la confrontación con los materiales identificados permite, a menudo asegurar uno u otro origen. De todas maneras esa identificación, a veces, no se puede realizar si los aditivos desgrasantes son demasiado comunes en todas partes, como la arena de cuarzo, por ejemplo y, por lo tanto no son caracterizadores de una zona geológica concreta -casos para los que se puede recurrir a análisis granulométricos (M.S. tite, 1975, p. 228)-. Tampoco es útil esta técnica cuando se trata de cerámica de textura muy depurada, en la cual la presencia de dichos minerales y fragmentos de roca es casi nula, o su tamaño es tan reducido que no permite un reconocimiento claro de las características de los materiales petrológicos que se llevan a identificar. El otro método -que resuelve a su vez

estos inconvenientes del análisis petrológico- es el análisis químico....

... lo que se pretende conseguir con el análisis químico, y mediante el establecimiento de patrones de concentración de los elementos componentes de las pastas cerámicas -mayoritario, minoritario o traza según la proporción que presente-, es la posibilidad de agrupar cerámicas hechas con arcillas de una misma fuente, no necesariamente conocida, y así en vez de caracterizar las fuentes de la materia prima, se caracterizan los productos”. (Kirchner, 1988: 105-106).

Y... ¿dónde se realizaban las producciones cerámicas? y ¿de manera centralizada o individual? ¿cuál es el nivel de dispersión que alcanzaron los productos particularmente bien facturados?....

Y desde la cocina... por ejemplo

Si bien pudiera parecer más clara la pertinencia de plantear preguntas tales como: ¿cuál fue la importancia económica, social, religiosa o política que tuvieron las producciones cerámicas? o, ¿cómo es que ellas efectivamente reflejan los procesos sociales que permiten a los arqueólogos asumir que su presencia o ausencia refleja cambios en la estructura social o, más aún, cómo es que ellas son el indicador por excelencia de sus rasgos de identidad?, resultaría de interés plantear preguntas como: ¿es posible acercarse al funcionamiento de las cocinas a partir de las vajillas?, ¿al tipo de alimentos consumidos?, ¿a prácticas de cortesía o si se quiere de buenas maneras?.

Una detenida exploración sobre las formas de las vasijas podría abrirnos el camino hacia

el conocimiento de usos y practicas no necesariamente relacionadas con el manejo de los alimentos. Para Antioquia, apenas si se ha reseñado el uso de vasijas para uso doméstico y funerario; sin embargo aunque existe alguna claridad sobre el uso funerario cuando se refiere a tumbas o entierros, lo doméstico se encuentra vagamente definido por oposición a lo que no está contenido en las tumbas ni asociado a entierros, y se ha asumido como obvia la función y utilidad de las “vasijas” sin haberse planteado ninguna pregunta acerca de sus formas, usos y funciones específicos.⁵



Foto 4. Lugar de procedencia: municipio de Liborina (Antioquia)

En el conjunto de informes analizado para el departamento de Antioquia, la identificación de las formas de la cerámica utilizada para usos relacionados con actividades culinarias o “loza” es restringido. Las labores de inventario, selección y marcación de los materiales, contenidos en las colecciones de referencia del Museo Universitario, permitieron realizar observaciones que pudieran constituirse en hipótesis susceptibles de ser verificadas en el futuro; al analizar algunos conjuntos de los

vestigios cerámicos da la impresión de que pertenecen a sociedades en la cuales no se cocinaban los alimentos, o que muy poco de esto se hacía en recipientes cerámicos.

Así, es notoria la casi inexistencia de recipientes que revelen huellas de hollín o costras que permita inferir que los recipientes fueron utilizados para la cocción de alimentos.⁶ Una atenta observación, permite señalar que el mayor porcentaje de vasijas consiste en recipientes con muy poca profundidad, tales como cuencos, tazas y platos de muy diversos tamaños, los cuales en muy pocos casos, revelan huellas de haber sido colocados sobre el fuego, ni siquiera los más grandes, y ni siquiera los relativamente comunes “sartenes”, o recipientes pandos con asas alargadas que podría pensarse se hicieron para tostar hojas o semillas.

Además de este comparativamente reducido número de recipientes, suficientemente grandes y hondos aptos para la cocción de alimentos - incluso en el seno de familiares nucleares-, la observación de ellos no permite diferenciar entre las urnas funerarias y las “ollas”. La presencia de hollín en una vasija utilizada como urna funeraria no necesariamente puede significar que ella fue utilizada para cocinar alimentos, muy bien estos recipientes pudieron haberse expuesto al fuego dentro de contextos rituales, máxime si se recuerda que es normal, encontrar referencia a cenizas y huesos calcinados. La revisión de los reportes sobre los contenidos de las urnas podría ser de utilidad para aclarar este asunto, ... entonces ¿se asaba?, se ahumaba? ¿Se cocinaba al vapor, se enterraban los alimentos bajo el fogón? o simplemente se comía crudo?.

Al respecto, sería de interés explorar la posibilidad de la continuación de la temprana tradición registrada por Oyuela 1995, al norte

⁵ Es notoria la ausencia de análisis sobre el total de los ajuares funerarios y sobre recipientes como las alcarrazas, o de elementos que por su forma o tamaño podría pensarse que son juguetes.

⁶ En un primer momento esta ausencia de huellas de uso se pensó como consecuencia del lavado y limpieza de los fragmentos, lo que hizo que se concentrara la observación sobre los fragmentos no lavados, la cual reveló que efectivamente muy pocos recipientes presentan costras de hollín o ahumados diferentes a los que se producen al momento de su cocción.

del Departamento, en donde encontró evidencias de cerámica no asociable a la cocción de alimentos y otras que señalan que su cocción pudo haberse realizado, utilizando piedras calientes en vasijas de origen vegetal y animal (Oyuela, 1995, p. 141-142). Y, sin ir más lejos, existen tradiciones más cercanas, la de los emberá por ejemplo, quienes aún hoy no tienen ningún problema en usar como utensilios de cocina básicos, una “olla” grande para tostar el maíz, y una más pequeña en que se mantiene la madre de la chicha; en lo fundamental, el resto de su comida se asa y se ahuma (Vasco 1987). Una perspectiva evolucionista podría llevar a considerar que ello sólo se da en grupos poco complejos o de cazadores recolectores o de agricultura incipiente, -para lo cual además se sabe que aún usan permanente artefactos de piedra-pero..., si miramos una sociedad como la China, -a la que nadie le discute su nivel de complejidad- observaremos que en sus cocinas y comedores se desarrollan las más ricas y variadas prácticas culinarias y que sin embargo, el registro actual y arqueológico de los recipientes relacionados con ellas, apenas tomaría un párrafo y prácticamente todas las formas, estarían en la categoría de cuencos: el “wok” relativamente grande, utilizado para poner al fuego y cocinar (directamente o al vapor) o freír, cuencos medianos para llevar los alimentos a la mesa y cuencos pequeños o tazones para los distintos comensales; de igual manera, en las actividades culinarias cotidianas en muchos lugares del campo chino, estos utensilios no se usan, pues de requerirlo, sus principales alimentos se cocinan envueltos en hojas, enterrados bajo el fuego, sin que ello les impida mantener la totalidad de sus prácticas y creencias relacionadas con la comida y el buen vivir.

Y una última pregunta: ¿un detenido análisis sobre las prácticas y los contextos relacionadas

con el té y las teteras, mostraría que es posible establecer conclusiones similares para el campo chino, los palacios imperiales japoneses y las cocinas rusas?.

La cerámica y el tiempo

Con una perspectiva completamente distinta recientes investigaciones comienzan a señalar problemáticas de enorme interés para el acercamiento a los procesos de poblamiento e incluso de la producción cerámica en Antioquia. El trabajo de Obregón, Agudelo y Hernández (1998 y 1999), realizado en el Suroeste antioqueño, además de confirmar la temprana aparición de cerámica en el departamento, contemporánea incluso a las más antiguas datadas en el país (Oyuela, 1995), confirmaría una de las ideas básicas, aunque desafortunadamente tácita, relacionada con los “portadores del marrón inciso”, al señalar la persistencia de lo que podríamos denominar tradiciones en la elaboración cerámica a lo largo de más de 2.500 años:

... el análisis comparado de la cerámica, ha permitido identificar una amplia red de relaciones entre la cuenca media del río Santa Rita, y el resto de la cuenca del río San Juan y otros sectores del centro de Antioquia; evidenciada en las similitudes de la cerámica del sistema alfarero Santa Rita siglo XXII a.C. a siglo VIII d.C., y los desarrollos alfareros definidos para el centro y suroeste de Antioquia bajo los apelativos de “marrón inciso”, “tricolor”, “rojo inciso” y “La Sorga” cronológicamente ubicados en los seis primeros siglos de nuestra era. No obstante las dataciones aportadas por esta investigación generan una serie de inquietudes sobre la profundidad temporal de estos desarrollos alfareros

“tempranos” puesto que su límite inferior se desplaza del siglo I d.C. hasta el siglo XXII a.C. (Obregón et al, 1998: 99).

Aunque naturalmente, esta aparente ausencia de “cambios” debe ser verificada y corroborada, la sola posibilidad de este hecho genera polémicas y problemáticas en relación con aspectos de muy distinto orden: en primer lugar sería necesario revisar las categorías de análisis y quizás proponer otras variables que pongan a prueba las ya utilizadas, se trataría en últimas de plantearse la clásica pregunta: ¿cómo medir el cambio?; así mismo surgen preguntas sobre el tipo de factores sociales, culturales e incluso económicos que pudieron posibilitar tan larga persistencia en el tiempo, de tradiciones que en otras sociedades y latitudes registran enormes y permanentes cambios.

Sería indispensable, además, definir con claridad si esta ausencia de cambios en la cerámica puede ser atribuible, o se atribuye, a comportamientos y procesos relacionados con otras esferas del conjunto total de la cultura. Se abre así también la posibilidad de discutir e incorporar en el discurso arqueológico regional cuestiones de índole teórica, explicativa y metodológica hasta el momento no consideradas.

Otro filón de investigación de gran interés es el de la enorme dispersión de las producciones cerámicas, que pareciera reflejar la presencia de rasgos estilísticos similares e incluso idénticos en espacios geográficos lejanos y extremadamente diversos; es notable que aunque los reportes establecen esta dispersión todavía no se ha trabajado en el conocimiento de la significación y vías de tal dispersión:

“La existencia de relaciones entre el valle medio del Magdalena y los grupos asentados en las montañas de la

Cordillera Central durante el último milenio antes de Cristo y el primero después de Cristo también han sido sugerida por las características del denominado complejo cerámico Ferrería (Castillo, 1993), el cual representa un periodo temprano en la arqueología del macizo central antioqueño y cuyas evidencias parecen distribuirse también por las vertientes cordilleranas hacia el Magdalena (Cf. Mejía y Montoya, 1994). Por épocas quizás un poco más tardías, se tiene el hallazgo de enterramientos con orfebrería quimbaya clásico en La Miel (Castaño, 1987) y Puerto Nare (Boletín del Museo del Oro, 1988), significan la existencia de relaciones más amplias que inclusive se extenderían hasta el valle medio del río Cauca”, (Piazzini, 1995: 9).

En este orden de ideas la propuesta conceptual y metodológica de Shortman, (1989), en el sentido de ahondar en las investigaciones arqueológicas desde una perspectiva de interacción intraregional basados en la identificación de identidades sociales y entidades predominantes, posibles de rastrear a partir de los patrones observados de restos materiales de alta visibilidad, puede ser explorada y verificada en la región.⁷

La existencia de una amplia red de caminos, establece sin duda la posibilidad de pensar en un muy alto nivel de interacción social. Estas relaciones bien pudieron darse entre los miembros e instituciones de una misma sociedad con una amplia extensión territorial, la sociedad constructora de las obras en piedra en periodos tempranos, o entre sociedades disímiles e incluso enemigas tal y como lo registran los españoles en el momento de su llegada. La cerámica marrón e incisa, que se

⁷ Desde otra perspectiva, y con implicaciones metodológicas distintas, este autor ya ha sido mencionado en la región por Acevedo et al, 1995 y Santos, 1998.

caracteriza además por una factura cuya calidad y belleza la diferencian completamente de las demás producciones cerámicas, muy bien pudo constituirse en un bien de consumo muy extendido, lo cual no necesariamente implicó filiación cultural o económica entre sus usuarios. Esta idea está formulada tomando en cuenta el hecho de que la cantidad de vasijas típicamente “marrón inciso” -efectivamente marrón y efectivamente incisas, con superficies engobadas pulidas y brillantes- halladas en los contextos arqueológicos registrados en las colecciones de referencia, está siempre representada por un número significativamente menor con respecto a los demás conjuntos cerámicos.

Una pregunta concomitante a esta observación sería la de si el acceso a estos bienes estuvo restringido a un particular grupo social, o si este tráfico se realizó para satisfacer necesidades específicas que pudieran ser de índole ritual o de prestigio, al que se tendría un acceso no particularmente restringido. Sin duda el análisis detallado de los contextos de deposición pudiera dar las claves para la respuesta a este tipo de preguntas.

Las preguntas y las tareas que de ellas se derivan pueden multiplicarse al infinito y afectarán no sólo la posibilidad de establecer finalmente una más clara y sólida relación con el pasado, sino con nuestro presente y futuro. Pensar el patrimonio como el legado que una generación deja a sus sucesores para que la vida continúe, adquiere una profundidad que es indispensable percibir y asumir, si de lo que se trata es de contribuir con nuestro trabajo a la construcción y conservación de ese legado.

“... Este continente aparece bien pronto ante aquel que ausculta sus entrañas como el reflejo de una visión

metafísica: una realidad fenomenal, brumosa y discontinua, que oculta un luminoso universo subterráneo; una unidad que se manifiesta a través de innumerables señales, cuyo secreto el arqueólogo debe aprender a descifrar, cueste lo que cueste” (Séjourné, 1981)



Foto 5. Lugar de procedencia: municipio de Venecia (Antioquia).

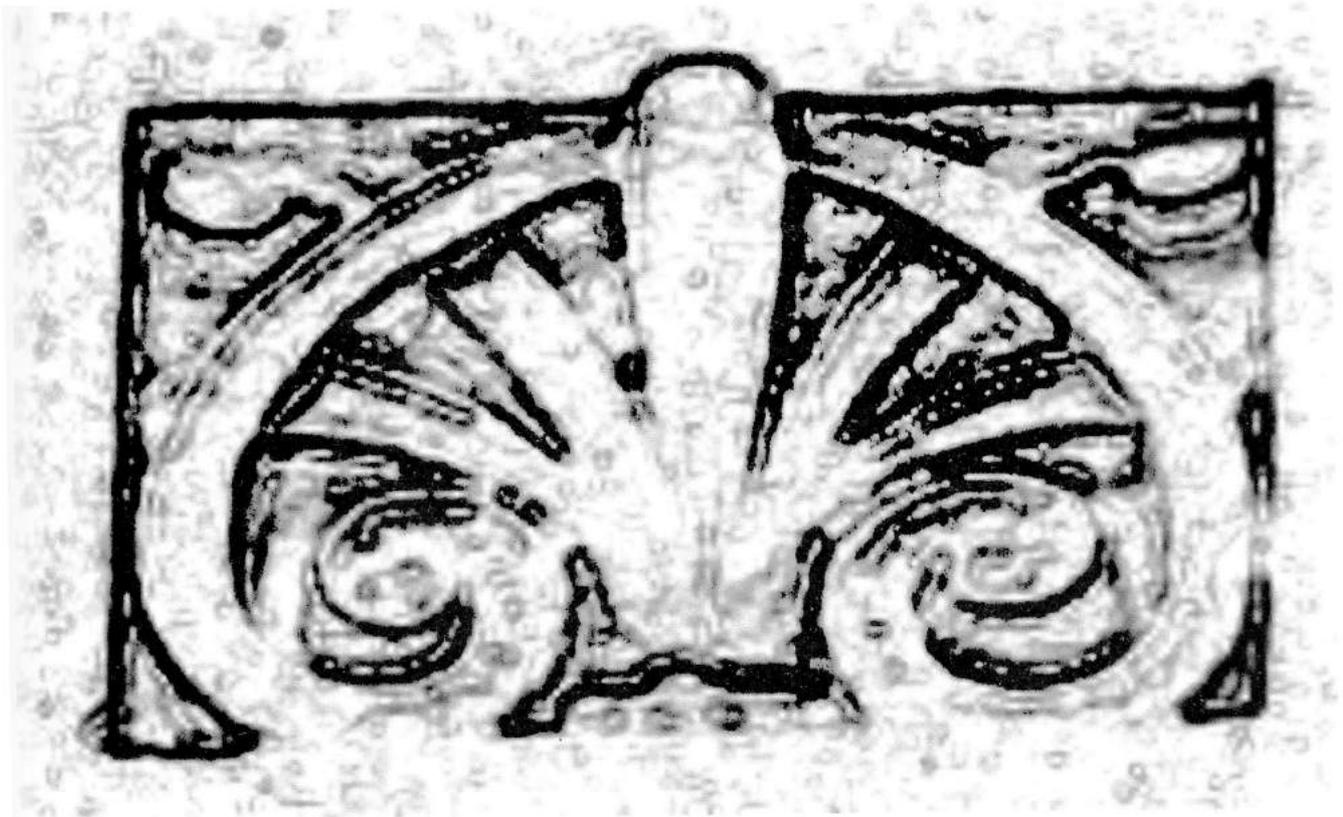
Bibliografía

Acevedo, Jorge; Botero, Silvia y Piazzini Emilio. “Bosquejo de atlas arqueológico de Antioquia”. Secretaria Departamental de Educación y Cultura, Instituto de Estudios Regionales Universidad de Antioquia. 160 p. y 16 mapas en anexo aparte.

Arnold, Dean. “Tecnología cerámica andina: Una perspectiva etnoarqueológica”. En: Tecnología y organización de la producción cerámica prehispánica en los Andes. Editado por Izumi Shimada. Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial 1994.

Botero, Sofía y Vélez, Norberto. 1995. “Algunas consideraciones sobre el registro cerámico arqueológico en Antioquia”. En: Boletín de Antropología Universidad de Antioquia. Volumen 9 No 25. Medellín p. 100 - 118.

- Botero, Sofía. 1999. "Catalogo colecciones de referencia arqueológica" Museo Universitario, Universidad de Antioquia. Medellín.
- Bruhns, Karen. "Stylistic affinities between the Quimbayas gold style and a little known ceramic style in the middle Cauca valley, Colombia" En: Naupa Pacha 7-8 Berkeley, California.
- Cardalle, Marianne. "Las Salinas de Zipaquirá. Su Explotación Indígena" Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá, 1981.
- Correa Inés. "Arqueología de rescate sí ... pero no. A propósito de un debate en arqueología". En: Boletín de Antropología, Universidad de Antioquia, volumen 11 No 27. 1997. Pp. 168 - 186.
- Dunnell Robert. "Prehistoria Moderna". Editorial Istmo, Madrid. 1977.
- Gómez, Liliana; Espinal, Carolina. "Aproximación al estudio de las producciones cerámicas regionales en el departamento de Antioquia". Medellín, 2000. 250 p. Trabajo de Grado (Antropóloga): Universidad de Antioquia. Departamento de Antropología.
- Kirchner Helena. "Las técnicas y los conjuntos documentales. La cerámica". En: Arqueología medieval en las afueras del "medievalismo" Editado por Miquel Barceló. Editorial Crítica, Barcelona. 1988. Pp. 88 - 133.
- Mora Santiago y Franz Flórez, (Editores). "Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas". Colciencias, Santafé de Bogotá. 1997.
- Llorenç Prats. "Antropología y patrimonio". Editorial Ariel S. A. Barcelona, 1997.
- Obregón Mauricio. "De los tuestos a los textos. Elementos para un análisis al respecto de las categorías clasificatorias de la cerámica arqueológica en Antioquia". En: Boletín de Antropología Universidad de Antioquia. Volumen 13 No 30. Medellín. 1999. Pp. 166 - 178.
- Obregón, Mauricio, Agudelo Alejandra, y Hernández Marco. "Acercamiento arqueológico a sitios prehispánicos alrededor de una fuente salina. Corregimiento Santa Rita, municipio de Andes". Informe final, presentado como Monografía de Grado. Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia. 1998.
- Oyuela Augusto. "Rocks versus clay. The evolution of pottery technology in the case of San Jacinto 1, Colombia. En: The emergence of pottery. Technology and innovation in ancient societies. Smithsonian Institution Press. Washington and London. 1995. Pp. 133 - 144.
- Osborn, Ann. "La cerámica de los tunebos". Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá, 1979.
- . "El vuelo de las tijeretas". Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá, 1985.
- Piazzini, Carlo Emilio. "Proyecto Planta Térmica Turbogás Centro. Prospección arqueológica, informe final. Isagen ESP, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas Universidad de Antioquia. 1995, 27 páginas más anexos.
- Rice Prudence. "Recent ceramic analysis: 2. Composition, production and theory". En: Journal of archaeological research, Vol.4, No 3. New York. 1996. Pp. 165 - 201.
- Séjourné, Laurette. "America Latina I. Antiguas culturas precolombinas." Introducción. Siglo XXI, editores, Mexico p. 1981.
- Shortman Edward "Interregional interaction in prehistory: the need for a new perspective". En: American Antiquity No 54. 1989. P. 52-65.
- Urdaneta Martha. "Investigaciones arqueológicas en el resguardo de Guambía". En: Boletín del Museo del Oro Banco de la República, No 22, 1988. Bogotá. pp. 55 - 81.
- . "Huellas de Pishau en el resguardo de Guambía. Ensayando caminos para su estudio". En: Boletín del Museo del Oro No 31, 1991. Banco de la República. Bogotá. pp 2 - 29.
- Vasco, Luis Guillermo. "Semejantes a los dioses. Cerámica y cestería emberá-chamí. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1987.



Detalles de un torreón del Palacio de Correos y Telégrafos. Fotografía de Luis Fernando González E. 1994.

Detalle de un capitel y arcada interior
del Palacio Episcopal de Quibdó.
1996.
Fotografía Luis Fernando González E.



Enfermedad-Salud y Muerte en la Modernidad

María Andrea Rojas . Matías Kitever . Alberto Castrillón

No deberían la patología y la biología tomar en cuenta la vida misma, su combate, su creatividad, su insubordinación original ?¿Se la puede encasillar, como si el individuo estuviera entonces limitado a presentar o a exhibir una esencia, sea la de su especie (biología) o la de su alteración(patología)?”¹

1. Cuerpos, comunicación y saberes:

El estudio de la materialidad del cuerpo parecía responder al declive de la cultura humanista: el cuerpo y sus inmediatos deseos; el cuerpo, entre la vida y la muerte. Pero en la modernidad, ese cambio en el que el cuerpo emerge en su materialidad ha posibilitado el surgimiento de nuevas disposiciones fundamentales de saber y de nuevos dispositivos de poder. Así como el hombre es una invención reciente de las ciencias humanas, el cuerpo en su materialidad y en sus emociones es una invención de la bio-

¹ DAGOGNET, François. **Una epistemología regional con posibilidades de expansión.** In Science in Context 9, 1, 1996. p.5-14 Traducido del inglés por Mariluz Toro Toro y Jorge Márquez Valderrama.

medicina, de la psicología y del psicoanálisis. En vez de reificar esa presencia incesante del hombre y sus cuerpos, se tratará más bien de provocar su finitud para hacer estallar esos dispositivos de saber que lo han construido y que se ocupan de él. Límites recíprocos del hombre y sus cuerpos para producir un pensamiento que no busque ordenar, que no vaya tras la unidad de lo que nos compone. Si no se trata de ordenar lo real ¿cómo producir un pensamiento que piense de otra manera acerca, no de lo que somos, sino de nuestros diferentes devenires? Devenires cuerpos que son producto de relaciones con una exterioridad múltiple, es decir, técnico-espacial, político-sensorial-cibernética.

Para hacer una historia del cuerpo que haga visible las condiciones en que el cuerpo emerge como problema en la modernidad vamos a considerar entonces que la pregunta sobre el cuerpo no puede prescindir del estudio de las relaciones que los sujetos establecen con la exterioridad. Entre esas relaciones, las de conocimiento, no suponen una sustancia fija y estable sino que implican siempre un observador móvil, no un yo trascendental, ni un cuerpo-sustancia sino la desagregación del sujeto natural y también del objeto natural y sus relaciones. El conocimiento es pues comunicación. La comunicación orienta las estrategias de producción y no a la inversa. Las ciencias son sistemas relacionales. También los organismos son menos un conjunto de elementos que un conjunto de relaciones y de combinaciones. Esas combinaciones y recombinaciones producen un efecto de resistencia a la posible homogenización que en el caso del código genético produciría el aumento gradual de entropía. Relaciones, información pero también ruido. Todo conocimiento está limitado por la información que no tenemos. No se trata de sujeto y objeto separados sino de informaciones, mensajes,

interferencias y el ruido de fondo. La limitación del poder de conocer limita nuestras posibilidades de intervención. Además, la ciencia de hoy nos enseña que es el orden mismo el gran destructor: toda actividad constructiva neguentrópica provoca un crecimiento de entropía como sucede con la contaminación. El conocimiento descubre así sus límites y nos muestra las consecuencias graves de nuestros actos. La ciencia descubre nuestra propia finitud, fin de la energía de la cual disponemos, fin de la razón progresista, fin del cuerpo como modelo de productividad.

Si bien el conocimiento es comunicación, la exigencia de especialización permite la invasión por metástasis de lo irracional en la ciencia a través del aislamiento que supone y produce. Ese irracional es ausencia de comunicación y fuente de guerra. El desafío consiste en volver a darle ese lugar a la comunicación y a la pluralidad de los saberes y al polimorfismo de sus objetos y de sus prácticas, objetos que devienen sujetos o anular las distancias...

Por esto vamos a dilucidar el problema de la "búsqueda del hombre" en las ciencias humanas en la medida en que involucra en la modernidad un supuesto punto de partida "natural" de una historia de los cuerpos y de sus relaciones. Las ciencias humanas construyen como objeto de estudio un hombre cuya existencia se define porque vive, produce y habla. Ese objeto y el sentido de esa existencia así configurada no aparecieron antes del surgimiento de las ciencias humanas, no preexistían a su proyecto, ni esperaban su aprehensión discursiva sino que coincide con su invención al comienzo del siglo XIX. Las ciencias humanas tratan como objeto aquello mismo que es su condición de posibilidad y analizan al hombre y a su cuerpo en tanto que de la vida, de la producción y del lenguaje elaboran representaciones. Es a partir de esas

representaciones que es posible interrogarse sobre la esencia de la vida, del trabajo y del lenguaje y conocer lo que determina la positividad del modo de ser del hombre y de su corporalidad. Sin embargo, la constitución de ese objeto-hombre y de esas representaciones es posible por un conjunto de normas a partir de las cuales los hombres realizan los comportamientos sociales y por unas reglas y unos sistemas que ordenan y producen significación. Para explicar las condiciones que hacen posible los acontecimientos que estudia, las ciencias humanas no pueden dejar de tener en cuenta que la vida está sujeta a normas, a reglas, a sistemas normativos. Es decir, las normas que producen comportamientos no pueden ser tratadas como hechos y las regulaciones jurídicas como regularidades observadas. De ahí la pertinencia del estudio de las relaciones enfermedad-salud y muerte.

A partir de esto haremos visibles no sólo las condiciones de posibilidad de un conocimiento que se da al hombre como objeto sino sobre todo la manera cómo las ciencias humanas tienen que ver también con ese dispositivo de poder moderno que busca principalmente el control de las poblaciones -el biopoder-, según el cual el hombre y su corporalidad no existen sino en masa, indisociable de su objetivación democrática. Según esta forma del biopoder que es contemporánea de la biomedicina, el hombre existe como fracción de la población y para estudiarlo sería necesario analizar la población a la que pertenece. Un hombre es una fracción o una probabilidad de una población. Los procedimientos positivos y los cálculos estadísticos buscan, partiendo de lo que ya se conoce, determinar lo no conocido y lo que el método juzga que se puede conocer. Esta pretensión de verdad y de legitimidad de las ciencias humanas tiene que ver también con el concepto de positividad y con el concepto de objetividad que utilizan. Con respecto a las

condiciones de objetividad podemos mostrar que la objetividad científica está en relación con la historicidad de cada saber y no puede ser determinada a priori. La objetividad se produce en un dominio científico dado, definido por sus condiciones efectivas. Los discursos científicos tienen una historicidad que los constituye como ciencia. Las condiciones de objetividad de las ciencias son inseparablemente teóricas y experimentales. Decir que una ciencia tiene historia es decir que en ella se producen ciertos cambios en sus condiciones de objetividad. Las condiciones de objetividad se constituyen cuando hay un acuerdo entre un sistema de conceptos en relación con una experiencia instituida y es así como un concepto está en relación con todo el sistema en el cual los conceptos se interceptan, se encuentran y se dan recíprocamente sentido. Lo que queremos decir es que no existen condiciones de objetividad generales pues ellas están en relación con las acumulaciones de saber de cada saber. Las ciencias humanas no pueden construir su positividad con base en unas condiciones de objetividad generales porque estas no son posibles. La especificidad propia de las condiciones de objetividad tiene que ver con la actividad inseparablemente teórica y experimental que producen los conceptos en las ciencias. No cabe seguir pensando las ciencias humanas en términos limpiamente objetivos con referencia a una exterioridad sin fisuras, sino que hay que asumirlas en lo que ellas tienen de construcción y de producto de nuestra relación con la verdad. El estudio de las relaciones de nosotros mismos con la verdad permite escapar a esa sobredeterminación estadístico-positiva y a esa pretensión de objetividad que hemos evocado, a esa búsqueda de veracidad histórica con referencia únicamente a lo social como campo autónomo; posibilita más bien la producción de líneas de individualización donde se trata precisamente

producirse independientemente de esa objetivación que, en las ciencias humanas, termina construyendo una subjetividad especular que devuelve una imagen única e identitaria en la cual se debe reconocer el hombre-sujeto y el hombre-objeto. Ni como sujetos ni como objetos los hombres son un elemento de lo dado anclados en una subjetividad y en una identificación metafísica del yo pienso con el yo soy. El sujeto emerge según unas prácticas, atravesado y movido por devenires. La verdad no existe antes de la práctica por ser esta el producto de determinadas prácticas que la objetivan. Las cosas tampoco le son dadas al sujeto con antelación es decir no existe un sentido implícito en ellas. Ni la cosa en sí ni el yo. Se trata entonces de abordar el tríptico enfermedad-salud-muerte y promover el análisis y la crítica de subjetividades distintas y diferenciadas, proponiendo entonces un nomadismo de pensamiento en el cual los saberes se abren al cruce problemático e inédito con otros saberes. El mapa del conocimiento aquí esbozado se construye a partir de interferencias entre voluntad de experimentación y devenires-sujeto, en una cartografía que va apareciendo al ritmo de su propia construcción.

Con respecto a la experiencia de comprensión histórica y de producción de pensamiento histórico, se trata aquí de entender la historicidad no como una forma dada por una cierta dirección del tiempo, por una comprensión del espacio como espacio temporalizado o por una visualización de las relaciones de poder siempre en términos verticales. En vez de eso, hemos recurrido al análisis del devenir sentido del espacio, del cuerpo mismo como espacio que deviene sentido, al estudio de las prácticas productoras de verdad y de su movilidad en temporalidades múltiples y a la visualización de relaciones de poder como poder-fuerza, poder-resistencia,

poder-ejercicio de poder dominante, poder-relativizador y poder-relacionador.

Recurrir a múltiples temporalidades como procesos específicos conectados con un problema -en este caso el estudio del funcionamiento de los biopoderes y del tríptico enfermedad-salud y muerte en la modernidad-, vinculados a un diagnóstico del presente como condición de posibilidad para rastrear dicho problema en el pasado, significa poner en entredicho el tiempo progresista de la modernidad y su telos integrador. La movilidad lineal del tiempo histórico en la modernidad ha fabricado determinaciones trascendentales según las cuales todo acontecimiento tiene un principio y un fin. El principio, en relación con el acontecimiento, tendría que ver con un pasado confinado en el tiempo remoto del origen y en un tiempo pasado como absoluto pasado. La multiplicidad lo es sobre todo de recorridos particulares que disuelven esas determinaciones del tiempo histórico en beneficio de la construcción de unas imágenes en las cuales el tiempo se mueve a medida que las visibilidades con respecto a un problema llegan a ser enunciables.

El devenir sentido del espacio hace referencia a un espacio como dispositivo que puede generar múltiples temporalidades. Así como el tiempo no supone una secuencialidad previa -una secuencialidad cronológica en tanto sucesión lógica- tampoco el espacio es sustancia ni esencia, el espacio es también posibles lecturas, es decir, es devenir sentido, porque el sentido no está allí inscrito definitivamente. Tanto el espacio como el tiempo son construcciones que dependen del juego de relaciones que las hacen visibles y enunciables. No se trata de un espacio optimizado, geometrizado, ordenado y acumulativo ni del espacio de la razón universal que se constituye antes de los recorridos, sino

más bien de topologías diversas que no tienen ni orden ni medida previas.

Como vemos no se trata aquí de utilizar las ciencias humanas como instrumento de análisis de una razón biomédica progresiva, porque ellas están ancladas en el mismo dispositivo de poder que busca regular la población a través de mecanismos que anclan al individuo en la identidad y en lo social, sino del análisis de la constitución de materialidades, discursos y relaciones de fuerza y de poder interactuando. Y, se trata no del estudio de un sujeto como voluntad fundadora sino de un sujeto que aparece a medida que se construye, que no es forma ni sustancia sino más bien “relaciones de movimiento y de reposo, de velocidad y de lentitud, las más próximas a lo que se está deviniendo, y gracias a las cuales se deviene. En ese sentido, el devenir es el proceso del deseo”².

Se trata entonces de pensar antes que en una afluencia de lo social en lo material, en una corriente de doble sentido, cuyo impulso profundo es lo material. En otras palabras, para entender el funcionamiento, las relaciones y las transformaciones a las que estaría sujeto el cuerpo hay que entender los mecanismos por los que el hombre se inserta en una lógica de lo viviente y produce un campo social en el que simultáneamente éste es producido. Por eso el sesgo de análisis histórico aquí propuesto involucra, ora el estudio de la producción de verdad que se descubre en las prácticas y es en ese sentido que la enfermedad no es un objeto natural sino que llega a ser una verdad producida por la medicina, ora el análisis de nuestras relaciones con la verdad y con los diversos campos de poder a través de los cuales nos constituimos en sujetos de conocimiento y en sujetos que actuamos sobre los demás, de ahí la presencia de la biomedicina en todos los momentos de la vida y las diferentes

relaciones que podemos establecer con el cuerpo médico, con el reconocimiento de nuestro cuerpo en relación con la alteridad.

2. medicina, poder y cuerpo:

En tanto que con la constitución de la biomedicina se trata de elaborar una ciencia de lo normal se estaría proponiendo una teoría general de la conducta y estableciendo una idea de hombre. Se trata aquí del surgimiento de una bioregulación y de un tipo de control que para funcionar hacen corresponder el orden biológico con el orden social, homogenizando no sólo cada cuerpo en tanto que organismo biológico sino también a cada individuo en tanto que pertenece a un orden social específico. Entonces, las desviaciones (enfermedades) se convierten en factores anormales que han de ser regulados y homogenizados por la biomedicina moderna que, basándose en una idea específica de hombre, lo inserta en un orden social según las necesidades establecidas por unos regímenes de poder que producirán sus regímenes de verdad. El poder biomédico se hace así cargo de la vida a partir de un despliegue de tácticas y una articulación de tecnologías específicas.

Así, el derecho político del siglo XIX que se proponía sustituir el viejo poder de soberanía - hacer morir o dejar vivir -, introduce una nueva forma de ejercer el poder que no anulará la anterior sino que la penetrará y la integrará, y dispone una nueva articulación en las tecnologías del poder. Tal derecho será el poder de hacer vivir y dejar morir. Será necesario seguir de cerca las transformaciones de los mecanismos, las técnicas y las tecnologías de poder. De un lado, tenemos en los siglos XVII y XVIII, la aparición de técnicas centradas especialmente en el cuerpo, el cuerpo individual. Estamos hablando de aquellos procedimientos a través de los cuales se va a procurar una economía y una racionalización

² DELEUZE, Gilles. GUATTARI, Félix. **Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia**. Pretextos. Valencia. 1988. p. 275.

de los cuerpos en el espacio: aparición de una mirada orgánica que ve sin ser vista y que disipa las multitudes haciendo del cuerpo-individuo, un cuerpo dócil, disciplinado. Ahora bien, para la segunda mitad del siglo XVIII se ve aparecer una tecnología no disciplinaria del poder. Esta tecnología no excluye la técnica disciplinaria del poder, sino que la incorpora, la integra, y a diferencia de la disciplina que penetra el cuerpo, ésta nueva técnica se aplica a la vida de los hombres, se apropia ya no del hombre cuerpo sino del hombre viviente (organismo). Nueva tecnología que se dirige también a la multiplicidad, pero no en la medida en que esta se resuelve en cuerpos como en el caso de las disciplinas, sino en tanto que constituye una masa global refiriéndose a procesos específicos de la vida como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad.

Tenemos pues una primera forma del poder que se efectúa siguiendo el modelo de la individualización y una segunda forma de poder que procede en el sentido de la masificación. Emerge entonces tras una anatomía política del cuerpo una biopolítica de la especie humana cuyos objetos de saber y objetivos de control eran en general los problemas de la natalidad, de la morbilidad y de la longevidad, entre otros.

De ahora en adelante esta tecnología de poder revisará aquellos procedimientos más o menos espontáneos o concertados del reconocimiento de los fenómenos y del control de estos, todo esto entorno a una política de crecimiento demográfico. Esta nueva mirada que instruye el espacio, un espacio pre-concebido, abordará un campo más amplio y a la vez más reducido. De allí, que a partir del siglo XVIII, ya no se trate de epidemias sino de enfermedades endémicas, manifestando así una preocupación por el estudio y la observación de la forma, la naturaleza, la extensión, la duración y la intensidad de las enfermedades que predominan

en una población. Estamos pues ante una nueva forma de relacionarse con la enfermedad ya no como la causa más frecuente de defunción, sino más bien como una nueva forma de espacialización en la que comienzan a ser estudiados factores permanentes que disminuyen las fuerzas y la capacidad laboral. Se trata de una nueva preocupación en términos económicos, la población como nuevo objeto de estudio, la enfermedad como fenómeno relativo a las poblaciones, la muerte como esa presencia sorda que se insinúa y penetra permanentemente la vida, la corroe y la debilita.

En este nuevo estudio del viviente, la vida, la enfermedad y la muerte constituyen ahora una trinidad técnica y conceptual. "En lugar de ser lo que había sido durante tanto tiempo, esta noche profunda en la cual se borra la vida, en la cual se confunde la enfermedad misma, está dotada en lo sucesivo, de este gran poder de iluminación que domina y saca a la luz a la vez el espacio del organismo y el tiempo de la enfermedad..."³

La muerte es la gran analista⁴. Bichat ha dado un carácter relativo al concepto de muerte, lo ha volatilizado y repartido en la vida bajo la forma de muertes particulares, muertes parciales, progresivas y tan lentas como para concluirse más allá de la muerte misma. La muerte es aquello a lo que se opone la vida y a lo que se expone, de esta manera la vida se inserta en un marco en el que la muerte era la única posibilidad de darle un valor positivo. Con Bichat, el conocimiento de la vida encuentra su origen en la destrucción de la vida, y en su extremo opuesto; la enfermedad y la vida dicen su verdad en la muerte. La vida se mira en el espejo de la muerte, la noche viva se disipa con la claridad de la muerte.

Un nuevo arte de observar, lógica para los sentidos. El nacimiento de la clínica constituye

³ FOUCAULT, Michel. **El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica**. Editorial Siglo XXI, Madrid, 1997. p.205.

⁴ Ibid. p.205-206

la emergencia de un saber en el que la mirada se amplía en su verdad propia y tendrá acceso a la verdad de las cosas. La integración del dominio hospitalario y pedagógico presenciaron el nacimiento de un dispositivo en el que convergen de manera particular las visibilidades y los enunciados, allí ver no es otra cosa que hablar y hablar es ver, estamos ante la presencia de un ser del lenguaje que se ha hecho transparente y del comienzo de una descripción exhaustiva. Una nueva disposición de las tecnologías de poder y una articulación estratégica de los mecanismos de control que permitirán regular, coordinar, hacer circular la información, normalizar el saber y trabajar por la medicalización de la población.

Ojo que habla. La descripción exhaustiva seguirá el ordenamiento de las manifestaciones y las secuencias inteligibles. Si el cuadro repartía lo visible en el interior de una configuración conceptual ya dada, esta nueva forma de correlación de lo visible y lo enunciable será la posibilidad de un ver y un saber que existen al mismo tiempo: se dice aquello de lo que se ve y se integra en el saber, es la subordinación de lo visible ante lo decible. Todo palidece ante el arte descriptivo de la medicina, esta hace hablar lo que todo el mundo ve sin verlo. Mirada que escucha y habla, en la clínica todo lo visible es enunciable y es visible precisamente porque es enunciable.

Reordenación sintáctica. El surgimiento de la biopolítica es posible de acuerdo a esta nueva articulación y a la emergencia de nuevos mecanismos instaurados por ella (previsiones, estimaciones estadísticas, medidas globales, pero también modificaciones ya no de acontecimientos particulares sino generales) que harán visible un nuevo cuerpo que ya no es aquel que tiene que vérselas solamente con las disciplinas, el individuo y su cuerpo, sino con un cuerpo múltiple: la población. La

biopolítica trabaja con la población como problema político y científico a la vez; como problema biológico y como problema de poder. Optimizar la vida, los procesos biológicos del hombre-especie y asegurar su disciplina y regulación. Esta es la transformación del poder que se ha gestionado y que ha desplegado sus efectos haciéndose cargo de la vida en un nuevo escenario: hacer vivir y dejar morir. En esta transformación de las tecnologías de poder, el poder no dominará la muerte, sino la mortalidad. La muerte será el momento en que el individuo escapa a este poder y se repliega para refugiarse en su parte más profunda.⁵

“Tenemos entonces dos series : la serie cuerpo-organismo-disciplina-instituciones y la serie población-procesos biológicos-mecanismos reguladores-estado”.⁶ Ubicados en niveles diferentes, estos mecanismos no se excluyen, se articulan y presentan el nuevo diagrama de poder a través del cual se hacen visibles y provocan la emergencia de las condiciones de posibilidad en las que el poder se hace cargo de la vida. Ahora bien, ¿Por qué la sexualidad llegó a ser en el siglo XIX un campo de importancia estratégica fundamental? La sexualidad estaría ubicada exactamente en el entrecruzamiento del cuerpo y la población. Por lo tanto dependería de la disciplina (organismo), pero también de la regulación (población) y, en la medida en que la sexualidad se encuentra en el origen de las enfermedades individuales y constituye el núcleo de la degeneración, representa el punto de articulación de lo disciplinario y lo regulador. En estas condiciones se comprende entonces cómo un saber técnico como la medicina (en conjunto medicina-higiene), establece una estrecha relación entre procesos biológicos y orgánicos (pueblo y cuerpo) y una técnica política de intervención con sus efectos específicos de poder. “La medicina emerge entonces como un poder-saber en donde el elemento que circulará de lo

⁵ FOUCAULT, Michel. "Del poder de la soberanía al poder sobre la vida" en **Genealogía del Racismo**. Editorial La Piqueta, Madrid, 1992. p.256.

⁶ Ibid. p.263

disciplinario a lo regulador, aplicado al cuerpo y a la población, permitiendo controlar y ordenar el cuerpo y los hechos aleatorios de una multiplicidad, será la norma"⁷. Estamos en presencia de un "biopoder", poder que tomó a su cargo el cuerpo y la vida.

Ahora bien, la sexualidad no es la simple extensión de un proceso biológico. Además, para que la sexualidad llegue a estar en ese punto de inflexión entre disciplina y población todo un recorrido histórico ha hecho posible no sólo su surgimiento en la modernidad sino además su relación con prácticas históricas tan antiguas como la confesión. Sexualidad y relación discontinua con el pecado, con la confesión⁸, con las tecnologías del yo griegas y su diferencia actual con la proliferación de discursos y su medicalización. La sexualidad hoy en día posibilita el funcionamiento de las políticas de identidad. El problema de la identidad depende ahora de la elección sexual. La elección sexual constituye la clave de la identidad y es así como las designaciones que se ocupan de lo sexual son además de categorías de conocimiento formas de anclaje de los sujetos en una identidad. Esto en la medida en que el principio político de la libertad individual basado en la responsabilidad jurídica y en los derechos civiles hace posible la elección personal sólo si el control jurídico actúa teniendo como referencia una norma que todos admitimos como válida y en ese caso es la validez de la norma la que garantiza las posibilidades de elección y el ejercicio de la libertad en la modernidad. Pero la norma no se actualiza de manera abstracta e independiente es decir, su validez está ligada a la expresión de las desviaciones como un dispositivo complementario en el que el control jurídico se expresa como mecanismo de identificación y de regulación. Lo que queremos mostrar es que la desviación no niega el sentido de la norma sino que lo refuerza, lo instala en el funcionamiento social; pero

también es pertinente aclarar, que esto no supone que las prácticas sexuales distintas a las heterosexuales sean todas comprendidas en el ámbito de las desviaciones. Aquí lo que hace diferencia no es la desviación en sí misma sino la posición de sujeto con respecto a la norma. En otras palabras, estamos diferenciando el concepto de práctica del de desviación. Las prácticas no entran en el juego de las designaciones de lo normal o de lo desviado sino más bien en una resistencia a ser nombradas y a partir de allí a ser conocidas. No siendo conocidas, tampoco participan en el mecanismo de identificación social. La concepción de los actos sexuales como prácticas elabora una resistencia a la exigencia de identificación social. Con esto estamos mostrando cómo la vida entró en la historia, es decir, cómo los fenómenos propios de la vida de la especie humana se insertan en el orden del saber y del poder, en el campo de las técnicas políticas que van a posibilitar un nuevo espacio de visibilidad en el que el hombre comienza a reconocerse y a hacerse consciente de lo que es: ser parte de una especie viviente en un mundo viviente, tener cuerpo, sexo, opciones sexuales, sexualidad, condiciones de existencia, probabilidades de vida, salud individual o colectiva, fuerzas que es posible modificar y un espacio en el cual repartirlas de manera óptima. Lo biológico se refleja por primera vez en lo político. Vivir ya no es un acontecimiento aislado de estas políticas, en cambio pasa a ser parte de un control por medio del saber y de una intervención a través del poder (seres vivos-población), es la entrada del biopoder en el cuerpo. Poderes-saberes como agentes transformadores de la vida humana. Lo viviente distribuido en un dominio de valor y utilidad, poder que realiza distribuciones en torno a la norma. Sociedad normalizadora, este fue el efecto histórico de una tecnología de poder centrada en la vida. Aquí la vida es entendida como necesidades fundamentales,

⁷ Idem. p.261

⁸ Ver. FOUCAULT, Michel. **Historia de la sexualidad**. Ed. Siglo XXI. Vols. 1,2,3.

esencia concreta del hombre, cumplimiento de sus virtualidades, plenitud de lo posible. La vida como espacio donde necesariamente se vuelcan todas las pretensiones y luchas políticas.

Ahora puede comprenderse la importancia del sexo como un “pozo” del juego político en este dispositivo de la sexualidad. Debido a su ubicación estratégica en el cruce de dos ejes a lo largo de los cuales se desarrolla toda la tecnología política de la vida (regulación y disciplinas). El sexo es acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie, es utilizado como matriz de las disciplinas y principio de las regulaciones. En la unión del cuerpo y la población, el sexo se convirtió en el blanco central para un poder organizador alrededor de la administración de la vida y no de la amenaza de muerte. De esta manera nos constituimos en sociedades de sexo-sexualidad, en donde los mecanismos de poder se dirigen al cuerpo, a la vida, a lo que la hace proliferar, lo que refuerza la especie, su vigor, su capacidad de dominar o su aptitud para ser utilizada, salud, progenitura, raza, porvenir, utilidad, etc. Analítica de la sexualidad-objeto y blanco. Sexualidad que está del lado de la norma, del saber, de la vida, del sentido, de las disciplinas y de las regulaciones.⁹ La importancia en este análisis de la sexualidad como dispositivo político, es que hace visible los mecanismos mediante los cuales el poder se articula directamente en el cuerpo (de allí la pertinencia de abordar el problema del SIDA como un “ovillo” en donde vienen a confrontarse y confluir los biopoderes y los mecanismos de identificación social) -cuerpos funciones, procesos fisiológicos, sensaciones, placeres -, y en esta medida se trata entonces de hacer aparecer este cuerpo en un análisis donde lo biológico y lo histórico están ligados con arreglo a una complejidad creciente conforme al desarrollo de las tecnologías modernas de poder que toman blanco suyo la vida. Pero más allá de los cuerpos, los órganos, las localizaciones

somáticas, las sensaciones y los placeres, se esboza el punto nodal de estas tecnologías: el sexo dotado de propiedades intrínsecas y leyes propias. La unificación del sexo permitió agrupar en una unidad artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres, y permitió el funcionamiento como principio causal de esta misma unidad ficticia, sentido omnipresente, secreto a descubrir - el sexo como significante único y significado universal-.

Al darse como anatomía y carencia, como función y latencia, como instinto y sentido, permite entonces la línea de contacto entre un saber de la sexualidad humana y las ciencias biológicas de la reproducción. La noción de sexo asegura la inversión a la representación de las relaciones de poder con la sexualidad haciendo que esta aparezca anclada en una instancia específica e irreductible que el poder intenta dominar. El sexo, secreto que parece habitar en todo lo que somos, secreto que nos fascina por el poder que manifiesta y por el sentido que esconde, secreto al que pedimos que nos revele nuestra identidad, no es sin embargo más que un punto ideal que se hizo necesario para el dispositivo de sexualidad y su funcionamiento. Este punto fijado sería entonces el camino por recorrer de los sujetos en el que cada cual accede a su propia inteligibilidad pues es dador de sentido, a la totalidad de su cuerpo ya que es considerado como un todo y finalmente a su identidad. El sexo estaría entonces bajo una dependencia histórica de la sexualidad.¹⁰ Si mediante una inversión táctica de los mecanismos de la sexualidad se quiere hacer valer, contra el poder, los cuerpos, los placeres, los saberes en su multiplicidad y posibilidad de resistencia, conviene liberarse primero del sexo (como la instancia del ser). Contra el dispositivo de sexualidad, el punto de apoyo del contra ataque no debe ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y sus placeres¹¹ (en la medida en que hacen parte de una práctica desterritorializada).

⁹ Cf. FOUCAULT, Michel. **La voluntad de saber.**

¹⁰ FOUCAULT, Michel. **La Voluntad de saber.** Editorial Siglo XXI. México, 1998. 170-194

¹¹ Ibid. p.191.

Con el sexo, el dispositivo de sexualidad suscita uno de sus principios internos más importantes: el deseo del sexo, el deseo de tenerlo, de acceder a él, de descubrirlo, liberarlo, articularlo en un discurso, formularlo como una verdad, constituyendo al sexo mismo en algo deseable; y es este desear el sexo lo que nos sujeta a cada uno de nosotros a conocerlo, lo que nos hace creer que afirmamos los derechos de nuestro sexo contra todo poder, pero es este deseo lo que nos ancla al dispositivo de la sexualidad. El sexo es el principio de regulación convirtiéndose en el blanco central para un poder que se organiza alrededor de la gestión de la vida.

La relación consigo mismo es incluida en las relaciones de poder y en las relaciones de saber. "El individuo interior se codifica y es recodificado en un saber "moral" y sobre todo deviene lo que está en juego en el poder, es diagramatizado, la subjetivación del hombre "libre" es transformada en sujeción. Hay una sumisión al otro por medio del control y la dependencia con todos los procedimientos de individuación y de modulación instaurados por el poder apoyándose en la vida cotidiana de la interioridad de sus sujetos."¹² Por otro lado hay un apego de cada uno a su propia identidad mediante la conciencia y el conocimiento de sí con las técnicas de las ciencias morales y humanas que constituían un saber del sujeto. La sexualidad bajo estos patrones se organiza en torno a núcleos de poder integrándose en una instancia de "poder-saber" que Foucault denominará sexo.

Para entender cómo la medicina moderna se convierte en una tecnología de la vida, cómo la verdad se instaura en los discursos científicos, cómo el problema del cuerpo surge en las ciencias sociales (que lo han pensado como una imagen de lo social insertado en lo social y procuran hacer visible un hombre que emerge

aislado de sus condiciones biológicas), trataremos de hacer visible a través del SIDA, como un espacio problemático en el que pueden establecerse filiaciones, el funcionamiento actual de los biopoderes y el agenciamiento de un cuerpo social a través de mecanismos de regulación que procuran normalizar o patologizar las prácticas sexuales aprisionando al cuerpo en un régimen de verdad. Ahora bien, si el discurso triunfal de la biomedicina nos había permitido creer que la biotecnología moderna pondría fin a todas las enfermedades y que ya no se producirían catástrofes humanas debido al surgimiento de pandemias, el descubrimiento del sida y sus consecuencias han puesto en entredicho ese triunfalismo.

En el caso del sida efectivamente, como ya lo hemos dicho, la sexualidad se encuentra en el origen de las enfermedades individuales y constituye el núcleo de la degeneración, representa el punto de articulación de lo disciplinario y lo regulador. Es así como el sida aparece por primera vez en 1981 y no ha cesado de desarrollarse desde entonces. Considerado en primer lugar como cáncer gay, el sida volvió a suscitar la ya antigua asociación entre enfermedad y mal. Se instaló en el mundo una paranoia del sida que concernía al sexo y a la muerte. El agente causal era desconocido y el número de muertos aumentaba. Ante la evolución dramática de la enfermedad y los temores que producía, la discriminación social de los homosexuales aumentó. En el rechazo social de la diferencia, experimentada con la estigmatización dirigida contra los grupos homosexuales al inicio de esta pandemia, se hace visible el funcionamiento de los biopoderes y sus mecanismos de exclusión. Mucho tiempo antes la peste bubónica, la lepra y luego la sífilis habían provocado también intensos rechazos y severas formas de exclusión y condena social. Es así como la enfermedad denominada síndrome de inmunodeficiencia

¹² DELEUZE, Gilles. Foucault. Editorial Paidós. Barcelona. 1987. p.135

adquirida (SIDA) es la manifestación observable de la infección producida por el virus de inmunodeficiencia humana (VIH). El sida representa la forma más grave de la infección producida por el VIH. El agente etiológico del sida es un retrovirus cuyo patrimonio genético está constituido de ácido ribonucleico (ARN) de alto peso molecular. Este retrovirus ataca los linfocitos T4. La enfermedad se caracteriza por una disminución aguda de las defensas inmunológicas y más específicamente por una disminución progresiva de un tipo de pequeños glóbulos blancos llamados linfocitos T4. Estos linfocitos son responsables de la defensa del ser humano contra toda agresión microbiana externa. Precisamente, fue a partir de estos linfocitos que pudo ser aislado el agente causal del sida. El virus VIH utiliza los linfocitos T4 para reproducirse y luego los mata. Las células infectadas crecen de manera desproporcionada, no se dividen más y entonces mueren. La diversidad genómica es una de las características mayores del VIH, es decir, presenta variaciones sustanciales en su ácido nucleico. En un sólo enfermo pueden encontrarse formas del VIH diferentes. De hecho, cuando el virus ataca las capacidades inmunológicas del enfermo, muchas otras infecciones oportunistas pueden desarrollarse antes de que se manifieste completamente el sida. El parásito puede estar presente en el individuo sin provocar la enfermedad pero en el individuo se puede desatar una disminución en sus capacidades inmunológicas. Esta baja en las defensas inmunológicas permite que una gripa, una angina, una bronquitis, una infección digestiva o urinaria, que en un paciente con sus defensas normales no se desarrollarían como enfermedades graves, en un enfermo de sida si lo hagan. Esas infecciones oportunistas se manifiestan cuando el virus comienza a atacar el sistema inmunológico y los parásitos, hongos, bacterias u otros virus provocan una enfermedad grave y prolongada. Las principales

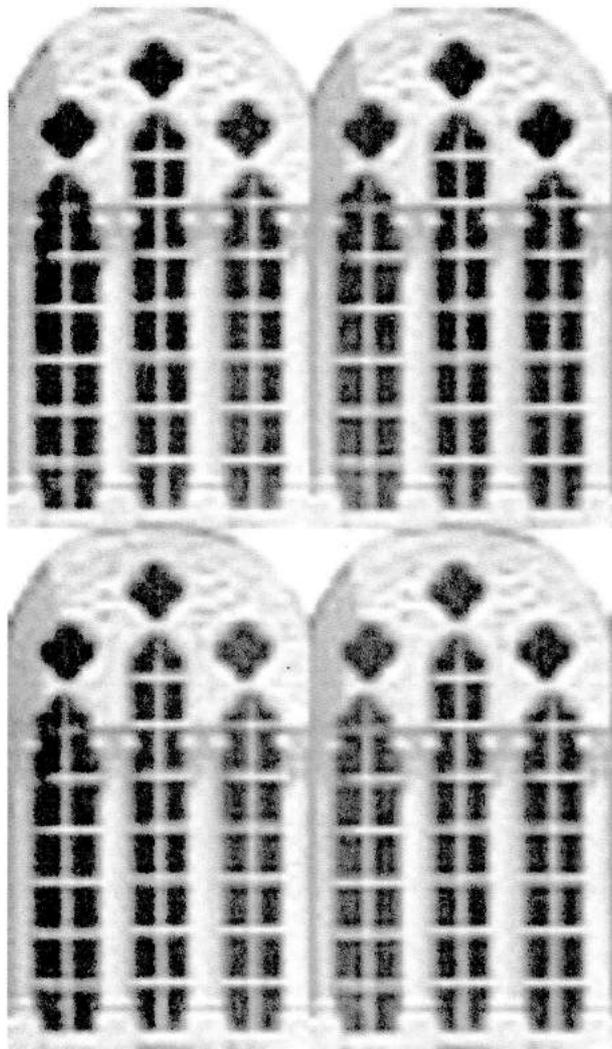
infecciones oportunistas encontradas asociadas con el sida son: neumonía, encefalitis, gastroenteritis, faringitis, meningitis, retinitis, hepatitis, colitis.

La diferencia en la manifestación del sida en los individuos depende de la variabilidad de los genes que codifican las moléculas del complejo mayor de histocompatibilidad. El hecho de que en ciertos individuos el sida se desarrolle en menos de un año mientras que en otros la enfermedad tome hasta diez años en surgir, tiene que ver con las ventajas de la variabilidad genética en la resistencia a las infecciones. Las moléculas del complejo mayor de histocompatibilidad (HLA, Human Leukocyte Antigen), juegan un papel fundamental en la respuesta inmunológica. Si la diversidad de genes que codifican estas moléculas es mayor, el sida toma mucho más tiempo en desarrollarse debido a que cuando es más amplia la gama de moléculas del complejo mayor de histocompatibilidad, es posible una producción mayor de anticuerpos y, por consiguiente, el desarrollo de una mejor respuesta inmunitaria.

Lo que aquí nos interesa no es solamente el despliegue de esta "lucha" contra la enfermedad sino, sobretudo, hacer visible la experiencia de enfermedad que el sida trae de nuevo a colación. Ninguna experiencia de enfermedad es exclusivamente individual aunque la enfermedad tenga que ver con capacidades inmunológicas específicas relativas a la singularidad de la variabilidad genética del individuo. El sida es una pandemia, es decir, es una patología que tuvo un origen biogeográfico desde el cual continuó su progresiva expansión. La experiencia de la enfermedad en el caso del sida fue, en sus comienzos, la del rechazo social de un grupo considerado como grupo peligroso. Los enfermos de sida debían no sólo soportar la enfermedad sino también la exclusión social. Estamos entonces tocando

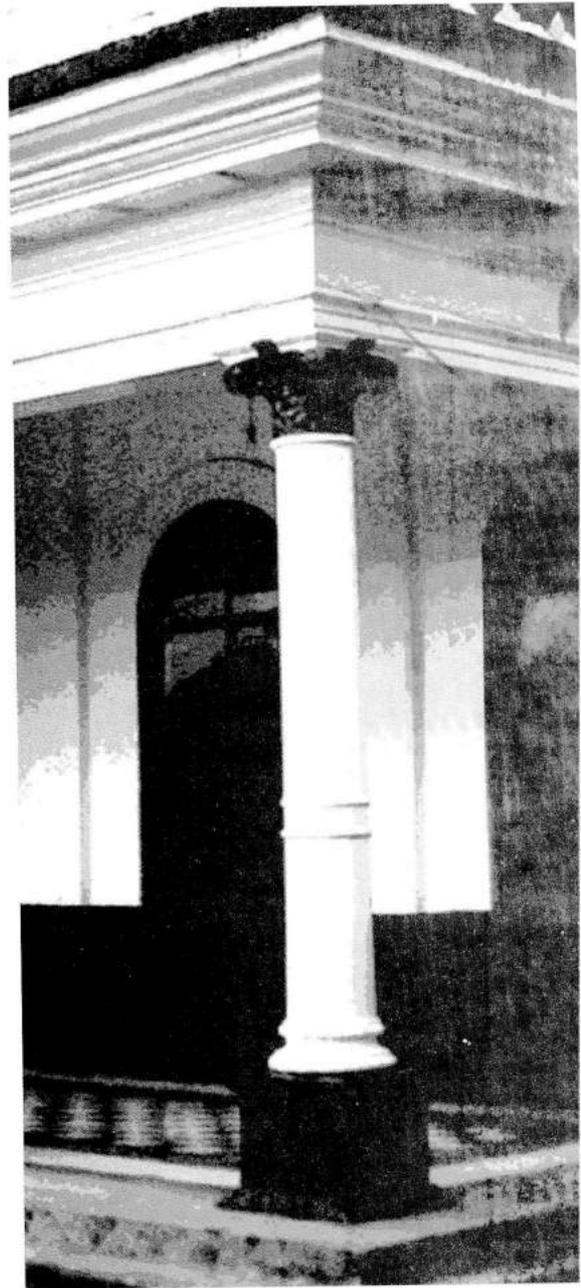
aquí el problema de la construcción biopolítica de la enfermedad. Es decir, el enfermo no está solamente afectado por una patología sino que además es enfermo en función y según las modalidades de la sociedad en la que vive. Históricamente, el sida no solamente ha puesto en entredicho el triunfalismo biomédico al que nos hemos referido sino que ha situado de nuevo, de una forma premoderna, la enfermedad en asocio con el castigo divino de los pecadores. Entre el sida, el sexo, el pecado y la muerte existe una asociación producida por una creencia antigua que consideraba la enfermedad como mal enviado como castigo y que hoy percola el tiempo para volver a aparecer en la escena de la exclusión social. También ha puesto en consideración una forma de exclusión más radical, ya que asocia la enfermedad a un cierto tipo de identificación socio-sexual-promiscua. Con todo, la novedad del sida como objeto discursivo está atravesada por consideraciones antiguas con respecto al enfermo y a la enfermedad. La relación entre enfermo y enfermedad inaugura sin embargo, en este caso, un cierto tipo de prácticas modernas ya que la enfermedad no sólo está en el cuerpo del paciente sino en sus hábitos sexuales y en sus relaciones. Lo patológico se desplaza del cuerpo individual al conjunto de relaciones y de prácticas que lo provocaron. El sida es un objeto discursivo a través del cual los procedimientos de normalización biomédicos muestran su carácter político de una manera explícita. Un enfermo de sida es un figura política singular porque el carácter transmisible de su enfermedad lo ubica en un contexto visible de prácticas y de relaciones socio-sexuales. Por esto, el sida permite pensar las condiciones en las cuales el cuerpo emerge como objeto y como problema en la modernidad. Los dispositivos que buscan controlar el cuerpo individual lo hacen siempre en beneficio de la regulación del cuerpo social. Lo aparentemente paradójico de la

modernidad es su manera de situar al individuo en un proceso de separación de la sociedad a través de los procesos de individualización, procesos que alimentan las formas de regulación de las poblaciones. Es decir, el ansia de identidad y de individualidad solamente se resuelve siguiendo patrones de comportamiento reconocidos por la población en general. La enfermedad y la salud son acontecimientos biopolíticos en este sentido: su lugar no es solamente un cuerpo con órganos sino la organización general de la sociedad que reposa sobre procedimientos de normalización que hacen del orden biológico un ordenamiento histórico en relación a la norma y a lo normal. No solamente somos sanos o enfermos individualmente sino principalmente normales o anormales a los ojos de los demás. La enfermedad y la salud se constituyen en relación con la mirada clínica, pero también con respecto a otra mirada más espontánea, mucho más presente y más aguda que nos observa en la casa, en la calle, en el trabajo, en el parque y en el restaurante: la mirada de todos e inclusive la mía hacia los demás.



*Mosaico Realizado con ventana de la fachada principal de la
Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles,
en la ciudad de Cartago, Costa Rica.
Fotografía de Luis Fernando González E. 1996.*

*Detalle de un capitel y arcada interior
del Palacio Episcopal de Quibdó.
1996.
Fotografía Luis Fernando González E.*



Emiro Kastos: La Voluptuosidad del Desengaño

Jorge Escobar

***«El éxtasis sólo sonríe; la desesperación ríe a carcajadas.»
Charles Robert Maturin. Melmoth el Errabundo.***

***«Que sait celui qui n'a point été tenté?»
Fénelon.***

Hay autores que nos fascinan por su capacidad para revelar nuestras más profundas perplejidades y contradicciones. Con placer imaginamos sus noches, el ir y venir a través de cuartos umbrosos mortificando sus obsesiones hasta casi vaciarlas de realidad, sin dar aquel paso que se las arrebataría definitivamente: su pensamiento proviene del largo tedio de noches infinitamente detenidas por el insomnio. Reconocemos así la fisonomía nocturna de sus afirmaciones, la agilidad con que desidealizan nuestras más queridas seguridades y cambian el objeto de nuestra adoración por un desesperado encogimiento de hombros: su labor —destruktiva y constructiva a un mismo tiempo— parte de una lucidez agotadora, consciente tanto de lo que ataca

como del atacante; una labor que se apoya en los vicios propios para formar una visión exacta de los ajenos. Emergentes del desengaño, la gran recompensa que brinda el insomnio, cada una de las palabras que colma sus páginas ha sido perseguida hasta hacerla expresar la contradicción o la perplejidad que le corresponde. Nada allí es accidental.

Emiro Kastos no pertenece a este grupo. Y no porque su acidez sea menos magnífica, ni porque su capacidad de revelación sea menos envidiable: la fascinación que ejerce nace de que, sin darse cuenta, abarca en sí mismo todas las contradicciones, todas las perplejidades, que quiere denunciar y desterrar.

Su lucha incansable, casi ingenua, por el progreso, por el trabajo duro en pos de una meta, junto a largas apologías a la pereza; su defensa ferviente de los derechos civiles y sociales para la mujer, apoyada en una profunda misoginia que incluso le impide aceptar darle derechos políticos; su desprecio y admiración por el pragmatismo norteamericano. Al frecuentar sus páginas, queda la impresión de haber asistido a las habladurías de un loco. Y sin embargo, una locura nocturna, surgida del desengaño. Pues sus ideas no forman parte de un sistema que pretende responder a toda pregunta que se le plantee. Más bien, surgen de la fluctuación que dicta cada momento: «Por fortuna no escribimos para convertir a nadie, sino para darnos algún solaz, cuando el tedio nos muerde con más rabia que de costumbre»¹. Con un fondo como éste, lo extraño sería encontrar algún tipo de coherencia interna en su pensamiento. Lo único que se puede afirmar con certeza es que cada frase se levanta sobre un solo sustento, el desengaño, la desesperación por una realidad que obedece sus propias leyes, leyes que resultan absurdas.

No debe esperarse pues el hallazgo de alguna «pieza maestra» entre sus Artículos escogidos. Tal vez Mosaico y Un poco de

charla sean dignos de antologías, pero al no pertenecer a un género determinado, sería difícil establecer en qué tipo de antología habrían de incluirse. Sus Artículos deben ser juzgados desde el conjunto que forman, de donde resulta una producción de gran valor. El propio Emiro Kastos fue consciente de la fugacidad de varios de sus textos si se los mira de forma individual:

Pongan ustedes únicamente los que he publicado con la firma de Emiro Kastos sin distinción alguna, y sólo con la fecha en la cual fueron escritos. Así podrá el público juzgarlos mejor, pues hay muchos que son enteramente de época.²

Lo paradójico es que, como parte de un conjunto que se sostiene en la sentencia de Julia: «[...] la meditación es el recurso de los desgraciados: la dicha no reflexiona»³, ninguno de los Artículos puede juzgarse como enteramente de época. Por el contrario, lo interesante es darse cuenta de que este conjunto de textos, escrito hace más de cien años, se queda hoy perplejo ante las mismas preguntas que observó. Tan perplejo, que incluso llega a tornarse contradictorio. Así, es completamente natural que después de atacar con pasión la política internacional de los Estados Unidos, su indiferencia ante los conflictos que no le afectan de forma directa⁴, se muestre partidario de esta misma indiferencia en los conflictos nacionales.

Ya que hablamos de guerras civiles, viene a cuento indicarle a Ud. que sería altamente ventajoso, que los hombres que dirigen y encabezan la opinión en Antioquia popularizaran el siguiente principio: No intervenir ni tomar cartas en los negocios, ni en las disensiones de los otros Estados federales. ¿Que hay revoluciones en Bogotá, en Pasto, en el

¹ En: KASTOS, Emiro: *Artículos escogidos* (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1972) pp. 357, *Un poco de charla*.

² *Ibid.*, pp. 11, *Prólogo de la primera edición*. [Cursivas del autor.]

³ *Ibid.*, pp. 203, *Julia*.

⁴ «Si Washington viviera, hoy que los Estados Unidos tienen veinticuatro millones de habitantes y son dueños de casi todo un continente, delante de las graves cuestiones que se agitan en Europa, y de los peligros con que el triunfo del despotismo comprometería su grandeza futura, no les aconsejaría la abstención. Su gran corazón rechazaría ese principio egoísta de *cada uno para sí y Dios para todos*.» *Ibid.*, pp. 110-111, *Kossuth*. [Cursivas del autor.]

Cauca, en el Magdalena o en cualquier otra parte? pues que se arreglen como puedan. Antioquia no debe gastar un escudo ni derramar una gota de sangre sino por los intereses de Antioquia, y guardar neutralidad absoluta mientras no ataquen sus fronteras. En gran manera le conviene a ese Estado el aislamiento para no ligarse con el porvenir de discordia, anarquía y disolución que se espera a Nueva Granada. Su situación excepcional y su territorio montañoso e inexpugnable lo autorizan para vivir tranquilo y sereno, aunque el país esté entregado a las mayores agitaciones.

No adoptando esta política, se quedaría con todos los inconvenientes de la federación sin ninguna de sus ventajas. Sus recursos, su energía, su oro y su sangre los debe prodigar, eso sí, cuando estén comprometidos el honor o la independencia nacional.⁵

«Cuando estén comprometidos el honor o la independencia nacional.» Sin duda no es este amor por lo nacional lo que animaría la lucha: seguiría siendo el amor por lo local, el miedo porque lo local quede afectado de alguna forma. Una vez más, es la fluctuación del momento lo que dicta las palabras, de ninguna manera la filantropía o el altruismo. Lo importante es defender lo propio, incluso escandalizarse si algún compatriota llega a rechazarlo⁶, pero al tiempo fustigar lo propio con todo el rigor y la eficacia del sarcasmo, la ironía, la mordacidad. Ejemplos memorables son Mi compadre Facundo, Arturo y sus habladurías, Una botella de brandy y otra de ginebra o Enfermedades sociales. Sin embargo, este mismo rigor y esta misma eficacia le llevan a niveles de ingenuidad encantadores, como algunas de sus afirmaciones acerca de la juventud.

—Yo, repuso otro, delgadito como una flauta, no sé qué hacer para matar el tiempo: la existencia me pesa como un fardo de hierro: estoy completamente gastado. (El infeliz tendría diez y ocho años).⁷

O también:

Que un hombre, después de haber recorrido muchos senderos y agitándose en distintas direcciones, se muestre fatigado; que, después de haber sondeado los arcanos de la vida, dejado jirones de su corazón en todas las encrucijadas del mundo y buscado inútilmente la dicha persiguiendo el amor, la ambición, la gloria, se persuada al fin de que todo es vanidad de vanidades y renuncie a la iniciativa y se declare egoísta espectador en el drama social, lo comprendemos perfectamente; pero que un joven en la primavera de la vida, sin haber apurado la copa del dolor ni la del placer, se muestre satisfecho; que sin haber sufrido desengaños se refugie en el escepticismo, y sin haber recorrido ningún sendero, jadeante y fatigado clave su tienda, amarre su hamaca y se acueste a descansar; este joven que renuncia al movimiento y la expansión, que ha perdido la fe antes de haber tenido desengaños, y sin combatir se declara vencido, debe poseer un carácter débil y una organización enfermiza.⁸

Ante semejantes despropósitos, sólo se puede salir en defensa de ese joven débil y enfermizo. Pues, ¿cómo aceptar que alguien se refugie en el escepticismo sin haber sufrido desengaños? Más aún, ¿cómo aceptar que el

⁵ Ibid., pp. 282, *Carta quinta al Dr. Camilo A. Echeverri*. [Cursivas del autor.]

⁶ «Volvió del viejo continente sencillo, modesto, patriota, adherido más que nunca a su país, formando contrastes con la generalidad, que sólo traen de Europa levitas, colgandijos, ridiculeces, hastío por nuestros hábitos, desdén por la libertad y admiración por el despotismo». Ibid., pp. 318, *Un recuerdo*.

⁷ Ibid., pp. 290, *Los pepitos*.

⁸ Ibid., pp. 380, *Enfermedades sociales*.

desengaño, el dolor y el placer sean dones reservados a los marchitos y los ajados? Sin duda, aquel joven débil y enfermizo que ha sobrevivido a una larga semana de insomnio no puede ver otra cosa sino que todo es vanidad de vanidades, que recorrer un sendero es tan fatuo como recorrer otro o no recorrer ninguno, que declararse vencido sin haber combatido es más natural que el deseo incontenible de actos. Por otro lado, quejarse de la enfermedad, esa dadora de obsesiones y desprecios, de lucidez.

No obstante, son sus afirmaciones acerca de la mujer los momentos de mayor brillo, donde sus contradicciones aparecen en verdad fascinantes, deslumbrantes. No hay sino que recorrer textos como *Julia* o *La coquetería*, o ciertos párrafos diseminados a lo largo de los *Artículos*, para darse cuenta del fervor con que Emiro Kastos luchó por los derechos civiles y sociales de la mujer.

Precisamente de los catorce o quince años hasta los veinte es que podríamos adquirir una educación variada y sólida, y fortificar el alma y el corazón contra los engaños del mundo para ser buenas esposas y mujeres verdaderas, en lugar de mujeres melindrosas. De los catorce o quince años para adelante, ya no tenemos otras enseñanzas que las que nos dan las novelas, los cachacos y los pepitos. Cándidas, ignorantes y desprevenidas nos arrojan en la sociedad de los hombres que, cuando no se toman mayores libertades, lo que sucede con frecuencia, halagan nuestra vanidad y nos inspiran ideas falsas, atacan toda virtud, marchitan toda creencia.⁹

También:

La mujer comparte valerosamente las fatigas conyugales, y es el más poderoso elemento que hay en Antioquia de moralidad y progreso.¹⁰

O también:

En nada se ha manifestado tan estéril esta falsa y decantada civilización como en el carácter, las costumbres y la educación que ha dado a las mujeres. Las enseñan a bailar, a tocar, a hacer cortesía, a vestirse con refinamiento, a ponerse crinolinas, a ser elementos de placer, a trastornar el corazón e incendiar los sentidos; pero a su alma ¿qué pasto sustancial se les procura, qué enseñanza elevada y digna se les da?¹¹

Si bien su lucha por derechos civiles y sociales es decidida, lo más atractivo es su horror a la posibilidad de conceder a la mujer derechos políticos. Se podría incluso afirmar que es una posibilidad que le atormenta existencialmente, algo descabellado, inconcebible.

En vez de presentarse como ángeles de paz y de misericordia para mediar en estas luchas entre hermanos, renuncian al verdadero carácter de la mujer, que es la simpatía y la benevolencia, entregándose a furores insensatos por cuestiones políticas que generalmente no entienden.¹²

También:

Comprendiste perfectamente que el silencio, el recogimiento, la abnegación, el amor, la maternidad y la familia son el único y verdadero destino de la mujer.¹³

O también:

Pero la mujer no necesita, para cumplir un bello y heroico destino, de derechos políticos, ni de esa emancipación e independencia quiméricas

⁹ Ibid., pp. 298-299, *Vanidad y desengaño*. [Cursivas del autor.]

¹⁰ Ibid., pp. 311, *Antioquia y sus costumbres*.

¹¹ Ibid., pp. 356, *Un poco de charla*.

¹² Ibid., pp. 392-393, *Una aventura en el Magdalena*.

¹³ Ibid., pp. 301, *Vanidad y desengaño*.

e imposibles, que en su favor reclaman los novadores modernos. Adherirse a los seres que sufren, sacrificarse por las personas que ama, llevar consuelos al lecho de los enfermos, inspiraciones de piedad y de virtud al corazón de sus hijos; aceptar de lleno sus graves y austeros deberes de esposa y de madre; ejercer la caridad y la beneficencia en medio de una sociedad metalizada y egoísta; dar suavidad a las costumbres y poesía al hogar doméstico con el vano encanto que se desprende de la belleza, de la gracia y de la ternura, he aquí su misión humanitaria y civilizadora, su verdadero destino.¹⁴

Frente a un verdadero destino como el que se le plantea, no le queda a la mujer más que el suicidio o el automatismo.

Y sin embargo, a pesar de sus exageraciones y despropósitos, ¿cómo no sentir fascinación por Emiro Kastos, por el lúcido y desengañado Emiro Kastos, si son precisamente sus exageraciones y despropósitos lo que fascina? Que su obra resulte contradictoria es menos importante que el saber que a través de sus contradicciones logra describir de manera exacta las contradicciones de un pueblo que no cambia y que, antes bien, ahonda en sus vicios, los perfecciona. Su empresa fue derrumbar la idiotez, a costa de, en cualquier momento, aparecer idiota:

El optimista, que cierra los ojos para no ver la desgracia y el dolor como condiciones de la vida, el engaño y la mentira en todas partes, y que cree en la regeneración de las masas y en el progreso indefinido del hombre, ése es otro sonámbulo.¹⁵

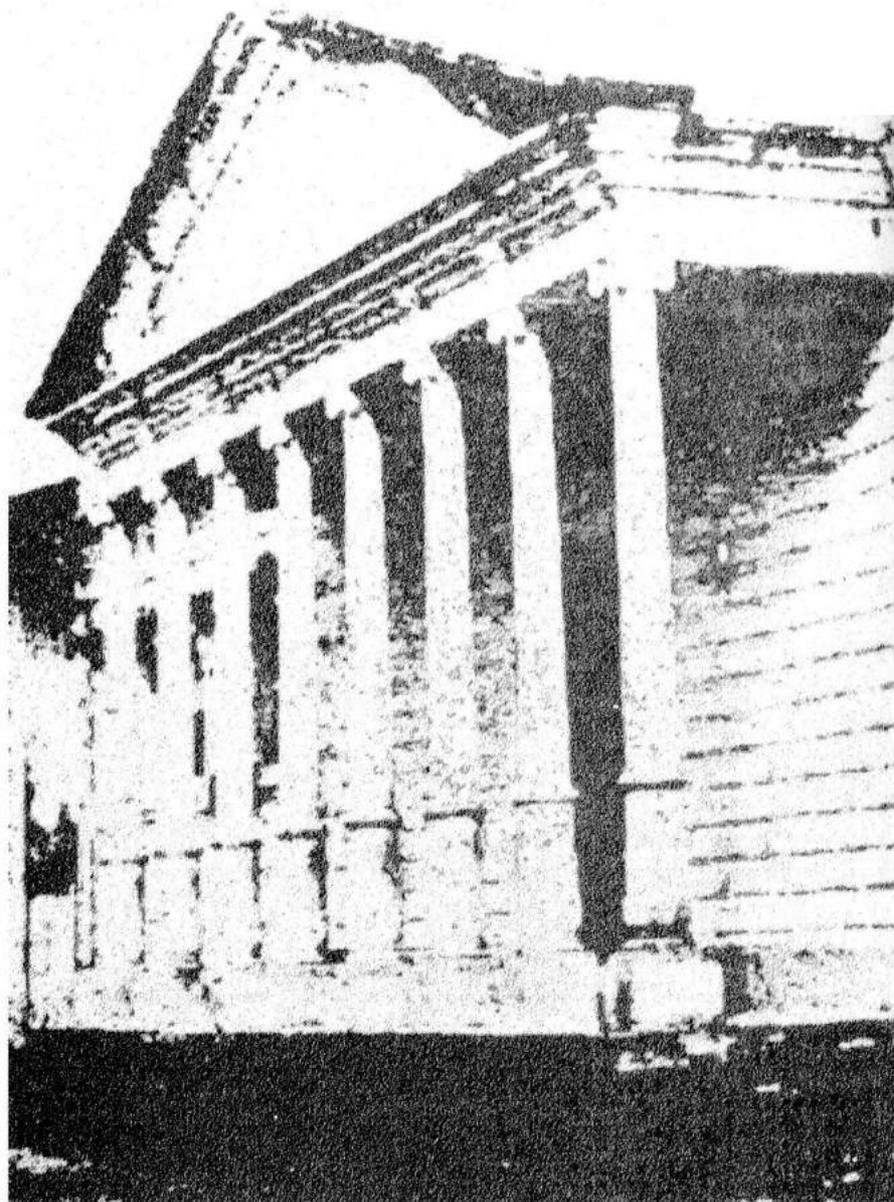
Si hacemos caso a Gadamer: «Clásico es aquello que resiste la crítica histórica, porque su potencial histórico, el poder vinculante de su validez —validez que se conserva y se transmite—, precede ya a toda reflexión histórica y la resiste»¹⁶, entonces Emiro Kastos es nuestro primer clásico olvidado.

¹⁴ Ibid., pp. 175, *Algo sobre las mujeres*. [Cursivas del autor.]

¹⁵ Ibid., pp. 306, *Mosaico*.

¹⁶ En: HABERMAS, Jürgen: *La constelación posnacional* (Barcelona: Paidós, 2000) pp. 39, nota 52.

Fachada de la antigua Escuela
Modelo, hoy sede del Concejo de
Quibdó en la calle segunda. Diseño y
construcción de Luis Llach en los
años veinte. Foto Misión,
reproducción tomada del **Informe de
la Prefectura Apostólica del Choco
en las Bodas Misionales**, Manizales,
1934.





Esperando a Garibaldi

Ricardo Cano Gaviria

(Para Ignacio, en un hospital de Milán)

Tengo en mi estudio un retrato de Garibaldi. Está en un sitio prominente, que sin embargo no le asegura ningún protagonismo, pues la pared que el sol ilumina a una hora del atardecer se lo traga, salvo en aquellos días, como hoy, en que una luz especial, o un apremio innombrable, trae al ángel de la melancolía hasta mi estudio. Esta tarde ese ángel se ha posado, sigiloso y casi artero, en este retrato que mi tío abuelo dibujó al carbón, hace ya más de un siglo, y he mirado con sus ojos ese rostro de nariz aguileña y mirada serena tratando de imaginar lo que estaría pensando mi tío abuelo cuando lo dibujó. Corría el año 1892, él era un pintor de provincias de veintisiete años que se ganaba la vida pintando retratos de difuntos añorados por sus acomodados deudos mientras intentaba labrarse una reputación, y en Colombia gobernaba el Designado, filólogo y traductor de Virgilio, Miguel Antonio Caro. En tales

circunstancias, solo se me ocurre pensar que Garibaldi, fallecido diez años atrás, no era para el joven pintor de provincias un muerto mandado a dibujar por otros, sino un vivo que se hizo a sí mismo el encargo de dibujar, llevado por una epifanía melancólica como la que ahora me lleva a redactar estas palabras. ¿Con su aureola romántica, no era el italiano en cierta forma la garantía de que, más allá de Colombia, la gris Colombia de las monótonas luchas partidistas y las casi rutinarias guerras civiles, existía una Europa en la que la historia se escribía con un esplendor que, desde la muerte del Libertador, brillaba por su ausencia en nuestras tierras? En efecto, nadie encarnaba el romanticismo de la lucha patriótica en pro de la libertad de los hombres y de las naciones mejor que Garibaldi, llamado el “héroe de los dos mundos”, y nadie como él, aparte tal vez de Víctor Hugo, quien le otorgó el título de paradigma humano o “viris”, disfrutó de una gloria tan limpia y de un prestigio tan sólido a ambos lados del océano.

Ignoro si mi joven tío abuelo, de quien yo hoy podría ser el padre, conocía en 1890 la trayectoria del patriota italiano mejor que yo, que en el año 2000 no puedo prescindir de libros y enciclopedias a la hora de repasar los principales episodios de su vida. El primero de éstos me lo muestra, siendo aún muy joven, participando junto a Mazzini en una conjura cuyo desenlace negativo lo llevó huyendo al Africa y luego a Latinoamérica, el sitio donde realmente hizo sus primeras armas y obtuvo sus primeros triunfos militares. En Brasil, junto a otros refugiados italianos, a los que organizó y lideró, prohió la causa de los separatistas republicanos del Río Grande do Sud, y en Uruguay luchó contra las tropas del general Rosas, que pretendía anexionar a Argentina la República de Oriente. Sus victorias en las batallas de Cerro y San Antonio en 1846 aseguraron la independencia del Uruguay y le granjearon honores y prebendas, que él rechazó,

pues su mirada seguía puesta en su patria. Dos años más tarde, en la secuela de los hechos del 48, planeó su regreso a Europa al mando de un grupo de refugiados, y todo hace pensar que fue durante este viaje cuando hizo una clandestina escala en Cuba para entrevistarse con los insurgentes que planeaban ya la independencia de la isla. De nuevo en el viejo continente, ofreció sus servicios al rey Piamontés Carlos Alberto, promotor de la primera guerra de liberación de Italia, que los rechazó; decepcionado, Garibaldi se dirigió entonces a Lombardía, dónde ofreció esta vez sus servicios al gobierno provisional de Milán, que premió su obstinación confiándole la organización de una fuerza de voluntarios.

Fue pues Milán el escenario en que Garibaldi llevó a cabo las primeras acciones militares con que se abre el capítulo de su vida dedicado a la lucha por la liberación y la unidad italianas. Se trata de algo más de una década que, en el juego de la política del momento, está atravesada por las iniciativas de Napoleón III frente a Austria, Prusia y el Papado, la actitud beligerante de Piamonte y la política de su primer ministro, Cavour, de fomentar el descontento en el interior de los reinos ocupados, como el de las Dos Sicilias. Una insurrección llevada a cabo en éste fue la que hizo posible la definitiva entrada en acción de Garibaldi, quien, al mando de una expedición de mil “camisas rojas”, compuesta de proscritos, emigrados, estudiantes, nobles y plebeyos, desembarcó en Sicilia y se adueñó en un abrir y cerrar de ojos de la isla. Luego se apoderó del reino de Nápoles, en una marcha tan arrasadora que el propio Cavour, que no despertaba las simpatías del militar, que a su vez recelaba de él, llegó a temer la posibilidad de que éste lo ensombreciera o incluso se hiciese con el poder. Y es aquí precisamente donde se revela otra de las grandes virtudes de Garibaldi, el mal llamado “aventurero romántico”, el héroe de los dos mundos: la de la abnegación patriótica y la faltá

de ambición personal que lo llevó a esfumarse tan pronto como pudo del mapa, dejándolo todo en manos del rey Víctor Manuel. Su conducta en este episodio clave, unida a la vocación internacionalista que renació en él en su vejez, aureoló su nombre con un prestigio que dio la vuelta al mundo, convirtiéndolo en uno de los personajes más célebres de la segunda mitad del siglo XIX. Fue a este personaje, odiado por Napoleón III y por el clero, pero convertido ya en símbolo mundial de la libertad y la justicia, al que, en junio de 1861, Abraham Lincoln invitó a participar en la guerra de Secesión, oferta que tuvo que retirar casi de inmediato por culpa de la tempestad desatada en el Vaticano; no obstante, una legión de voluntarios garibaldinos italianos, franceses, alemanes y españoles, la “Garibaldi’s American Legion”, participó en dicha guerra, escribiendo páginas que honran la memoria de su inspirador. Pero eso no es todo: nueve años más tarde encontramos a Garibaldi, en compañía de sus hijos Menotti y Ricciotti, participando en la Guerra Franco-prusiana, guerra en la cual llegó a ser, según palabras pronunciadas en la Asamblea General Francesa, “el único general ‘francés’ no derrotado”. La invitación de la Comuna, el 18 de marzo de 1871, a asumir el mando de las tropas federadas, invitación que Garibaldi declinó, da una medida del prestigio adquirido entre los oprimidos del mundo por el hombre que había iniciado su carrera militar en Sudamérica, donde el último de los patriotas, José Martí, escribió de él que si los hombres nacen de la patria como de una madre, la libertad, madre del género humano, tuvo un hijo: Giuseppe Garibaldi.

Es así como la imagen de un Garibaldi infatigable, sostenido por el prestigio de las guerras de liberación llevadas a cabo en varios países y en varios continentes, me parece encarnar el retrato de mi tío-abuelo, como si la mano del joven artista, al dibujarlo, hubiese estado animada por la nostalgia, o el

remordimiento, de una patria que no supo gestar una guerra digna de Garibaldi, de una guerra justa y definitiva, que hubiese servido para evitar las siguientes y hubiese sacado de una vez por todas a Colombia del tirabuzón infame de las guerras civiles que la atravesaron de lado a lado durante el siglo XIX. Pues es un hecho que si, en distintos momentos de la segunda mitad de dicho siglo, desde la Rusia de los zares, donde Garibaldi era añorado por los mujics como se añora a un libertador, hasta los Estados Unidos de Norteamérica, donde los esclavos lo esperaban para que combatiera por su causa, los oprimidos del mundo soñaron con el italiano, en Colombia no tuvieron siquiera esa oportunidad, entregados como estaban al sagrado Corazón de Jesús. Era éste el mediador que, aliado al fragor de siete guerras civiles tan insidiosas como letárgicas, que narcotizaron al país y lo pusieron, exánime y sin alma, en manos de la gramática y la teología, sirvió para que políticos más versados en las declinaciones latinas que en la teoría de las modernas instituciones, velaran por su limpieza espiritual, en un momento en que, en otras regiones del continente, se sentaban las bases de un futuro que hablaba ya el lenguaje de la ciencia y el mestizaje. Fue así como inmigrantes españoles y castizos, respetuosos de Dios y de la gramática divina, antes que de italianos de ideas sospechosas por anarquistas o de chinos paganos e insondables, fueron los que enriquecieron la sangre del país en la recta final del siglo XIX, cuando -y es sólo un ejemplo- los cubanos se levantaban por tercera y última vez contra el poder español, y los garibaldinos del mundo y de Italia, entre los que me hubiera encantado se encontrara mi joven tío-abuelo, se movilizaban formando una legión que combatió en la guerra de Cuba al lado de los insurgentes... Por todo eso, al dibujar ese sueño imposible que fue en Colombia Garibaldi, el joven pintor pudo muy bien preguntarse qué separaba al héroe italiano de los prohombres colombianos que, mientras al otro lado del

Océano Italia avanzaba hacia la unidad, convirtieron al país en una gran hacienda cuyo territorio pronto sería subastado al más bajo precio en el mercado internacional. En efecto, a la vuelta de diez años -durante los que el joven pintor pudo visitar Europa-, la guerra de los mil días habría sentado ya la base de esa disgregación de esa gran hacienda que cuajaría en la secesión de Panamá y que puso en los labios de un cínico y decrepito prohombre colombiano la frase: “no sé de qué se quejan, me entregaron un país y les devuelvo dos”, palabras que son más que una abierta irrisión del credo de quien fuera el Libertador de los colombianos, que predicó la unidad y no la disgregación, y del que hoy se burlan igualmente quienes simulan inspirarse en él, y con su tergiversación engrosan las filas de la mayor parte de los gobernantes y caudillos latinoamericanos que, no contentos con la fragmentación del continente, se enzarzaron en guerras de fronteras, a caballo de gratuitos, por no decir fantasmagóricos nacionalismos.

No podía de ningún modo suponer mi tío abuelo al dibujar a Garibaldi que, más de un siglo después, el espíritu de los disgregadores, por la fuerza de las armas, volvería a manifestarse en Colombia frente al de los defensores oficiales de la unidad, corroidos secretamente por una división entre sus palabras y sus intereses, e incapaces de poner éstos a la altura de aquéllas. Ni tampoco que los liberadores del pueblo volverían convertidos en mercaderes de niños y extorsionistas, y se reclamarían de las ideas de Bolívar para justificar el ajusticiamiento de la gente humilde por la cual dicen luchar, pues ésta ha llegado a adquirir para ellos el mismo valor que hace tanto tiempo tiene para una oligarquía estúpida y miope: carne humana medible y cuantificable, a la que, mediante la sangre y el terror, se puede exterminar o manipular a voluntad. Esa carne humana, que hoy circula por las más apartadas veredas colombianas bajo la forma de trémulos

campesinos, es una de las más desamparadas del mundo, en cuyo mercado de valores ha alcanzado el precio más bajo. Sorprendida entre dos fuegos, como siempre lo ha estado, esa carne sabe que nada ha mejorado desde los tiempos en que era reclutada a la fuerza para alimentar el Moloch de las guerras civiles que diseñaban los cachacos en sus confortables haciendas bogotanas, pues hoy no es más que la materia prima con la que quienes dicen negociar su justicia y libertad, se extorsionan unos a otros, como si de un moderno comercio de esclavos se tratara. Pues poca diferencia hay entre el antiguo tráfico de esclavos y el moderno tráfico de muertos que se ha instaurado en Colombia; los barcos negreros que antes atravesaban el océano cargados de seres moribundos, tan parecidos a aquellos “voluntarios” de las guerras civiles colombianas, a los que la recluta secuestraba y llevaba atados hasta los cuarteles, han sido reemplazados por las piras de ejecutados inocentes con los que, una y otra vez, los asesinos uniformados se demuestran su capacidad de matar. A todos ellos la muerte ajena les sale gratis, lo que se les antoja un premio “natural”, pues han entrado ya en esa soledad sin remisión y sin fronteras de los que, tras haber visto la sangre humana, creen haber descubierto en ella un futuro de humanistas, cuando sólo han ingresado en un viejo y vergonzoso pasado de carniceros...

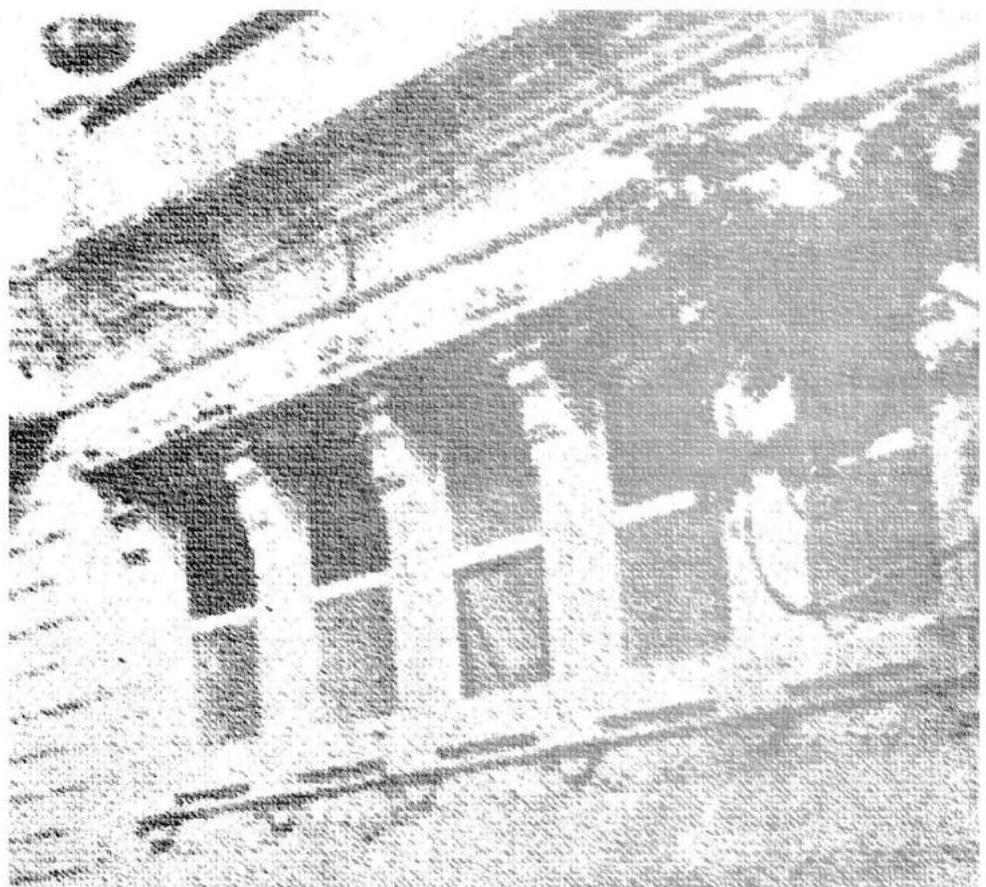
Nada de ese futuro sabía sin duda mi tío abuelo cuando dibujaba a Garibaldi, a la temprana edad de veintisiete años, y era sólo un esbozo del gran pintor de provincias que llegó a ser para su país. Pero se me antoja que al contemplar el rostro del italiano que, en persona o en la idea que de él se forjaron los que padecían en varias partes del mundo, era un emisario mundial de la causa de la justicia, con la perplejidad de quien no alcanza a comprender cómo podía un país estar tan lejos de Garibaldi y tan cerca de Miguel Antonio Caro, tan lejos del civismo y la justicia y tan cerca de la gramática y del clero, y con el sobresalto de

quien, desde su modestia, estaba lejos de adivinar la triste gloria de patria cainita que el futuro reservaba a su país, ocupado en idear las formas más crueles e ingeniosas de deshacerse del alter-ego, mientras que en otros lugares menos agraciados por la gramática y la teología se inventaban nuevas formas de pactar y dialogar con él. Patria de monos gramáticos y homicidas, dispuestos a girar en redondo sobre sus monólogos, y a hacer girar con ellos al país entero, patria de petimetres grecolatinos que, hasta muy entrado el siglo XX, hicieron el ridículo hablando de “el arte eterno” incontaminado por las impurezas del “pueblo”. Pues bien: hoy gracias a sus escritores ese pueblo ha conquistado ya su derecho a la mimesis literaria, que era su segunda oportunidad sobre la tierra, pero sigue esperando su derecho a la integridad humana, que es su primera oportunidad. Ésta les ha sido tradicionalmente escamoteada por las oligarquías reinantes, que dispusieron en solitario del derecho a dejarlo desnudo, oligarquías que han sido reemplazadas por las hordas uniformadas que, con ideología o sin ella, actualmente disponen en solitario del derecho a dejarlo muerto. Unas y otras se ha turnado en la triste, miserable faena de ser los representantes, en ese lugar del planeta donde se asienta el ultrajado mapa de Colombia, de esa minoritaria parte de la humanidad que, por simple avaricia de clase o por lujuriosa demencia asesina, despoja al resto de sus derechos más naturales; unas y otras se han esmerado en la dudosa tarea de convertir la parte del mundo que nos tocó en suerte a los colombianos, y donde antes habían vivido gentes que se llevaban bien con la naturaleza y con sus dioses, en un modelo de cainismo antropófago sin equivalente en otro lugar del planeta, y ello precisamente en un momento en que éste, convertido en una pequeña gran aldea, contempla con estupor el espectáculo de los fanatismos religiosos, los nacionalismos y los sectarismos. En este espectáculo Colombia tiene hoy el triste privilegio de, a pesar de ser uno de los sitios del planeta más favorecidos por su geografía y la inteligencia de sus

habitantes, haber convertido sus verdes y feraces laderas en cementerios, sus humildes o suntuosas casas en una floreciente industria de ataúdes y sus ingeniosas mentes en máquinas de matar.

Nada de ese futuro sabía el joven tío abuelo cuando dibujaba al hombre que, al margen de banderas e ideologías -lo que lo hizo aparecer a los ojos del clero que lo odiaba y al que él escarnecía como un aventurero o enviado del diablo-, puso su talento al servicio de la libertad de los pueblos, en una época en que éstos comenzaban a aprender que, si la que perdían no a manos del extranjero, sino de su propio gobernante, convertido en tirano o en directo representante de una oligarquía, no era menos valiosa y menos digna de ser recuperada. Pero se me antoja que, al dibujar el rostro del hombre que murió sin haber hecho en Colombia ni una sola guerra de liberación, debió pensar en la soledad sin remisión de un país que no tenía sitio para una guerra digna de Garibaldi, y que aún hoy sigue sin tenerla, pues, acabando de entrar en el siglo XXI, se encuentra en una encrucijada como la que, tras entrar en el XX, la llevó de cabeza a la guerra y la segregación; el escenario histórico ha cambiando, pero los protagonistas siguen siendo los mismos, pues idéntico es el pueblo que padece aunque diferentes sean sus verdugos e incluso los motivos, o los botines, por los que es crucificado. Idéntica o muy parecida es también la desesperanza que acecha en el alma de sus gentes, mientras el país se debate entre el cinismo de los que pretenden por la fuerza de las armas administrar el futuro de todos y el voluntarismo de quienes, descendientes de padres y abuelos que vivieron confortablemente de espaldas al diálogo tan anhelado hoy, esperan una solución providencial. Ninguno de ellos habría encontrado sitio en una guerra de Garibaldi, que murió sin haber sido invitado por los oprimidos de Colombia, y si haber podido librar de sí mismo el pueblo más solitario del planeta, donde una estirpe cautiva de otra aún espera su primera oportunidad sobre la tierra.

Detalle de la fachada de la antigua Escuela Modelo, hoy sede del Concejo de Quibdó en la calle segunda. Diseño y construcción de Luis Llach en los años veinte. Foto Misión, reproducción tomada del **Informe de la Prefectura Apostólica del Choco en las Bodas Misionales**, Manizales, 1934.



La Canción de la Tierra

Darío Valencia Restrepo

A la memoria de Gonzalo Upegui

El año 1907 fue trágico en la vida de Gustav Mahler. Murió su hija mayor, perdió su posición como director de la Ópera de Viena y se le diagnosticó una afección cardíaca que lo llevaría pocos años después a la tumba. Sin duda, los acontecimientos cambiaron en forma radical la vida y el quehacer artístico del compositor.

Mahler esboza la que denominó sinfonía para contralto, tenor y orquesta “La Canción de la Tierra” durante una estadía en la bella región austríaca del Tirol, poco después de la muerte de su hija María. Compone la mayor parte de la obra al año siguiente cuando se encuentra en un retiro veraniego de las montañas dolomitas.

El compositor había nacido en 1860, en Bohemia, entonces parte del imperio austríaco. Sus padres judíos pertenecían a la minoría germanohablante que

vivía entre la población checa. Aunque su obra no mereció mayor atención durante largas décadas, hoy día muchos la consideran anticipadora de los drásticos cambios de la música en el siglo XX. Mahler puede verse como uno de los últimos herederos de la tradición romántica en el cambio de siglo, y como un compositor que expandió la concepción sinfónica y la enriqueció al combinarla con la canción.

Alejado de los convencionalismos y afanes de la vida cotidiana, persiguió siempre un ideal musical que expresase su espíritu atormentado, la lucha por entender el sentido de la vida y su actitud frente a la muerte. Por eso, para él su música tiene el carácter de “programa”, es decir, expresa experiencias vividas por el artista y puede ser descrita en término de significados concretos. Concepción a veces exagerada, no exenta de ciertos ribetes sentimentalistas.

Cuenta Alma Mahler, su esposa, que un viejo amigo le mostró al compositor un libro de poemas chinos con el título “La Flauta China”, en traducción al alemán por Hans Bethge. La obra se relaciona con versos de poetas chinos del siglo VIII, entre ellos el famoso Li Tai-Po. El mismo Bethge reconoció que no se trataba de “traducciones” (algo imposible si se refiere a poesía, y más si ella proviene del idioma chino de la corte imperial), sino de versiones libres cuyo origen no siempre puede atribuirse con certeza a los poetas allí citados.

Gustav Mahler tomó siete textos de la colección mencionada y los reunió en seis partes para ser cantadas con participación orquestal, cada una de las cuales dio origen a un movimiento de la sinfonía que compuso para dos voces y orquesta. Las partes 3 y 4 tienen un carácter amable, la 5 inclusive es jocosa, todo lo cual contrasta con el espíritu sombrío y pesimista que por lo general envuelve las otras tres partes que les sirven de marco a aquellas.

En “La Canción de la Tierra” el compositor desarrolla al máximo las posibilidades sinfónicas de la canción (“Lied” en alemán). La interacción de voz y orquesta, fundida en una arquitectura sinfónica de gran aliento, es tal vez la obra más alta de Mahler y casi podría verse como una despedida del romanticismo.

El autor de estas líneas presenta a continuación su traducción libre de los textos de “La Canción de la Tierra”, a partir de la versión alemana de Bethge.

LA CANCIÓN DE LA TIERRA

A partir del texto en alemán de Hans Bethge
“La Flauta China”

1. Canción y Vino de las Miserias Terrenales

Ya el vino está servido en la copa dorada;
pero no bebáis todavía, primero os cantaré una
canción.

La canción de la tristeza sonará graciosa en
vuestras almas.

Cuando la tristeza se acerque, desiertos yacerán
los jardines del alma,
marchitos y muertos el canto y la alegría.
Sombría es la vida, sombría es la muerte.

¡Señor de esta casa!

¡La bodega oculta la abundancia de tus vinos
dorados!

¡Aquí me apropio de este laúd!

Tañer el laúd y vaciar los vasos,
son dos cosas que se acompañan bien.

Una copa rebosante de vino en el momento
propicio

¡vale más que todas las riquezas de esta Tierra!
Sombría es la vida, sombría es la muerte.

Siempre azul el firmamento,
duradera la Tierra y floreciente en primavera.
Pero tú, hombre ¿cuánto tiempo vivirás?
¡Ni siquiera cien años podrás disfrutar
las corruptas banalidades de esta Tierra!

¡Mirad allá abajo! A la luz de la luna sobre las
tumbas
se acuclilla una figura salvaje y fantasmal.
¡Es un simio! ¡Escuchad cómo sus aullidos
resuenan entre los dulces aromas de la vida!
¡Ahora tomad el vino! ¡Ha llegado el momento,
compañeros!
¡Vaciad vuestras copas doradas hasta el fondo!
Sombria es la vida, sombría es la muerte.

2. El Solitario en Otoño

Las nieblas del otoño cubren de azul el lago;
la escarcha cubre todas las briznas de hierba;
como si un artista hubiese arrojado trozos de
jade
sobre las delicadas flores del campo.

El suave perfume de las flores ya se ha ido
y un viento frío encorva sus tallos.
Pronto los lotos flotarán sobre las aguas
con sus dorados y marchitos pétalos.

Mi corazón está cansado. Mi pequeña lámpara
se extinguió con un crujido que me invita al
sueño.
Vengo hacia tí, amado lugar de reposo.
Sí, dame un descanso, necesito que me
reconfortes.

Lloro sin cesar en esta soledad.
El otoño de mi corazón ha sido ya muy largo.
Sol amoroso ¿no volverás a brillar
para dulcemente enjugar mis lágrimas
amargas?

3. De la Juventud

En medio del pequeño estanque
surge un pabellón de verdes
y blancas porcelanas.

Como si fuera la espalda de un tigre
se arquea el puente de jade
hasta llegar al pabellón.

Sentados en la pequeña casa, ricamente
vestidos,
los amigos conversan y beben;
algunos escriben versos.

Sus mangas de seda se deslizan
hacia atrás, con donosura sobre sus cuellos
caen las gorras de seda.

En las tranquilas aguas del pequeño estanque
se reflejan todas las cosas
como en un espejo maravilloso:

Todo se sostiene al revés
en el pabellón de verdes
y blancas porcelanas.

Con su arco invertido,
el puente se yergue como una media luna.
Ricamente vestidos, los amigos beben y
conversan.

4. De la Belleza

Las muchachas recogen flores
y también lotos en las orillas.
Sentadas entre hojas y arbustos,
juntan flores en sus regazos
a la vez que ríen y bromean.

El sol dorado brilla sobre los cuerpos
y refleja sus formas en el agua clara.

El sol refleja los finos miembros
al igual que sus dulces ojos.
Con suavidad la brisa eleva los vestidos
y llena el aire con sus perfumes juveniles.

¡Mirad! ¿Quiénes son esos bellos jóvenes
que corren por la ribera en sus briosos corceles?
Centellean a lo lejos como rayos de sol:
¡Felices trotan entre los verdes pastos!
Relincha un caballo con alegría,
se encabrita luego y parte al galope.
Sus cascos resuenan sobre yerbas y ramas,
como una ráfaga pisotea las caídas flores.
¡Ah! ¡Cómo vuela el vértigo de sus crines
y resoplan el cálido aliento sus narices!

El sol dorado brilla sobre los cuerpos
y refleja sus formas en el agua clara.

Y la más bella de las muchachas
lanza al joven miradas anhelantes.
Su orgulloso ademán es solo disimulo:
en el destello de sus grandes ojos,
en la oscuridad de sus ardorosas miradas
todavía con ansia su corazón palpita.

5. El Borracho en Primavera

Si la vida es sueño
¿por qué entonces fatiga y pena?
Beberé hasta no poder más
¡todo el santo día!

Y cuando beber no pueda más,
saciados ya cuerpo y alma,
tambaleando llegaré a mi puerta
a dormir de maravilla.

¿Qué oigo al despertarme? ¡Escuchad!
Un pájaro canta en el árbol.
Le pregunto si ha llegado la primavera,
pues me parece que sueño.

El pájaro trina: ¡Sí! La primavera
está aquí ¡vino en la noche!
Con profunda atención lo escucho,
en tanto el pájaro canta y ríe.

Lleno de nuevo mi copa
y la apuro hasta el fondo.
Y canto hasta que la luna brille
en el negro firmamento.

Y cuando no pueda más cantar,
me volveré a dormir.
¿Qué tengo yo que ver con la primavera?
¡Dejadme emborrachar!

6. La Despedida

El sol se oculta tras las montañas.
Sobre todos los valles cae la tarde
con sus sombras de frescura plenas.

Mirad cómo la luna parece un barco de plata
que flota sobre el azul del mar celestial.
¡Siento que sopla una tenue brisa
detrás de los pinos sombríos!

Cantando el arroyo atraviesa la oscuridad.
Palidecen las flores en la luz crepuscular.

La Tierra duerme y respira descanso.
Todas las ansias se convertirán en sueño.
Las gentes fatigadas vuelven a casa
a recordar en el sueño
olvidadas dichas y pasadas juventudes.

Los pájaros se acurrucan en sus ramas.
Duerme el mundo...

La brisa es fresca a la sombra de mis pinos.
Allí espero a mi amigo;
lo espero para una última despedida.

¡Amigo! Cuánto añoro estar a tu lado
en la belleza de este anochecer.
¿Dónde estás? ¡Hace tanto que me dejaste solo!

Errabundo voy con mi laúd
por los senderos de suaves hierbas.
¡Oh belleza! ¡Oh mundo por siempre ebrio de
amor y de vida!

Se baja del caballo y le extiende la copa del
adiós.
El le pregunta hacia dónde va
y también si así debe ser.

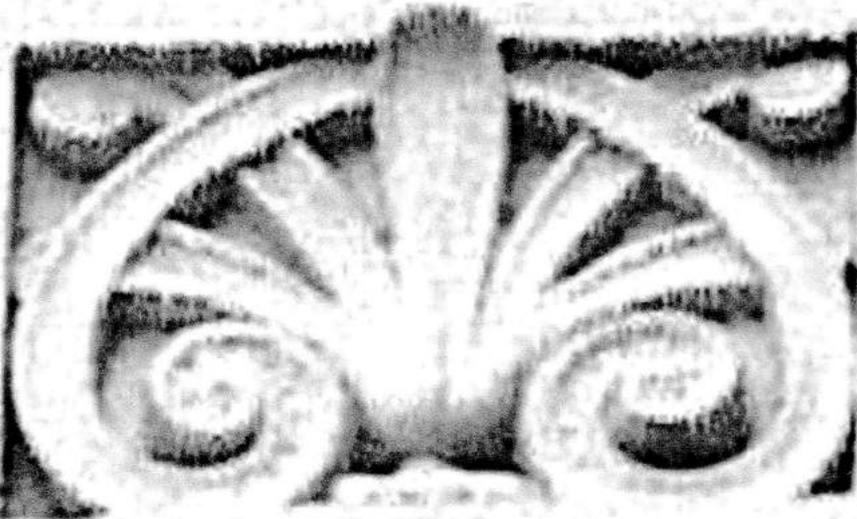
Con voz velada, le responde:
Ay, amigo
¡esquiva me ha sido la fortuna en este mundo!

¿Hacia dónde voy? Vagaré por las montañas,
busco descanso para mi solitario corazón.

Me encaminaré hacia mi patria, vuelvo a mi
terruño.
Nunca más los lejanos horizontes.
Mi corazón está tranquilo y aguarda su hora.

¡Doquiera la amorosa Tierra renueva su verdor
en primavera!
¡Doquiera y por siempre luminosos serán los
horizontes!
Por siempre... por siempre...

Detalle del Palacio de
Correos y Telégrafo.
Fotografía
Luis Fernando González E.



Reseñas

Morales, L; Varón, T. & Londoño, J.A. 2000. **Palmas Ornamentales.** Silvicultura Urbana. Especial Impresores. Medellín. 255 pp. + fotografías + ilustraciones.
ISBN 958-33-1939-2

Es un libro bellamente ilustrado sobre palmas originarias de diferentes lugares del planeta, las cuales se utilizan comúnmente con fines ornamentales y paisajísticos. También se incluyen especies menos conocidas pero con un gran potencial en este campo.

Inicialmente se introduce al lector en el mundo de las palmas, comenzando por la historia evolutiva de este grupo vegetal que cuenta en la actualidad con una amplia diversificación y distribución. Se explican en un lenguaje sencillo y ameno las características morfológicas que permiten la identificación de las diferentes especies y los conceptos generales sobre

propagación y manejo, ilustrado con dibujos que ayudan a precisar términos que pueden ser confusos para personas poco acostumbradas al lenguaje botánico.

Se incluye la descripción individual de 80 especies, separadas en categorías de acuerdo con la forma de sus hojas. Para cada especie se describe el hábito de crecimientos, las hojas, las flores y los frutos, y se mencionan características especiales como condiciones de iluminación requerida en diferentes estados de crecimiento, consejos para conseguir una exitosa propagación, así como usos y tradiciones sobresalientes en su lugar de origen. Esta breve reseña de una página para cada especie, está acompañada de hermosas fotografías que ilustran el aspecto general de la palma y resaltan detalles de color, textura o forma en algunos órganos de la planta. Al final del libro se presentan tablas que resumen las características descritas. También se incluye un glosario e índices por nombres comunes y científicos.

Merece resaltarse la inclusión de palmas poco conocidas de nuestros bosques húmedos, cuyos hábitats están amenazados y por lo tanto condenadas a la extinción, pero que por su extraordinaria belleza ameritan su uso ornamental. Algunas de estas son: la palma nolí del Pacífico, con grandes hojas en abanico, la palma lindona, planta del sotobosque de los ecosistemas andinos con hojas enteras de color verde intenso y brillantes, la palma zancona, con sus particulares raíces, entre muchas otras.

Es un libro hermoso y útil para quienes están interesados en el diseño y la arborización de áreas verdes en zonas urbanas y rurales, o simplemente para quienes desean conocer más sobre este extraordinario grupo vegetal, que además de su singular belleza hace parte de las tradiciones y del desarrollo de muchos pueblos en las zonas tropicales.

MARIA CLAUDIA DÍEZ

Profesora Facultad de Ciencias Agropecuarias
 Universidad Nacional de Colombia
 Sede Medellín

VÉLEZ ESCOBAR, Norberto; BOTERO PÁEZ, Sofía. **La búsqueda del valle de Arví y descubrimiento de los valles de Aburrá y Rionegro por el capitán Jorge Robledo.** 2ª edición. Medellín, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia CORANTIOQUIA, 2000. 186p.

Apoiados en los cronistas de la Conquista y en un estilo poco frecuente, los autores del libro llevan al lector, línea a línea, por el corredor que posiblemente siguió Jorge Robledo en su búsqueda del valle de Arví. Aunque se habla de caminos precolombinos, se hace de manera tangencial: ésta no es la idea que nuclea la obra, la cual está llena de datos geográficos que permiten identificar y apreciar el clima, los ascensos y descensos, los cultivos y paisajes, los ríos y quebradas, las cordilleras de sabana escasas y necesarias para el pasto de los equinos traídos por los conquistadores, y los poblados y despoblados indígenas.

Los autores se convierten en guías del lector, quien a su vez emprende, como antes lo hicieron los conquistadores, la búsqueda del valle de Arví, y lo mueven dentro de la lógica del caminante que desconoce el terrenos y los caminos, que sólo conoce de oídas que existe un lugar que desea conocer y emprende su búsqueda.

Este paciente trabajo de guías, en el que tejen y destejen posibilidades para construir el corredor seguido en pos de Arví, está avalado en los planteamientos y reflexiones que colocan desnudos para que cualquiera los acepte o refute, y en ello radica la riqueza del ejercicio de búsqueda, en que cualquiera que lea atentamente y confronte con los textos y la cartografía la forma de argumentación que les permite hacer a los autores sus afirmaciones, establezca un diálogo apasionado con ellos - autores y conquistadores- y se sumerja en ese subir y bajar del corredor que lleva hasta Arví y una vez en él desee ver más de lo que los mismos autores presentan en su obra; ver más,

estar ahí, en la altiplanicie oriental antioqueña, recorrerla y disfrutar la plenitud y alegría que se siente después de un gran ascenso, sentarse a descansar mientras se contempla el vasto paisaje, donde las altas y planas cimas motañosas rodean el valle del oriente antioqueño.

Los autores proponen un método juicioso de lectura de las fuentes primarias de la Conquista, donde la cita, más que ser una cita fría u ornamental, permite la conversación entre dos épocas, acercar un poco ese pasado remoto, lleno de fábulas y supuestos; “un método generador de nuevos conocimientos frente a hechos estudiados o por estudiarse”.

La segunda edición de *La búsqueda del valle de Arví*, incluye el Informe de Prospección realizado en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas en Santa Elena. Esta región del oriente cercano, es rica en caminos y estructuras antrópicas, algunas de las cuales se sabe con certeza que existen desde antes de la Conquista. Aquí el texto gráfico se une al texto escrito, las ilustraciones no sirven sólo para adornar, revelan y confirman con fuerza lo descrito con palabras, logrando que el lector recorra sitios como La Laguna, Matasanos, Chorroclarín, El Carmelo, El Rosario, La Honda y Mazo, lugares del valle de Arví llenos de vestigios cerámicos y construcciones en piedra, que el turismo y el crecimiento de la malla urbana están deteriorando aceleradamente a pesar de que “la magnitud de los vestigios registrados resalta la importancia que en la antigüedad debió tener el corredor y límite que constituye la cuenca, localizada entre los valles de Aburrá y Rionegro.”

ESTELLA MARÍA CÓRDOBA

Historiadora
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín

Baudrillard, Jean. **PANTALLA TOTAL**. Editorial Anagrama. Colección Argumentos. Barcelona, 2000. 239 pp.
ISBN 84-339-0592-9

Si algo impide la comprensión de nuestra actual situación es que los elementos para un juicio, jurídico, sociológico se han hecho tan dramáticamente desuetos que aceptar que esta realidad nos sobrepasó hace tiempos, es anunciar apenas el fracaso del diálogo por ausencia de la más mínima documentación al respecto, por una radical falta de lenguaje adecuado para describir y definir estas situaciones.

Porque el país “revolucionario” que supuestamente defiende un marxologismo con su maniquea concepción de las clases sociales o el país que pretende defender una izquierda que aún canta la nueva trova cubana, no existen desde luego, ante la avasalladora transformación que la guerra, las nuevas formas de economía, el lavado de dolares, la corrupción han producido en todos los órdenes de nuestra vida nacional, en los intrínquilis de nuestra llamada intimidad.

Un pensador como Baudrillard ha sabido leer la nueva sociedad desde lo que a nivel de códigos colectivos y éticas personales supone la vigencia de nuevas formas de vida donde el determinismo de la economía, las rígidas jerarquizaciones sociales de ésta, ha sido sobrepasado por la vigencia de fenómenos aparentemente intangibles como los nuevos ritos amorosos, las conurbaciones, el imperio de lo informático, la muerte de la verdad. Fenómenos que ya estaban ahí antes de comenzar a hablar de neoliberalismo y de globalización.

No esta presente en Baudrillard la falsa ciencia de los diagnósticos sino el acercamiento desnudo y por eso escandaloso a hechos que muchas veces el poder disfraza como formas de vida, por ejemplo, de las nuevas elites sociales; lo ligh no es una frivolidad inocente sino el disfraz de acciones vergonzosas contra la sociedad, contra el ciudadano. “Detrás de cada información desaparece un acontecimiento .” “Desilusión: los media han revelado ser mucho mas conformistas, mucho más serviles de lo previsto, más serviles a veces que los políticos profesionales”.

La pantalla total: la escenificación aberrante de la información mediante el hecho de que el acontecimiento nos impide tener o adoptar una elección moral ante ellos, montaje , propaganda donde el supuesto analista disfraza la contundencia real del acontecimiento, las verdaderas catástrofes a nivel del ser humano y a nivel de aquello que las distintas formas de terrorismo destruye: las estructuras que definen un grupo social, esa cohesión desconocida por una juridicidad abstracta.

¿Cómo solicitar al ciudadano una respuesta ética frente a una masacre? Cómo podemos hablar de un enemigo si nuestra sociedad carece de valores que la justifiquen? Por esto es dolorosa la lectura de estos textos donde no está, repito, la cómoda descripción de un informe sino el desgarrado análisis de las mentiras -porque ya no podemos seguir utilizando el eufemismo de “simulacro”- que encubren las tecnologías, el espectáculo, las llamadas realidades virtuales mientras al verdadero nivel esta el dolor de la viuda, el desamparo de los niños, la destrucción del paisaje.

DARÍO RUIZ GÓMEZ

Profesor Emérito

Universidad Nacional de Colombia

Sede Medellín

HOFMANNSTHAL, Von Hugo, Ediciones Cuatro.
INSTANTES GRIEGOS Y OTROS SUEÑOS.
Valladolid 1998.175 pp.
ISBN 84-921649-5-6

La “carta a Lord Chandos” constituye uno de los más brillantes y perturbadores testimonios sobre la condición de un hombre ante la cultura y sus formas representativas. Lo fácil sería acudir al vademécum de las enfermedades del alma certificadas por el psicoanálisis. Pero lo que Hoffmansthal describe no es la náusea como desgarramiento existencial, como repulsa de las cosas sino la exasperada respuesta de una sensibilidad ante el divorcio existente entre el mundo sensible puesto de manifiesto en la estética de un gran estilo y, una inteligencia aguda que se escandaliza ante la imposibilidad de ya no poder vivir en unidad íntima con ese mundo, con una naturaleza que ha dejado de ser estado de ánimo para volverse pregunta. Algunos poemas, algunos textos, alguna obra de teatro es lo que hasta hoy se conoce de Hoffmannsthal en lengua española. Desaparecidos los obstáculos que impedían su traducción, estos “Pasajes griegos” inician la incorporación de un escritor necesario como pocos. Porque las ideas en boga, las recetas políticas que supuestamente han explicado nuestra conducta ante los hechos de la historia, ante las manifestaciones claras de la crisis de una forma de relato y de una forma de pensamiento si quedaron afuera es por el hecho de haberse convertido finalmente en receta fija y no en opción abierta frente a la complejidad del problema.

Pero hay una interioridad herida que no es ese sujeto histórico que desaparece sino una sensibilidad que capta en medio de la incertidumbre la necesidad de seguir adelante tal como lo exige la palabra que ha escapado

de la fría estrechez del diagnóstico y nos recuerda que hay una línea de fisura que puede conducirnos a lo intangible, a lo innombrado. Las cartas donde analiza su visión del pueblo alemán constatan la presencia y sobre todo la capacidad auscultadora de esta sensibilidad frente a una sociedad que ha perdido el don de la comunidad, el amparo de lo fraterno- lo que encontró en los gauchos, en los maoríes - impenetrable muralla de quienes sólo ven en la vida ocasión del negocio pero se niegan al diálogo íntimo.

Por supuesto que esto es premonitorio históricamente, lo inhumano es percibido desde otra perspectiva diferente a Nietzsche. El poeta en este tiempo de ruinas aclara entonces el porqué de la pérdida de una totalidad desde la perspectiva, repito, de una sensibilidad que percibe el crecimiento de un vacío de valores en la vida y de la catástrofe que esto supone.

DARÍO RUIZ GÓMEZ

Profesor Emérito

Universidad Nacional de Colombia

Sede Medellín

CRUZ, Manuel, & VATTIMO, Gianni. **PENSAR EN EL SIGLO**. Taurus. Grupo Santillana de ediciones. España, 1998. 187 pp. ISBN 84-306-0361-1

¿El enjuiciamiento al siglo XX es propiamente el juicio a la modernidad como proyecto inacabado o lo es a las formas de perversión políticas, filosóficas que justificaron veladamente el genocidio? Queda en claro que el llamado posmodernismo es igualmente unade estas persiones que si no terminó justificando matanzas si hizo algo equivalente a éstas: vaciar de contenido la misión crítica de la cultura, hacer de la estupidez una supuesta virtud.

Separar entonces el trigo de la cizaña para tratar de situarse en el comienzo de la eludida responsabilidad ante el fracaso de unas metas que fueron desvirtuadas; ya que no puede hablarse de un proyecto político y estético sin tener ante estos una responsabilidad. ¿Es la función hermenéutica del lenguaje recordarnos el valor de la verdad, de el rescate de lo intangible ante lo utilitario, o, simplemente debemos referirnos a un significado y a un significante en abstracto bajo las normas inalterables (supuestamente) de las “ciencias del lenguaje”? Como dice Gabriel Albiac: “confundir deseos con análisis es siempre catastrófico”

Ya Manuel Cruz había hecho una recopilación de artículos de varios autores sobre el tema del individuo y la historia. Y aquí nos recuerda que el recopilador no reduce su tarea a solicitar una colaboración sino a señalar cuidadosamente el hilo conductor de lo que constituye una actitud impostergable ante un siglo que se marcha. Recapacitar para tomar medida del monto de las tareas a asignar: la justicia, nociones erosionadas como Nación-Estado cuyos límites y vigencia no nos hemos atrevido a constatar por puro miedo de asumir lo que significa una realidad en la cual de hecho ya imperan otras nociones del contrato social, otras formas de lo religioso.

Mientras Albiac nos habla del crepúsculo de lo político a través de la revisión de conceptos como ciudadano, como Estado, como derechos humanos: “las genéricas invocaciones de un derecho intemporal ligado a la universalidad humana, sólo enmascaran la cruel irrebasabilidad del conflicto. Y -como todo enmascaramiento- juegan a favor de uno de los contendientes”. G. Marramao revisa lo filosófico político y lo filosófico - histórico, Victoria Camps revisa los conceptos de universalidad y mundialización, etc.

Vattimo, el otro recopilador, rastrea en la historia del pensamiento occidental la vigencia de lo religioso y en un momento en que la separación entre el pensador católico y sus jerarquías religiosas se hace dramático como en Colombia -donde las jerarquías hablan un lenguaje político olvidando el lenguaje del evangelio- recupera la dimensión de lo que supone ser cristiano, aclarando eso sí, que: "... la filosofía no puede ni debe enseñar a donde nos dirigimos , sino a vivir en la condición de quien no se dirige a ninguna parte"

Lo que si queda en claro es que la filosofía necesita de ensuciarse las manos para no caer en fáciles y sobre todo caprichosos virtuosismos ya que en frente quedan el problema de la pobreza, de la necesidad de autoridades transnacionales, de los nuevos términos del pluralismo y lo comunitario, y, sobre todo, del olvido del ser.

DARÍO RUIZ GÓMEZ

Profesor Emérito

Universidad Nacional de Colombia

Sede Medellín



*Detalles de la fachada principal de la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles, en la ciudad de Cartago, Costa Rica.
Fotografía de Luis Fernando González E. 1996.*

*Detalle de un torreón del Placio de Correos y Telégrafos en la ciudad de San José de Costa Rica.
Fotografía Luis Fernando González E, 1994.*



Colaboradores

Catalina Uribe Merino Historiadora de la facultad de ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional, Sede Medellín.

Alfredo Naranjo Villegas Doctor en cardiología del Instituto de Cardiología de México. Miembro de la Academia Antioqueña de Historia. Profesor de la Universidad de Antioquia y autor de «Anotaciones para una historia Médica en Antioquia» y de numerosos ensayos sobre historia e historia de la medicina.

Luis Fernando González Escobar Arquitecto Constructor, con Maestría en Estudios Urbano Regionales, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Sede Medellín. Profesor asistente de la misma facultad, adscrito al Centro de Estudios del Hábitat Popular. Premio Nacional de Arquitectura, «Carlos Martínez Jiménez», área de investigación en la XVI Bienal de Arquitectura, 1998. Dos veces mención de honor en las Bienales de Arquitectura de 1996 y 1998. Premio Departamental de Historia del Ministerio de la Cultura en 1998. Dos veces ganador de la Beca de Investigación en el Área de Patrimonio del Instituto Colombiano de Cultura, en los años 1991 y 1995. Autor de varios libros, ensayos y revistas nacionales y artículos de prensa regional.

Sofía Botero Páez Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá y Máster en Arqueología de la Universidad de Nanjing, República Popular China. Profesora de la Universidad de Antioquia. Investigadora en varios proyectos y autora de diversos ensayos y textos.

María Andrea Rojas Estudiante de la carrera de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Matías Kítiver Estudiante de la carrera de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Alberto Castrillón Historiador de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Magíster en Historia de las Ciencias, de las Ideas y de las Regiones de la Universidad de París XII. Doctor en Historia de las Ciencias de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Ha publicado diversos artículos sobre Historia de las Ciencias en revistas colombianas y

francesas. Profesor de la facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Jorge Escobar Estudiante de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Finalista en el Concurso de Cuento Efe Gómez, 1998, convocado por el Municipio de Medellín. Actualmente elabora un trabajo acerca de la obra del escritor antioqueño José Restrepo Jaramillo.

Ricardo Cano Gaviria Nació en 1946 en Medellín. Ha vivido en París desde 1970 y posteriormente en Barcelona. Hizo estudios de sociología y estuvo cerca de Roland Barthes. Concedor de la obra de Flaubert, de Mandiargues, Nerval, Valery Larboud. Sus novelas son: «El Prytaneum», «El pasajero Walter Benjamin», «Una lección de abismo». Sus libros de ensayos: «El buitre y el ave Fénix», «Conversaciones con Mario Vargas Llosa», «Acusados: Flaubert y Baudelaire», y la biografía de José Asunción Silva. Dirige con su esposa Rosa Lentini la editorial «Igitur».

Darío Valencia Restrepo Ingeniero Civil de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín y Magíster en Matemática de la misma universidad. Máster of Sciences and Civil Engineer del Massachusetts Institute of Technology. Fue vicerrector de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín y rector de la Universidad de Antioquia, gerente de las empresas públicas de Medellín, decano de la Facultad de Minas, Rector de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de publicaciones y artículos en las áreas de hidrología, recursos hidráulicos, ingeniería, educación y cultura.

Recomendaciones a los autores

1. El trabajo debe ser inédito y cuando se trate de una traducción o de material protegido por propiedad intelectual, deberá contar con las debidas autorizaciones.
2. La extensión máxima de cada artículo debe ser 25 páginas a doble espacio y tamaño carta.
3. El autor debe elaborar sus trabajos en Word y remitirlo en disquete anexando dos impresiones o enviarlos al E- mail: dcultura@perseus.unalmed.edu.co
4. Se aceptarán artículos en idiomas diferentes al español, pero la versión definitiva saldrá en este idioma mediante traducción autorizada por los autores.
5. Debe incluir una página con el título completo del artículo, hoja de vida del autor y su dirección, teléfono, fax y E- mail.
6. Si el texto incluye fotografías, se recomienda su presentación en papel mate, con buen contraste, en disquete (en el tamaño en que aparecerá la imagen y su formato debe ser JPEG, TIFF ó PSD y a una resolución de 266 pixels o superior) o en Zip de 100 o 250 megas.
7. La Revista no devuelve los materiales sometidos a su consideración y se reserva el derecho de publicarlos.
8. Los artículos se deben enviar a la siguiente dirección: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Oficina de Divulgación Cultural, carrera 64 con calle 65. A.A. 568. o al E – mail: dcultura@perseus.unalmed.edu.co.
9. Se recomienda a los autores remitir sus artículos con calidad ortográfica y sintáctica adecuada.

Adpostal



Llegamos a todo el mundo!

*¡BIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR
A COLOMBIA Y AL MUNDO*

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRA
FAX

LE ATENDEMOS EN LOS TELEFONOS
2438851 - 3410304 - 3415534 Santaféde Bogotá
441 41 04 - 441 36 21 Medellín



CENTRO DE PUBLICACIONES
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

llévase la mejor impresión

Carrera 59A No. 63-20 Autopista Norte
Teléfono 4309770-9772-9773
E-mail: cenpubli@perseus.unalmed.edu.co

